LIBROdot.com

Cuentos Color de Rosa II

Antonio de Trueba

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cuentos de color Rosa II

Antonio de Trueba

Índice

- La madrastra
- Desde la patria al cielo
- El Judas de la casa
- Glosario

La madrastra

- I -

-¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Que he de acabar contigo!
-¡Ay, ay, ay, yo mío! ¡Perdón, mamá, yo teré bueno!
-¿Qué tienes, amor mío? Tus dulces ojos se llenan de lágrimas, y tus mejillas de azucena y rosa toman el tinto carmesí de los claveles.
-¡Cómo no sentir el rostro encendido de indignación y los ojos arrasados en lágrimas al ver tratar tan cruelmente a ese inocente niño!
-Tienes razón, purísimo numen de mis cuentos.
-Esa mujer tiene entrañas de fiera y no de madre.
-¡Madre! No profanemos este santo nombre, suponiendo que esa mujer le lleva. La que así maltrata a un ángel de Dios, no puede ser madre: las que lo son, pueden maltratar a sus hijos de palabras, pero de obra no los maltratan jamás. Oye, amor mío, oye.
-Mis hermanos y yo nos llegábamos muchas veces a mi padre haciendo pucheritos.
-¿Qué es eso? -nos preguntaba mi padre.
-¡Gem!, ¡Gem! ¡Que madre nos ha pegado! -le contestábamos.
¡Pobrecitos! -nos decía mi padre sonriendo- ¿A ver, a ver cuantos huesos os ha roto?

Mi madre, que lo oía desde allá dentro, exclamaba:
-¡Los he de matar! ¡Los he de matar!
-Sí, sí -decía mi padre por lo bajo-, latigazo de madre, que ni hueso quebranta ni saca sangre.
Estos recuerdos me hacen pensar muchas veces en las madres matonas, que son todas las que tienen hijos.
¡Ah, sí! Las madres matan... la mejor gallina del gallinero para hacer un buen caldo a sus hijos en cuanto a éstos duele un poco la cabeza.
¡Pobres madres! ¡Santas madres, que para el mal no tenéis más que lengua, y para el bien tenéis manos, y alma, y corazón, y vida, y aun esto os parece poco!
Verás hasta dónde llega la maldad de las madres.
-¡Pícaro, bribón, que tú me has de quitar la vida!
-Déjele usted vecina, que ya sabemos lo que son niños.
-¿Que le deje? Sin hueso sano le he de dejar. ¡Si te digo a usted, señora, que le mato, le mato sin remedio!
El chico oye su sentencia de muerte, arrimado a una pared cercana, con la cabeza baja, arrancándose distraídamente un botón, o enjugándose las lágrimas con el reverso de la mano o con la manga; pero el verdugo, en vez de ir a ejecutar la sentencia, se va a poner la mesa.
-Vamos, venga usted a comer, señorito.
-Yo no quiero comer.
-Mejor, así no te hará daño.
La madre se sienta a la mesa, torna algunas cucharadas, haciendo gestos, como si la comida le supiera a rejalgar de lo fino, tira la cuchara sobre la mesa y se levanta, exclamando:
-Hijo, ¡qué comida me estás dando! ¡Anda a comer, y que no te lo vuelva a decir!
-¡No tengo gana! ¡Me duele la cabeza!
-¿Ves? ¿Ves lo que resulta de tus terquedades, indino?
La madre corre afligida a su hijo, como si éste se hallase en peligro de muerte; examina prolijamente al angelito de Dios; le enjuga las lágrimas con el cabo del delantal; lo besa, le pone un paño de agua y vinagre en la frente, y como el niño está malito y no puede comer de lo que está en la mesa, su madre le da una golosina de las que guarda en la despensa para casos semejantes.
Ella es la descalabrada y él se pone la venda.
Aquí tienes la maldad de las madres..., de las madres que matan, que no dejan hueso sano.
No, no; esa mujer que mata de palabra y obra no es madre: esa mujer debe ser madrastra.
Yo he glorificado en mis cuentos todo lo delicado y santo, y he maldecido todo lo grosero y malo; pero ¡por qué, amor mío, habré dado al olvido los dolores de la infancia, que tus ojos arrasados en lágrimas me están enseñando a llorar!
Escúchame, compañera de mis tristezas y mis alegrías, que voy a reparar mi olvido.
A la puerta de nuestra casa había un hermoso parral, donde, en las apacibles tardes de primavera, mi abuela, que en paz descanse, nos contaba a mi hermano y a mí cuentos muy lindos, hila que hila su copo, porque decía la buena señora, y decía muy bien:
-Más vale que estos enemigos malos estén aquí entretenidos con mi charla, que no trepando por nogales y cerezos, destrozándose la ropa, que no hay día en que no vengan a casa con algún rasgón en ella.
Una tarde estaba nuestra madre malita en cama, aunque no de gravedad, y mi hermano y yo escuchábamos, según costumbre, los cuentos de nuestra abuela, que de cuando en cuando interrumpía su narración y nos abandonaba por un momento para ir a ver a la enferma y preguntarle con cariñoso acento: «¿Quieres algo, hija? ¿Cómo te sientes?», arreglarle la cama y volver a sentarse y a hilar su copo bajo el parral.

Librodot

-Hijos -nos dijo en una de estas vueltas-, rogad a Dios que vuestra madre se ponga buena, que si Dios os la llevara, ¡qué sería de vosotros!
-Entonces abuelita -repuse yo-, nos traería otra señor padre. A Juanito se le murió la suya, y dice que su padre le va a traer otra que se llama madrastra.
Mi abuela se sonrió al oír esta inocente observación mía, y mi hermana exclamó:
-¡Madrastra! ¡Ay, qué nombre tan feo!
-Algunas de las que se llaman así -dijo mi abuela- son muy buenas, tan buenas como las que se llaman madres; pero esas son tan contadas como los Padres Santos de Roma.
-Abuela, ¿por qué dicen: «Madrastra, el nombre le basta»?
-¿Y por qué dicen también: «Madrastra, el diablo la arrastra»?
-Porque el diablo las arrastra, primero al mal y luego al infierno.
-¡Ay, qué miedo!
-¡Ay, qué picaras!
-¿Y sabe usted cuentos de madrastras, abuelita?
-¡Vaya si los sé, hijos míos!
-¡Ay, cuéntenos usted uno!
-Os le voy a contar para probaros dos cosas.
-¿Y qué cosas son ésas, abuela?
-Que es una gran desdicha quedarse sin madre, y que Dios concede su ayuda a los débiles y desamparados, cuando se hacen dignos de ella.
Mi abuela hizo otra visita a la enferma, volvió bajo el emparrado, nos sentamos a sus pies y le prestamos atento oído, alzando con infinita curiosidad nuestra carita sonrosada, como si pretendiéramos adivinar las palabras de la anciana antes de haber salido de sus labios.

- II -

Vivían en Galdames, Martín y Dominica, su mujer, unos honrados labradores que tenían tres hijas como tres luceros del alba, llamadas: la mayor, Isabel; la mediana Teresa, y la pequeña Mariquita.

Una tarde le dio a Dominica un dolor de costado, y la pobre llamó a su marido y le dijo:
-Martín, por el amor de Dios, te pido que vayas a buscar al señor cura, que yo me voy a morir; pero oye un encargo, por si me muero antes que vuelvas. En faltándote yo, como las niñas aún no pueden arreglar la casa, necesitarás una mujer que la arregle, y, como eres joven, te volverás a casar. No te lo prohíbo, porque me hago cargo de que donde no hay mujer no hay cosa con cosa; pero por la Virgen Santísima te pido que si das madrastra a las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco mientras cumplan con el primer deber de los hijos, que es obedecer a sus padres.
Martín aconsejó a Dominica que no pensara en la muerte, pues su mal no era cosa de eso, y en lugar de ir a buscar al señor cura, se fue a buscar al médico, después de jurar a su mujer que si, por desgracia, llegaba el caso de tener que cumplir su encargo, le cumpliría fielmente.
No se había engañado la pobre Dominica; hay un ángel que cuando las madres van a morir, se lo dice al oído para que tengan tiempo de recomendar sus hijos a los que puedan ampararlos. Cuando Martín volvió con el médico, Dominica se había ido al cielo, después de hacer jurar a sus hijas que obedecerían siempre a su padre y a la que les sirviera de madre.
Pasaron días y pasaron meses, y la casa de Martín estaba en completo desorden, porque la mayor de las niñas no llegaba a los ocho años.

-Martín -decía al honrado labrador su vecina Ramona-, no seas tonto, hombre, busca una mujer como Dios manda, que de sobra las hay, y cásate, para que esas criaturas y tú tengáis una miaja de arreglo.
-¡Yo dar madrastra a mis hijas! -contestaba Martín-. ¡Madrastra a mis pobres hijas, tan queridas y tan mimadas por aquella santa que está en el cielo! No se canse usted, que para mí están demás las mujeres en el mundo.
Y el desconsolado padre, saltándosele las lágrimas, atraía hacia sí a las niñas y las colmaba de besos, y alisaba sus cabelleras sedosas y rubias, y arreglaba sus vestidos, en cuyo desaliño se echaba de ver la falta de la solícita mano maternal.
Pasaron meses y pasó un año, y el pobre Martín llegó a convencerse de que su casa estaba mal, muy mal, rematadamente mal, sin una mujer propia que mirase por ella, porque ni las niñas tenían quien las enseñase a ser mujercitas de su casa, ni la ropa se cosía, ni se gobernaba la comida, ni se cuidaban las gallinas, ni se compraba regateando, como es debido, ni se hacía nada en casa con fundamento. Martín, eso sí, echaba mano a todo como si fuese una mujer, que por eso no se les cae a los hombres ninguna venera; pero los hombres han nacido para ser hombres y no para ser mujeres, y había vez que, yendo a partir una cazuela de sopas, por partir el pan partía la cazuela
Tomó una infinidad de criadas; pero las criadas, en lugar de pensar en la casa, pensaban las picaronazas en sus novios, y el pobre Martín andaba, como aquel que dice, sin calzones. Ramona, su vecina, que era una de aquellas mujeres de fundamento que se van acabando, le ayudaba algunas veces; pero la pobre tenía que atender a su casa, que era antes que la del vecino.
Un día se sentó Martín a la puerta, desesperanzado ya de hacer entrar la casa en orden, cavila que cavila, a ver si encontraba un medio de salir adelante sin tener que volver a casarse; pero sus cavilaciones eran inútiles; el medio que buscaba no parecía. Cuando su desesperación llegaba al colmo, hete que acierta a pasar por allí una muchacha que tenía muy buena nota en la aldea, le saluda, y va a seguir cantando su camino.
-Joaquina -le dice de repente Martín-, mis niñas no tienen madre que las quiera y las enseñe, ni mi casa tiene ama que la gobierne. ¿Te quieres casar conmigo? -Y entre « ¡Vaya, qué cosas tiene usted!», « ¡Cuántas encontrará usted más guapas que yo!», «No digo que si, porque me da vergüenza», Joaquina dio palabra de casamiento a Martín.
Tres semanas después, en aquel mismo sitio se daba una cencerrada que metía miedo.
La casa de Martín era a los pocos días una tacita de plata. Martín iba los domingos a misa con una camisa más blanca que la nieve, y mejor planchada que la del Rey de España.
Las niñas iban todos los días a la escuela, alegres como los pájaros, coloradas como las cerezas, y tan aseadas, que verlas era ver el sol de
Dios.
El gato Minino, que antes se pasaba el día y la noche pidiendo magro con voz desfallecida, porque nadie cuidaba de darle magro ni gordo, se iba poniendo redondo como una pelota y lustroso como el terciopelo, y hasta miraba con desdén los platos de sopa de leche con que su ama le obsequiaba. Las gallinas habían vuelto a poner y a cacarear.
Y el perro León, que antes ganaba el sustento con el sudor de su piel, atrapando alguna que otra liebre en las sebes inmediatas, se daba a la vita bona, durmiendo bajo los parrales que cercaban la casa de sus amos.
Todo sonreía en casa de Martín, como si alguien hubiese bendecido la casa.
¿Había derramado sobre ella desde el cielo su bendición Dominica?
-¿Quién sabe?

- III -

Era una tarde de Julio. Martín, su mujer, sus hijas y su hijo, se levantaron de la mesa después de dar gracias a Dios, por el pan que les había dado, y salieron a pasar la siesta a la sombra de unos hermosísimos

-Abuelita -interrumpí yo a la mía cuando llegó aquí su narración-, se ha equivocado usted. Ha dicho usted que Martín salió con su mujer y sus hijas y su hijo. ¿Cómo es eso, si Martín no tenía hijo ninguno?

-Martín y Joaquina tenían ya un hijo de un año, que daba gloria de
Dios el verle.

-¿Y cómo se llamaba?

-Se llamaba Antoñito, como tú. Martín alcanzaba cerezas a las niñas, las niñas hacían, con ellas pendientitos, y Joaquina bailaba a Antoñito en sus brazos, levantándole en alto...

-¿Y por qué hacen eso las mujeres con sus niños, que a todas se lo he visto hacer? ¿Lo hacen para divertirlos?

-Ese es el pretexto; pero la verdad es que, como no hay una que no tenga a su hijo por un serafín del cielo, aunque sea más feo que Picio revientan de orgullo y quieren que el mundo entero los contemple... Pero dejadme en paz y no me interrumpáis, que es mala maña interrumpir a los mayores, Joaquina que era muy madrota, empezó a decir tanta divina tontería a su niño, y a darle tantos besos y apretujones, que el angelito de Dios se atufó y se echó a llorar como un becerro.

-¡No llores, cordero mío! -le decía su madre, chillando como un locona-. ¡Por qué lloras tú, gloria de tu madre, que vales más que las pesetas! ¡Huy! ¡Qué hijo tan hermoso me ha dado Dios! ¿Verdad, Martín, que ni el Rey de España tiene un hijo como éste? Mírale, mírale, cómo se ríe ya... ¡Huy! ¡Bendita sea tu, boca, que te comería a besos!

Martín a su vez tomó en brazos al niño y comenzó a acariciarle. Las niñas, particularmente la chiquitina, se quedaron pensativas, sin hacer caso ya de los pendientes de cerezas. Notándolo Martín, devolvió el niño a su madre con cierta viveza, que Joaquina tomó por despego, según el gesto que hizo; y se disponía a preguntar a las niñas la causa de su seriedad, cuando Mariquita hizo un pucherito con la boca, se enjugó con la manga una lágrima, y corrió a abrazar las piernas de su padre, como si alguien la persiguiera.

-¿Qué tienes, corazón mío? -le preguntó Martín.

-¡Que ya no me quieres! -contestó la niña, cada vez más compungida.

-¿Que no te quiero? -replicó Martín, llenándola de caricias-. ¿De dónde sacas tú eso, loquilla, cuando tú y tus hermanitas sois la gloria de tu padre?

-¡Mire usted la zángana esa, con seis años a la cola! -exclamó Joaquina, cada vez más amoscada.

-Déjala, mujer -dijo Martín en tono conciliador-. Si son cosas de niños, que tienen envidia siempre que ven acariciar a otros.

-Puede que le dé yo la envidia con media docena de azotes bien sentados.

-Joaquina, te guardarás muy bien de eso.

-O no me guardaré. ¡Pues no le digo a usted nada de las otras bigardonas, que también parece que se han puesto de hocico! Pero no tienen ellas la culpa, que la tiene el mimo que su padre les da.

-Mujer, por la Virgen Santísima, ahorrémonos desazones, que hartas da
Dios en el mundo sin que nosotros mismos las busquemos.

-Eso te digo yo a ti. ¡Vaya, que te han entrado por el ojo derecho esos trastos! Bien dicen que más vale caer en gracia que ser gracioso

Al decir esto, Joaquina se echó a llorar como una Magdalena, y añadió besando y cubriendo de lágrimas a su hijo:

-Hijo de mi alma, ¡qué desgraciado te ha hecho Dios! ¡A ti nadie te quiere sino tu madre!...
-¡Mujer -exclamó Martín, perdiendo ya la paciencia- no digas desatinos, no me saques de mis casillas!... ¡Que no quiero yo a mi hijo!...
-Para lo que yo veo no necesito anteojos.
Viendo Martín que su mujer no atendía a razones, que abusaba de su paciencia y de su bondad más de lo regular, y que aquella fiesta casi se repetía todos los días, calló por un momento, hizo un esfuerzo para serenarse, y dijo con tono solemne:
-Joaquina, óyeme, y no olvides nunca lo que voy a decirte. Nadie en el mundo quiere a sus hijos más que yo quiero al mío; nadie en el mundo quiere y respeta a su mujer más que yo quiero y respeto a la mía; y nadie está más convencido que yo de que Dios ha impuesto al hombre el deber de amparar y servir de apoyo a la mujer, desamparada y débil por naturaleza; pero nadie está tampoco más convencido que yo de que la maldición de Dios debe caer sobre el hombre, que olvida a los muertos y desampara a los huérfanos. Una mujer que está gozando de Dios, porque vivió y murió santamente; una mujer a quien yo quería como te quiero a ti, me dijo momentos antes de volar al seno del Señor: « ¡Por la Virgen Santísima te pido que si das madrastra a las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco mientras cumplan con el primer deber de los hijos, que es la obediencia». Yo juré a aquella mujer cumplir su voluntad, y estoy, resuelto a cumplirla, no consintiendo que nadie maltrate a esas niñas, que además de haberme sido recomendadas por una madre moribunda y, además de ser mis hijas, tienen el título más santo y más legítimo que los niños pueden tener al amor y al amparo de los hombres y las mujeres, ¡el de no tener madre!
Joaquina bajó la cabeza, como resignada y arrepentida al oír estas palabras; Martín la estrechó la mano, saltándosele una lágrima de ternura, y la paz de Dios volvió a reinar en aquel instante en la familia; que cuando los hombres son generosos, delicados y buenos, las mujeres, que tenemos más de locas y testarudas, que de malas, decimos al fin, como el
Señor; « ¡Hágase tu voluntad!»

- IV -

Joaquina no era mala.... pero era madrastra. Y ya sabéis lo que dice el refrán: «Madrastra, el diablo la arrastra». Por más esfuerzos que hacía por querer a sus entenadas, no las podía tragar, y eso que las niñas no tenían pero.
Martín y su mujer se llevaban bien en la apariencia, pero en la apariencia nada más, porque Martín sabía que Joaquina no quería a las niñas, y Joaquina sabía que Martín no quería tanto como a las niñas al niño. Bastaba que Martín hiciese la menor caricia a las niñas, para que el enemigo malo avivase el fuego de la envidia en el corazón de
Joaquina. Martín lo sabía y lo lloraba amargamente; pero como su mujer se lo guardaba en su pecho, él se lo guardaba también en el suyo. Quien lo pagaba era el pobre niño, a quien, Martín, por más esfuerzos que hacía, y por más que consideraba que tan hijo suyo era como las niñas, iba, si no aborreciendo, al menos mirando con indiferencia.
Joaquina tenía deseos de sentar la mano a las niñas; pero aún no había tenido ocasión de salirse con este gusto, porque Martín le tenía dicho que únicamente consentía que las pegase cuando la desobedecieran; y las pobres niñas eran tan humildes y tan bien mandadas, que hacían siempre puntualmente cuanto les mandaba su madrastra, a pesar de las tranquillas que ésta les armaba para que no pudiesen cumplir sus órdenes, cosa que
Joaquina hubiera calificado de desobediencia.
Si Joaquina estudiaba con el diablo para inventar cosas raras y difíciles que mandar a sus entenadas, contaban sin duda con la ayuda de

Librodot

Dios para hacer todas aquellas cosas, porque parecía imposible que sin ser así las hiciese a las mil maravillas.
Un día mandó a Isabel que fuese a llevar un borrico un costal de trigo al molino inmediato, y que volviese en el término de media hora que era el tiempo justo para hacer el viaje si detenerse. El camino estaba entonces malísimo la madrastra calculaba que el borrico se caería y que no teniendo Isabel en aquella soledad quien la ayudara a cargarle, tardaría más de lo regular, y le proporcionarla ocasión de cascarle las liendres.
El borrico se cayó, en efecto; pero a falta de los hombres. Dios acudió en ayuda de la pobre chica, inspirándole un medio de salir de su apuro. Isabel colocó el borrico al pie de un terreno cortado perpendicularmente; llevó a cuestas el costal encima del terreno; desde allí lo plantó en el lomo del animal, sin más que darle una vueltecita, y antes de la media hora estaba de vuelta en casa, más alegre que unas
Pascuas floridas.
Una mañana, antes de medio día, salió Joaquina al campo, donde estaban su marido, la niña mayor, la pequeña y el niño. Al partir dijo a
Teresa, que quedaba sola en la casa:
-Cuida bien el puchero, y ten puesta la mesa para las doce, que a esa hora vendremos todos a comer. Ahí tienes la llave del payo, saca un plato de uvas de las que hay allí curándose, y tenlas en la mesa para cuando nosotros vengamos.
Teresa cuidó su puchero, a las once y media puso su mesa con mil primores, y en seguida cogió la llave y un plato, y subió al payo por las uvas; pero hete que la llave andaba muy premiosa, y Teresa, que tenía poca fuerza, no consiguió abrir por más que lo intentó. Bien lo había previsto la pícara de la madrastra, que se despepitaba por dar un tiento a la pobre chica.
Pues, señor, ¿qué haré, que no haré? Teresa se desesperaba viendo que habían dado las doce, que no había podido sacar las uvas, que su madrastra iba a venir, y que le iba a repicar el pandero. Las uvas estaban extendidas en el payo sobre calzas y muy lejos de la puerta. La chica busca un picacho, a ver si las podía alcanzar por una gatera que tenía la puerta, pero sus esfuerzos fueron inútiles; quiso llamar a una vecina para que la abriera la puerta, pero la casa más cercana estaba lo menos a un tiro de piedra y no había tiempo que perder. Teresa tenía la costumbre que tenéis todos los chicos de invocar a vuestra madre en todas las aflicciones.
-¡Madre de mi alma, que haré yo! -exclamó la pobre chica.
Sin duda su madre la oyó desde el cielo, y le inspiró el medio de salir de aquel aprieto; se apoderó del Minino, que mayaba a su lado, como diciendo: «¿Cuándo se come en esta casa?», le ató con una cuerda, le metió por la gatera, le echó al otro lado de las uvas una corteza de queso, tiró de la cuerda cuando el Minino se acercaba a la corteza, el Minino hizo hincapié en las uvas, Teresa siguió tirando, y al cabo consiguió traerse con el gato las uvas que necesitaba. La pícara madrastra no tuvo el gustazo de zurrar a la pobre niña.
La chiquitina se moría por los melocotones. Un día había cogido su madrastra un frutero de ellos, muy hermosos, y a Mariquita, que no se los habían dejado probar, se le iban los ojos tras ellos.
Joaquina dejó sola a la niña al lado de aquel frutero tentador, encargándole que cuidado con que comiera ningún melocotón, y se escondió a seis pasos de distancia, segura de que se le iba a presentar ocasión de dar un meneo a aquella infeliz criatura, sorprendiéndola comiéndose los melocotones en contravención a su mandato.
Mariquita estuvo largo tiempo resistiendo su apetito; pero, al fin, se decidió a coger un melocotón. Iba ya a clavarle el diente, cuando se presentó su madrastra hecha un basilisco, pero la niña se apresuró a pasar el melocotón de los labios a la nariz y dijo enseguida, enseñándoselo completamente ileso:
-¡Ay, señora madre qué bien huele!

Librodot

Joaquina tuvo que dejar también ileso el cuerpo de la niña.
Los casos que os he referido os darán una idea de lo mucho que estudiaba con el enemigo aquella pícara mujer para tener ocasión de sacudir el polvo a sus entenadas, y de los esfuerzos que sus entenadas hacían para que no se saliera con la suya.

- V -

Las niñas iban siendo ya grandecitas. Así era que su madrastra las mandaba a Balmaceda todos los miércoles y los sábados, que son allí días de mercado, a vender cada una su cestita de huevos o de fruta.
Un sábado entregó su madrastra cincuenta peras de San Juan a Isabel, treinta a Teresa y diez a Mariquita, y les dijo:
-Id a Balmaceda, vended las tres las peras a un mismo precio, y traed el mismo dinero una que otra.
-¡Pero si no puede ser, señora madre! -replicaron las niñas.
-Si no puede ser, haced un poder. A mí no se me replica, que se me obedece, o de lo contrario ya sabéis lo que vuestro padre me tiene encargado.
Las niñas bajaron la cabeza aterradas, y tomando sus cestitas emprendieron su camino.
La casa, como os he dicho, estaba un poco retirada de las otras de la aldea. Así que se alejaron un poco de ella, las tres niñas se detuvieron al pie de un rebollo para ver si encontraban medio de sacar la endiablada cuenta que les había echado su madrastra.
-¿Cómo nos vamos a componer para hacer lo que señora madre ha mandado? -dijo Isabel.
-Hija. Yo no sé cómo -respondió Teresa.
-Y que si no lo hacemos -añadió Mariquita indicando con la mano abierta el acto de sacudir el polvo-, nos va a dar lo que no se nos caiga.
-Para sacar todas el mismo dinero, lo mejor es que la que tenga pocas peras las venda caras, y la que tenga muchas las venda baratas.
-Pero si señora madre dice que las hemos de vender todas a un mismo precio.
-Tienes razón.
-Mirad -dijo la chiquitina, que era la que tenía la conciencia más ancha, como habréis colegido de lo que pasó con los melocotones-, mirad, así que vendamos todas las peras, hacemos con los cuartos tres montones iguales, y cada una coge el suyo.
-¡Cabalito, amén Jesús! ¡Y que lo supiera señora madre! -replicó
Teresa.
-Y además -añadió Isabel- mejor es llevar una zurra que mentir, ¿no es verdad, Teresa?
-Sí que es verdad.
-Pero si señora madre no lo sabrá...
-Si que lo sabrá, Mariquita. ¿No has oído decir a la señora maestra que hay un pajarito que cuando las niñas mienten lo cuenta todo?
-¡Pensáis que yo no sé que lo del pajarito es engaño! ¡Sí, que soy yo tonta!
-Hija, no te canses; señora madre nos dará una zurra, pero le diremos la verdad.
Las niñas guardaron silencio por algunos instantes, meditando el partido que definitivamente habían de tomar.
-Me ocurre una idea -dijo Isabel-. Cuando pasemos por la escuela, entremos a ver si don Juan Saca-cuentas, que todo lo sabe, nos dice cómo nos hemos de componer.
-¡Sí, sí, tienes razón! -contestaron Teresa y Mariquita, recobrando la esperanza.
Y las tres hermanitas volvieron a cargar con sus cestas y prosiguieron su camino.
Ahora vais a saber, hijos míos, quién era don Juan Sacacuentas.
Permíteme, amor mío, que interrumpa por un momento la narración de mi abuela.

Librodot

Es muy posible que al ver el retrato que mi abuela va a hacerte de un maestro de escuela, digas que la buena señora pintaba como quería. Si tal dices, seguramente modificarás tu opinión cuando des un paseo por Galdames y el colindante y bello Concejo de Sopuerta, donde los que anduvieron a la escuela a últimos del siglo pasado conservan escrita en hondas cicatrices la memoria de un maestro llamado Tellitu, que se vanagloriaba de que no salía ningún muchacho de su escuela sin quedar señalado para toda la vida.

Teniéndose en aquellos tiempos por incontrovertible la bárbara máxima de LA LETRA CON SANGRE ENTRA, esta vanagloria era muy lógica y hasta cierto punto disculpable. Decir: «De mi escuela no sale ningún muchacho sin estar señalado de mi mano para toda la vida», era lo mismo que decir: «De mi escuela no sale ningún muchacho sin que le haya entrado la letra».Pero dejemos contar a mi abuela, que cuenta mucho mejor que yo:

-Don Juan Saca-cuentas era el maestro de escuela de la aldea, y debía este apellido postizo a su costumbre de jurárselas a los chicos, diciendo: « ¡Yo os ajustaré las cuentas!», y sobre todo a la fama que gozaba de habilísimo contador. Sólo una vez estuvo a punto de perder esta fama.

El señor cura y los señores de justicia fueron un día a visitar la escuela, y se entretenían en examinar los adelantos de los chicos, haciéndoles varias preguntas.

Un muchacho de la piel del diablo, a quien nada se le había preguntado, y, por consiguiente, no había tenido ocasión de lucirse, cosa que no le hacía mucha gracia, se decidió a preguntar, ya que no se le preguntaba.

-Señor maestro -dijo-, ¿me hace usted el favor de decirme una cosa?

-Pregunta lo que quieras -contestó el maestro-, que ya sabéis lo que os tengo encargado que me preguntéis siempre lo que no sepáis, pues el que pregunta no yerra.

-Mí padre tiene tres veces más edad que yo. ¿Llegará un día en que no tenga más que el doble?

-Ésas -replicó el maestro- no son preguntas: ésas son salidas de pie de banco. Para que sucediera eso, sería necesario que el reloj se parara para tu padre, y siguiera andando para ti.

-Pues yo creo -replicó el muchacho- que sin pararse el reloj para ninguno de los dos puede llegar mi padre a tener nada más que doble edad que yo.

-¡Calla, calla, salvaje, que eso no tiene sentido común! -exclamó el maestro incomodado, y conservando quedas las disciplinas, únicamente por respeto a los señores que estaban delante, quienes notaron con cierto disgusto que, aquel muchacho se las tuviera tiesas con el mejor contador de Vizcaya, y sobre todo se empeñara en sostener una cosa que les parecía tan absurda como al mismo maestro.

-Pues voy a probar a usted -replicó el muchacho- que lo que digo es cierto. Yo tengo doce años, mi padre treinta y seis: dentro de doce tendré yo veinticuatro y mi padre cuarenta y ocho. Por consiguiente, mi padre, que ahora me triplica la edad, sólo me la doblará entonces.

El maestro se quedó más blanco que la pared, y los señores soltaron la carcajada, exclamando:

-¡Pues tiene razón el pícaro del muchacho! Pero, hombre, don Juan, usted, que es el mejor contador de Vizcaya, ¿ignoraba lo que saben hasta los chicos de la escuela?

La fama de don Juan Saca-cuentas, necesitó mucho tiempo para reponerse de aquel descalabro, que pagaron los pobres chicos, y sobre todo el del problema. Don Juan había puesto en la escuela un cartel que decía con letras muy gordas: LA LETRA CON SANGRE ENTRA, y a fe, a fe, hijos míos, que no echaba en saco roto esta máxima.

Cuando se hablaba de si salían o no salían muchachos aprovechados de su escuela, solía decir, estallando de orgullo:

-Tengo la vanagloria de que de mi escuela todos los muchachos salen señalados para toda su vida. Dicho esto no tengo que decir si saldrán aprovechados.

Y no exageraba don Juan en cuanto a lo del señalamiento; señalado éste de un tinterazo, que le había abierto la cabeza, y el otro de un varazo, que le había hecho un costurón en la cara, todos llevaban la certificación de sus estudios escrita en su cuerpo.
Don Juan nunca se había querido casar, porque decía que las compañeras de los maestros deben ser las disciplinas, y no las mujeres que los echan a perder, infundiéndoles sentimientos blandos y amor a los niños.
En efecto: las disciplinas le acompañaban siempre; si iba a misa, las disciplinas en la mano también; si hacía un viaje a Balmaceda o a Bilbao, las disciplinas reemplazaban al bastón, y en la escuela como en la calle, en la iglesia como en la romería, siempre estaban las disciplinas de don
Juan Saca-cuentas levantadas sobre las orejas de los pobres muchachos.
Don Juan era la personificación de la terrible máxima escrita en la pared de su escuela.

- VI -

Era sábado. Los sábados, como sabéis, hijos míos, es día de media escuela; pero los chicos a quienes por conveniencia propia hacia la vista gorda el maestro, habían suprimido la media escuela también, dejando todos de asistir a ella.
Don Juan Saca-cuentas estaba a la sombra del emparrado que había a la puerta de la escuela leyendo las Guerras de Flandes a unas vecinas que, sentadas en sus celemines, cosían, también bajo el emparrado, y entre las cuales se hallaba Ramona, la excelente anciana que en otro tiempo aconsejó a Martín que se casara. Don Juan era muy aficionado a historias de guerra, y si las guerras eran muy sangrientas, tanto mejor, Al parecer, nada tienen que ver los soldados con los maestros de escuela: pero don Juan
Saca-cuentas encontraba mucha semejanza entre unos y otros, porque los soldados dan lecciones a las naciones y los maestros a los ciudadanos, sacando unos y otros sangres y lágrimas. Las hijas de Martín vieron el cielo abierto cuando vieron al maestro, pues temían que anduviera por aquellos andurriales haciendo provisión de varas de avellano para la semana, operación a que solía dedicar parte del sábado.
-Ya van de vendeja las motilas de Martín -dijo una de las vecinas viendo a las niñas que se acercaban.
-¡Válgame Dios! -añadió Ramona-. ¡Qué entrañas tiene esa Joaquina!
¡Siempre esas pobres criaturas al remo!...
-No tiene ella la culpa, que la tiene el bragazas de Martín, que lo consiente.
-¡Ay, si la pobre Dominica, que Dios haya, levantara la cabeza y viera cómo andan las hijas de sus entrañas!
-¡Pícaras de madrastras! Como ellas no las han parido...
-Hija, cuando una se muere, debiera llevarse consigo los hijos chiquititos.
-¡Qué verdad dice usted, hija! Pero lo que más me aturde es lo descastada que se ha vuelto esa Joaquina. ¡Vamos, yo no lo creería si no lo viera! Ella es trabajadora, mujer de su casa, buena para su marido, buena para las vecinas, buena para los pobres, y sólo para sus entenadas es mala.
-¡Qué quiere usted, hija! Es madrastra, y el nombre le basta, como dice el refrán.
-Pues ande usted -dijo Ramona-, un hijo tiene, y Dios sabe si Mañana harán con él lo que, ella hace hoy con esas niñas. Dios castiga sin palo, y como dijo el otro, el que escupe al cielo...
Las niñas llegaron en aquel instante.
-Buenos días tengan ustedes -dijeron, poniendo en el suelo las cestitas.
-Buenos os los dé Dios. ¿Conque vais a Balmaseda?

-¡Calle usted por Dios, señora, que estamos frescas con las cosas que nos manda señora madre! -dijo Isabel.
Y añadió, dirigiéndose al maestro:
-Señor don Juan, ¿nos hace usted el favor de sacar una cuenta?
-Aunque sean dos -contestó el maestro, halagado en su vanidad de gran contador-. Veamos qué cuenta es ésa.
-Señora madre nos ha dado: a una cincuenta peras de San Juan, a otra treinta y a otra diez, y quiere que, vendiéndolas todas al mismo precio, traigamos a casa el mismo dinero una que otra.
-¡Ave, María Purísima! ¡Qué disparate! -exclamaron las vecinas.
Muchachas, muchachas -dijo el maestro con aspereza-, si queréis divertiros, comprad una mona, que conmigo no se divierte nadie.
-Si le decimos a usted que no es chanza...
-¡Andad enhoramala, trastos!
-¡Jesús, María y José! ¡Qué incrédulo es usted, don Juan! -exclamó
Ramona-. Cuando las chicas lo dicen, verdad será, que ellas no lo habían de sacar de su cabeza.
-Pero, señora, si lo que dicen esas chicas que quiere su madrastra no tiene pies ni cabeza; si no puede ser...
-También decía usted que no podía ser el que un padre que tenía tres veces más edad que su hijo, llegara a tener nada más que el doble...
Este recuerdo sacó los colores al maestro, quien se decidió, al fin, a ajustar la cuenta que le indicaban las niñas, porque se hizo esta reflexión.
-Tiene razón; que también aquello parecía imposible, y, sin embargo, no lo era. ¡No sea que me suceda otra como la de marras, y vuelva yo a ser el monote de la aldea!...
-Vamos, vamos a ver esa cuenta -dijo al fin, sacando un lápiz y disponiéndose a trazar números en la cubierta del libro, que estaba forrado de papel blanco, para que no se manchara la pasta de la encuadernación.
El maestro hacía números, los borraba, miraba al cielo, se mordía las uñas, apoyaba la frente en la mano en actitud meditabunda, volvía a escribir y volvía a borrar; pero la cuenta no salía.
Las niñas seguían aquellas operaciones con ansiedad y con curiosidad las mujeres.
-¿Sale, don Juan, sale?- preguntó una de éstas.
-¡Vayan ustedes al cuerno y no me interrumpan, replicó encolerizado el maestro.
Y volvió a trazar números y a borrarlos, y a meditar, y a escribir, y a borrar nuevamente; de modo que la cubierta del libro parecía un mapa.
-¿Sale, don Juan, sale? -volvió a preguntar una de las vecinas.
Y otra añadió con maliciosa sonrisa:
-¡Calle usted, mujer, que ya va saliendo!
-¡Váyanse ustedes con una recua de demonios! -exclamó el maestro, echando lumbre por los ojos y tirando al suelo el libro y el lápiz.
-¡Si usted es un bocón! -dijo una de las vecinas-. ¡Si usted sabe de cuentas tanto como yo! ¡Si le echa a usted la pata mi chico en lo tocante a cuentas! ¡Si no tiene usted más que fantasía!
Y todas las vecinas se pusieron a reír en coro:
-¡Ja! ¡Ja! ¡El mejor contador de Vizcaya! ¡Ja! ¡Ja!
-¡Señoras! ¡Señoras!... balbuceó don Juan temblando y casi mudo de coraje.
-¡El mejor contador de Vizcaya! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -continuaban las vecinas.
Don Juan, loco, desatentado, vomitando improperios contra aquellas mujeres en particular y contra todas en general, corrió hacia la escuela como perro con maza, y dando un terrible portazo se encerró en ella.

Poco después las niñas, con sus cestitas en la cabeza, seguían camino de Balmaseda, tristes, desconsoladas, sin saber como gobernárselas, para que a la vuelta no les sentase su madrastra la mano.
Sin embargo, Ramona les había infundido alguna esperanza, diciéndoles:
-Id descuidadas, hijas, que luego me iré yo a ver a la perrona de vuestra madrastra, y le diré cuántas son cinco.

- VII -

Al entrar en la plaza de Balmaseda dijo Isabel a sus hermanitas:
-Si no podemos obedecer en todo a señora madre, obedezcámosla en algo: en vender todas las peras a un mismo precio; y para estar siempre de acuerdo, no nos pongamos muy separadas.
En efecto: las niñas se sentaron, con su mercancía delante, a corta distancia una de otra, arrimadas a la pared de la iglesia de San Severino, después de acordar el precio a que habían de vender las peras.
A corto rato llegó un caballero y preguntó a Isabel:
-Chica,¿cuántas peras das al cuarto?
-Siete.
-Pues dame siete cuartos de ellas.
Isabel le dio cuarenta y nueve peras y recogió los siete cuartos.
-¿Y a mí no me lleva usted ninguna, caballero? -preguntó Teresa al parroquiano de su hermana.
-¿Cuántas das?
-Lo mismo que ésa, siete al cuarto.
-Dame cuatro cuartos de ellas, que al cabo siempre le habéis de hacer a uno pecar.
Teresa le dio veintiocho peras y se embolsó cuatro cuartos.
-Ande usted, caballero -dijo Mariquita al mismo comprador-, lléveme usted también a mí un cuartito de peras, que no he de ser yo menos que
-Tienes razón, que la más chica de las tres no ha de ser la más desgraciada. ¿Cuántas das?
-Siete, como ésas.
-Pues echa aquí un cuartito.
Mariquita echó en el pañuelo del caballero siete peras y el caballero echó en su mano un cuarto.
Las chicas, así que quedaron solas, se pusieron a ajustar sus cuentas, y resultaba que Isabel se encontraba con una pera y siete cuartos, Teresa con dos peras y cuatro cuartos, y Mariquita con tres peras y un cuarto.
¡Tracitas llevaba el negocio de salir como la madrastra de las chicas había mandado!
Pasó una hora y pasó otra, y las peras restantes no se vendían, porque cuantos se acercaban, y veían surtido tan miserable seguían adelante sin detenerse, y eso que apenas quedaba en el mercado fruta para un remedio.
-¡Madre mía! ¡Qué va a ser de nosotras! -exclamaban las niñas con los ojos arrasados en lágrimas; cuando de repente, tran, tarrán, trantran, suenan tambores, y la gente corre en tropel hacia la puerta de Mena.
Era que entraba un batallón de tropa.
Oficiales y soldados se diseminaron poco después por la plaza, arramblando con cuanta fruta encontraban, que era bien poca en verdad.
Las hijas de Martín escondieron las peras que les quedaban, y cuando ya la tropa estaba cansada de buscar fruta sin encontrarla, volvieron a descubrirlas.
Un tropel de soldados se lanzó bolsillo en mano a comprarlas.

Librodot

-¿A cómo son esas peras, patroncitas?
-A tres cuartos cada una.
-¡Qué escándalo!
-No son menos -contestaron las niñas.
Y viendo los soldados que los que venían detrás iban a pagar las peras al precio que se pedía por ellas si ellos no las compraban, se apresuraron a dar:
A Isabel tres cuartos por una.
A Teresa seis por dos.
Y a Mariquita nueve por tres.
Las niñas volvieron a ajustar cuentas, y se encontraron con diez cuartos cada una. La cuenta que no había podido sacar don Juan
Saca-cuentas, ¡era sacadera y muy sacadera!
¡Ah, pícara, repícara madrastra, qué chascote has llevado! ¿Creías haber llegado ya a la suspirada ocasión de zurrar a las niñas? Anda, ¡rabia! ¡rabia! ¡rabia!

- VIII -

Era la caidita de la tarde. Bajo los cerezos que había delante de la casa de Martín estaban éste, Joaquina y Antoñito ordeñando una docena de cabras que acababan de acudir de los vericuetos inmediatos a la voz de otros tantos cabritillos que las llamaban sacando la cabecita por las enrejadas ventanas de la rocha.
Quien ordeñaba las cabras era Martín; Joaquina las sujetaba de los cuernos con una mano, y con la otra sujetaba a Antonio.
-¡Yo quiero mamar la cabra pinta! -decía Tonio, que era ya una especie de angelote, con más fuerza que un toro.
-¡Verás, verás qué tantarantán vas a llevar, si por no estarte quedo se vierte el jarro de leche! -decía Joaquina, trabajando más para contener los botes del niño que los botes de la cabra.
-¡Pues yo quiero mamar la cabra pinta! -repetía el niño.
-¡Anda, condenado, anda y atrácate hasta que revientes, Dios me perdone! -dijo Joaquina dejándole al fin escapar.
El niño se dirigió saltando hacia una cabra blanca con manchas negras que salió a su encuentro berreando cariñosamente, como si ya sintiera el consuelo que iba a experimentar cuando descargase su ubre los suaves y sonrosados labios del niño.
Entre tanto, los cabritillos, se desgañitaban en la rocha, como diciendo:
-¡Ah, tunantes! ¡Cómo nos cercenáis la ración!
León contemplaba el trabajo de sus amos majestuosamente sentado a corta distancia, y ojo alerta para hacer volver a su sitio, con muy buenos modales por supuesto, a las cabras que se descarriaban. Y el Minino andaba también por allí diciendo para sus adentros:
-Algo de eso me tocará a mí.
La cabra pinta, que no tenía cría, porque las águilas se la habían arrebatado apenas la parió, se dejaba mamar con una paciencia sin límites.
A cualquiera parecerá que maldita la gracia tiene un niño zangolotino mamando de una cabra; pero a Joaquina le pareció todo lo contrario. Y es que las madres todo lo encuentran en sus hijos graciosos a más no poder.
-¿Pero no ves, Martín -decía Joaquina reventando de gozo-, no ves con qué gracia chupa ese hijo que Dios me ha dado? ¡Si es lo más gitano que ha nacido de mujer! ¡Vamos, si me le comería a besos!

Librodot

Joaquina iba a desahogar su entusiasmo maternal comiéndose a besos a su hijo, aunque el chico prefería a los besos de su madre la leche de la cabra pinta, cuando se apareció por allí Ramona, la vecina que había prometido a las chicas interceder por ellas.
-Buenas tardes, hijos. Parece que se prepara la cena, ¿no es verdad?
-Hola, Ramona. Sí, estamos sacando un jarrito de leche para cenar esta noche.
-Vamos, dele usted un sorbo -dijo Martín, levantándose y alargando el jarro a la vecina.
-Gracias. Lo probaremos.
Y la vecina acompañó el hecho con el dicho.
-¿Qué tal? ¿Está buena? -le preguntó Joaquina.
-Y de casta -contestó Ramona, limpiándose los labios con el cabo del delantal.
-¿Y dónde anda la familia menuda? -preguntó a su vez.
-Ahí tiene usted a Tonio llenándose el cuerpo de leche. Las motilas han ido a Balmaseda a vender unas peras para ayuda de comprar unos zapatos a ese enemigo malo, que ha destrozado ya los nuevos.
Martín llevó a casa el jarro de leche, recogió las cabras en la cuadra, y en seguida abrió la puerta de la rocha para que los cabritillos se juntaran con sus madres y cenaran la parte de ración que les había dejado.
Durante esta operación, Joaquina, Ramona y Antoñito habían quedado bajo los cerezos, las primeras charlando como cotorras, y el último saltando y brincando para digerir el atracón de leche que acababa de darse.
-Pero vamos a otra cosa -dijo Ramona-, hablemos de tus entenadas, ahora que no está Martín delante, que no me gusta infernar matrimonios.
¿Te parece a ti, Joaquina, que es ley de Dios lo que tú estás haciendo con esas criaturas?
-¿Pero hago yo algo malo con ellas?
-¡Calla, calla, hebrea, que ninguna mujer como Dios manda se prevale de que unas pobres niñas no tengan madre para traerlas como azacanas y mandarlas cosas imposibles, como haces tú con tus entenadas!
-Pero, ¿les falta algo acaso?
-Les falta una madre, que es cuanto les puede faltar.
-¿No las trato como si fueran mis hijas, a pesar de que debiera aborrecerlas de muerte?
-¡Pícara! ¿Por qué las has de aborrecer?
-Porque por ellas no tiene padre mi hijo.
-¿Que no tiene padre?
Haga usted cuenta que no, porque por causa de ellas no puede ver
Martín al niño.
-Si tú fueras una verdadera madre para tus entenadas, no sucedería eso.
-¿Y no lo soy acaso?
-¿Te parece a ti que si viviera la que está en el cielo, hubieran ido esta mañana por esos caminos llorando a lágrima viva, y esta tarde volverían temblando porque saben que las vas a recibir a golpes?
-Y bueno que los han de llevar como no hayan hecho lo que yo les encargué.
-No tienes tú la culpa, que mucha tiene el descastado de su padre.
¡Ah! Si la pobre Dominica levantara la cabeza...
Ramona se detuvo viendo llegar a Martín y la conversación varió de rumbo; pero Martín volvió a entrar en casa a sus quehaceres.
A corto rato llegó Antoñito, y zarandeando de los vestidos a su madre, empezó a cencerrear.
-Madre, ¿cuándo cenamos? ¡Gem! ¡Gem! ¡Yo quería cenar!
-Pero, criatura -le replicó Joaquina-, ¿no te acabas de atracar de leche?
-Sí; pero mamar no es cenar.

Esta gracia del angelito hizo prorrumpir en una ruidosa carcajada a
Joaquina, que exclamó, abrumando de besos a su hijo.
-¡Huy! ¡Bendita sea tu boca, amén, que tienes tú más gracia que el salero del mundo! Pero ¿no ve usted, Ramona, qué hijo tan alhaja tengo?
-¡Dios le bendiga, hija! -dijo la vecina recalcando sus palabras-.
Dios le bendiga y le conserve su madre; que si tú le faltaras, ¿qué sería de él?
-¡Se moriría el hijo de mis entrañas si le faltara su madre! -asintió
Joaquina, saltándosele las lágrimas de ternura.
-No se moriría -repuso la vecina, siempre con segunda intención-, no se moriría, que tampoco tus entenadas se han muerto; pero más le valdría morirse que tener por madre a la que no le ha parido.
Las sonrosadas mejillas de Joaquina se pusieron de repente pálidas como las de una muerta. Una idea horrible y desconsoladora acababa de asaltar por primera vez la imaginación de aquella madre idólatra de su hijo: la de que su hijo podría llegar a tener madrastra, y sufrir lo que su madre había hecho sufrir.
Su vecina, que era mujer de años y de experiencia, adivinó en el rostro de Joaquina lo que pasaba, y trató de hacer un esfuerzo supremo para proporcionar una madre a las desventuradas niñas, que tanto habían llorado por no tenerla.
-¡Joaquina -añadió con acento solemne-, Dios castiga sin palo, y a veces pagan justos por pecadores! Las madres se mueren, y los viudos se casan para dar madrastra a sus hijos, ya que no pueden darles madre.
-¡Madrastra!... ¡Hijo de mi alma! -murmuró Joaquina, estrechando contra su corazón a su hijo, como si alguien fuera a arrebatárselo.
En aquel momento aparecieron por una estrada que desembocaba junto a la casa las traía, niñas, que volvían de Balmaseda.
Venían las tres muy alegres.
Joaquina se dirigió a su encuentro, llamándolas cariñosamente, y quizá por primera vez en su vida tuvo impulsos de estrecharlas en sus brazos y devorarlas a besos.
Las niñas, casi antes de llegar, se apresuraron a referir la manera poco menos que prodigiosa con que habían cumplido las órdenes de su madrastra.
-Joaquina -exclamó la anciana-, ¿no ves la mano de Dios en esa especie de milagro?
-¡Sí! ¡Sí! -contestó Joaquina-. Dios abre, al fin, mis ojos, aunque tal vez será tarde.
-¡Para el bien nunca es tarde! -dijo Ramona con acento semiprofético!
Y Joaquina, no pudiendo ya resistir el noble sentimiento que acababa de venir a purificar su corazón, abrió sus brazos a las niñas, y prodigándoles el nombre de hijas, que hacía tiempo no les daba, las estrechó en ellos con infinita ternura y las colmó de besos, inundándolas de amorosas lágrimas.
En aquel instante, la pobre Dominica, que desde el cielo velaba por sus hijas, también debió llorar de santa alegría.
-¡Martín! ¡Martín! -gritó Ramona llorando a su vez de gozo.
-¿Qué es eso, Ramona? -preguntó el honrado labrador apareciendo en la puerta.
-Es -le contestó la vecina- que tus hijas ya tienen madre.
-¡Que Dios y la que está en el cielo la bendigan! -exclamó Martín lleno de regocijo.
Y corriendo al niño, que traveseaba bajo los cerezos, le tomó en sus brazos y le prodigó las ardientes caricias que prodigaba a las niñas su mujer.
Ésta se dirigió entonces a la anciana, y como las sombras de la noche, que habían ido descendiendo, no la permitiesen ver lo que bajo los cerezos pasaba, interrogó con ansiedad a la anciana, que le respondió:
¡Es que tu hijo ya tiene padre!

Trueba, Antonio de

Desde la patria al cielo

- I -

Lector despreocupado: sí abres por la S el Diccionario geográfico, de Madoz, o cualquiera otro, encontrarás un artículito que dice, poco más o menos, lo siguiente:
«S..., concejo de las encartaciones de Vizcaya partido judicial de
Balmaseda, con trescientos vecinos y una iglesia parroquial dedicada a San Fulano. Dista de Bilbao cinco leguas, y sesenta y cinco de Madrid.»
Aquí tienes todas las noticias geográficas, históricas, estadísticas, etc., que dan los libros acerca del rinconcito del mundo de que vamos a hablar.
Pero como el concejo de S... me interesa algo más que a los autores de Diccionarios geográficos, voy a suplir el desdeñoso laconismo de estos señores.
Verdaderamente, el concejo de S..., no tiene grandes títulos a la atención del viajero, y sobre todo si el viajero es despreocupado como tú.
Su iglesia es buena para glorificar y pedir consuelos a Dios; pero... pare usted de contar.
Los vecinos del concejo la tienen mucho cariño; pero ¿sabes por qué, lector despreocupado? Porque, según dicen, sus padres la construyeron amasando con el sudor de su frente la cal de aquellas blancas paredes; porque allí están enterradas las personas por quienes rezan y oran todos los días; porque allí recibieron ellos el agua santa del bautismo; porque allí se unieron para siempre con la compañera de sus alegrías y sus tristezas; porque allí alcanzan de Dios consuelo en sus tribulaciones, y porque allí la palabra del sacerdote les indujo, e induce aún a sus hijos, a amar y reverenciar a sus padres, a detestar el vicio y a adorar la virtud.
¿Qué te, parece, lector despreocupado? ¿Has visto simpleza igual?
Pues no para en esto la de los tales aldeanos.
Cuando repican a fiesta las sonoras campanas del blanco campanario de la iglesia parroquial de S... y cuando al entrar en misa se encuentran los altares adornados con ramilletes de rosas y de claveles, y el pavimento alfombrado de tomillo, eneldo y espadaña, aquellos tontos lloran de regocijo, y se juzgan dichosos con su pobreza, y su iglesia, y su aldea, casi olvidada de los geógrafos.
¿No es verdad, lector despreocupado, que tienen razón los franceses cuando dicen que el África comienza en los Pirineos?
S... tiene su río, pero apenas está indicado en los mapas, ni le han llamado padre los poetas, ni estos señores han dicho de él que sacó el pecho fuera y habló de esta manera o de la otra o de la de más allá; es un río tan tonto, que se contenta con estar siempre claro y fresco, con criar truchas y loinas para engordar a aquellos bárbaros, con dar movimiento al molino, que provee de harinas a aquellos salvajes, y a la ferrería, que da ocupación a aquellos hotentotes cuando el temporal no les permite trabajar en las heredades, y con mantener siempre lozanas y verdes las llosas y las huertas, que suministran granos, y frutas, y hortalizas, y flores a aquellos brutos.
Pues aunque me parezca increíble en un siglo tan civilizado como el nuestro, también enamora semejante río a los aldeanos de S....

Me ocurre una cosa, lector despreocupado. Lista, que, si mal no recuerdo, anduvo por allí in illo tempore, solía envidiar la felicidad del que nunca ha visto más río que el de su patria. ¿Qué va a que el tal Lista hizo creer esta y otras tonterías a los encartados?
-Pero no, que aquéllos ya eran tontos hace muchos siglos: cuando se llamaban cántabros y peleaban con los romanos, si caían prisioneros, antes que besar la sandalia de los Césares, consentían morir en la cruz entonando cánticos a la libertad y a la patria.
¿Qué te parece, lector despreocupado? Vamos, si te digo que estoy corrido, como una mona, de haber nacido en un país donde tales cosas pasan desde los tiempos del rey Perico.
Pero aún falta lo mejor.
Las preciosidades históricas y monumentales del concejo de S... son las siguientes:
Un castaño que plantó Juan el día que nació su hijo Pedro;
Un rosal que plantó Teresa una vez que su hijo estaba enfermo, ofreciendo a la Virgen regalarle cuantas rosas produjera si el chico se ponía bueno, como en efecto se puso;
Un rótulo que hay en el puente, recordando que el día tantos de tal mes y de tal año se arrojó al río Fulano, y salvó, con peligro de su propia vida, a Zutano.
Y una ermita de San Roque, más vieja que Matusalén, a la cual tienen aquellos fanáticos mucho respeto, porque el santo que se venera en ella libró de una peste al concejo allá en los tiempos de Mari Castaña.
Tú, lector despreocupado, dirás que Juan plantaría el castaño para que diera castañas y no para conservar memoria del nacimiento de su hijo
Pedro;
Que el chico de Teresa se salvaría porque cosa mala nunca muere;
Que Fulano se arrojaría al río porque haría calor;
Y que el concejo se libraría de la peste porque refrescaría el tiempo.
Pues es claro: eso sería. Sólo que aquellos aldeanos son unos zopencos llenos de superstición.
Aún hay más... ¡Qué! ¿No puede haber ya más tontería? Oye, oye, y verás si la hay.
Las casas de la aldea son detestables; como que se contentan con ser muy sanas, y muy grandes, y muy limpias. Sin embargo, sus moradores dicen que no las trocarían por el palacio del indiano, que está en lo mejorcito del valle y es una maravilla. ¿Y sabes, lector despreocupado, en qué se fundan aquellos estúpidos? Te vas a reír de su majadería. Se fundan en que en ellas nacieron y murieron sus padres, y en ellas nacieron y se criaron ellos.
¿Te ríes? Pues espera, espera, que allá va lo bueno.
El cura de la aldea es un viejecito que no cree en los filántropos ingleses ni en los Catones americanos; que se sabe de memoria todas las vejeces de la Biblia; que arruina al tabernero, de la aldea, aconsejando a los vecinos que no se diviertan en la taberna; que con sus sermones ha conseguido que el amor sea en S... la cosa más sosa del mundo, pues los maridos se mueren por sus mujeres, y las mujeres no sus maridos, y los novios ni siquiera se dan un mal pellizco hasta que se casan; que a fuerza de repetir que el trabajo es sano para el cuerpo y para el alma, ha logrado que todo el inundo trabaje el día de trabajo; que con su eterna cantinela de que el juego es padre de todos los vicios, ha alcanzado que ni el día de trabajo ni el de fiesta se encuentre en la aldea con quien echar un mus: y, por último, que con sus consejos ha conseguido que aquellos simples exclamen cuando les suceda alguna desgracia: «¡Cómo ha de ser! Dios lo ha querido... ¡Hágase su divina voluntad!», y se quedan tan consolados como si tal desgracia no les hubiese sucedido.
El alcalde del concejo es un palurdo que lleva su tontería hasta el extremo de medir con la misma vara a los parientes y a los extraños cuando cometen alguna falta; que incurre en la grosería de rechazar los regalos que intentan hacerle los vecinos que tienen asuntos pendientes de su autoridad; y que cuando el común no tiene fondos para atender a las calamidades públicas, vende aunque sea su propia camisa para remediarlas.

Pues has de saber, lector despreocupado, que los vecinos de S... bajan la cabeza servilmente ante tal cura y tal alcalde, y serían capaces de dar la vida por ellos.
Pero dejémonos de gentes tan estúpidas, con el consuelo de que el sol de la civilización no tardará en penetrar en aquel salvaje rincón del mundo, y veamos si en S... hay algún habitante algo más en armonía con el espíritu del siglo.

- II –

-¿Qué manojito de rosas y de claveles se ha posado en mi hombro?
¡Ah! ¡Es tu cara de Pascua florida! ¿Qué hacías tú aquí, amor mío?
-Leer por encima de tu hombro lo que vas escribiendo.
-¿Y qué tal te parece?
-Mal, rematadamente mal.
-¡Gracias por la lisonja! ¿Y por qué te parece mal?
-Porque no me gusta la ironía.
-Sin embargo, bien usada, es un género que...
-Es un género que hiere, que hace daño, que no puedes cultivar.
-¿Y por qué no puedo?
-Porque no tienes hiel en el alma.
-En cuanto a eso, poco a poco. Cosas pasan en el mundo que aun en el alma de una blanca paloma engendran hiel, y vinagre, y ajo, y mostaza y guindilla.
-Sí; pero a pesar de eso, el mundo es hermoso como lo son las rosas a pesar de las espinas.
-¡Ah! Sí, tienes razón; el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.
Pasemos por el mundo derramando una bendición sobre cada flor y cada espina que encontremos a nuestro paso.
Cuando, terminado nuestro viaje, tornemos al seno de Dios, las puertas del Paraíso nos serán abiertas si podemos decir: «¡Señor, hemos hecho noblemente nuestra jornada; los moradores de la tierra lloran nuestra ausencia, porque hemos sembrado bendiciones en nuestro camino!»
Es verdad; la ironía es indigna de las almas que carecen de hiel.
Lector despreocupado, no quiero dirigirme a ti, porque tú no me comprendes. No quiero escribir para ti, porque soy pobre de espíritu y rico de corazón, y sólo para los pobres de espíritu y ricos de corazón escribo.
Aunque mi corazón sólo sabe amar y mis labios sólo saben bendecir, quisiera tener mil corazones para aborrecerte y mil labios para maldecirte.
¿Ves esa lágrima que ha borrado un amargo, «¡te detesto!» que mi pluma acababa de estampar en el papel? Pues ha caído de esos dulces ojos que, posados sobre mi hombro, siguen arrasados en lágrimas de ternura y de alegría al vuelo de mi pluma.
Esas lágrimas busco, que no tus aplausos y tus riquezas. Pobre y obscuro quiero seguir mi jornada llevando por compañeros a los pobres de espíritu y ricos de corazón, porque ellos me guiarán al reino de los cielos.
¡Virgen de ojos azules y rostro de azucena y rosa, a ti me dirigiré, porque tú me comprendes!
Sí, sí, tienes razón; el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.
Has de saber que Teresa, aquella que plantó el rosal en S..., ofreciendo a la Virgen regalarlo todas las rosas que produjera si se salvaba su hijo de una grave enfermedad, perdió a su marido Juan, aquél que plantó un árbol en memoria del nacimiento de su hijo Pedro.
Pedro era aún muy niño cuando murió su padre, y la pobre Teresa se encontró sin amparo en el mundo.

Como aquellos pobres aldeanos tienen la costumbre de acogerse al amparo de los moradores del cielo en todas sus tribulaciones, Teresa se acordó de la Madre de Dios cuando se hallaba más desconsolada.
Era una hermosa mañana de mayo; todo cantaba y reía: el sol asomando por Oriente, los pájaros en la enramada, las campanas en la torre y las flores en el huerto. Todo cantaba y reja, menos el corazón de la pobre
Teresa, que estaba desconsolado.
Teresa se fue al huerto a ver si el rosal tenía rosas para engalanar el altar de la Virgen. Cargadito de ellas estaba, y nunca las había ostentado tan hermosas como aquella mañana. Lo único que les faltaba eran algunas gotas de rocío que abrillantasen sus frescas hojas, reflejando los primeros rayos del sol de Dios que empezaba a bañar el horizonte.
Teresa empezó a coger rosas, llorando mientras las cogía. Hizo con ellas un lindo ramillete, y se encaminó a la iglesia, que el sacristán había dejado abierta mientras subía a la torre a tocar a misa primera.
El primer rayo del sol penetraba por una ventana del templo y bañaba con su dorada luz el altar de la Madre de Dios.
Teresa colocó en el altar aquel ramo de rosas coronadas de lágrimas, y de repente un resplandor divino deslumbró sus ojos e inundó de luz el templo: el sol, reflejando en las lágrimas que coronaban las rosas, había trocado cada lágrima en un diamante, rico de luz y hermosura.
La pobre aldeana alzó sus atónitos ojos a la Virgen, y creyó ver una sonrisa llena de amor y gratitud en los labios de la Reina del cielo. Poco después salió del templo con el corazón henchido de santa esperanza y se dirigió presurosa a su casa para hacer partícipe de su alegría al hijo de sus entrañas.
Al pasar junto, al palacio del indiano oyó una voz que la llamaba y alzó los ojos al balcón del palacio.
-Teresa -la dijo el indiano-, sube que deseo hablar contigo.
Teresa se apresuró a subir, llena, sin saber por qué, de gratísima esperanza.
-Enjuga tus lágrimas, Teresa -añadió el indiano-, que, yo voy a proporcionaros la subsistencia a ti y a tu hijo.
-¡Hijo de mi alma! -exclamó la aldeana, pensando en la dicha de su hijo antes que en la propia.
El indiano continuó:
- Yo tengo grandes riquezas en América, y voy a hacer un largo viaje, para volver aquí trayéndolas conmigo, porque aquí quiero pasar el resto de mis días. No tengo familia ni parientes a quien confiar el cuidado de esta casa durante mi ausencia, y quiero que tú y tu hijo toméis a vuestro cargo este cuidado.
-¡Señor -exclamó Teresa-, nosotros conservaremos religiosamente cuanto usted nos confíe!
-Si así lo hacéis, como no dudo, a mi vuelta seréis mi única familia; si muero antes de volver, no me olvidaré de vosotros y durante mi viaje tendréis lo necesario para vivir tranquilamente.
Teresa apenas podía expresar su gratitud, porque la alegría embargaba su voz. El indiano, que hablaba con ella en una hermosa biblioteca que encerraba millares de volúmenes, continuó:
-¿Ves esos libros, Teresa? Cuidádmelos con esmero, qua ellos han sido siempre y serán mis mejores amigos: a ellos debo la tranquilidad de mi alma, lo que vosotros, pobres aldeanos que nunca habéis visto sabios, llamáis mi sabiduría, y Hasta las riquezas que aquí y en América poseo.
-Señor -dijo Teresa-, confíe usted en que así lo haremos. Mi hijo sabe escuela, a Dios gracias, y tiene mucha afición a los libros, aunque, en casa no tenemos más que el Astete, y los Gritos del Purgatorio, y el Año Cristiano, y la historia de Don Quijote y los Fueros de Vizcaya. No

tenga usted cuidado, señor, que mi pobre Pedro los tendrá como el sol de limpios, y tan ordenados como usted los deje.
-Bien, Teresa, bien. Hoy mismo podéis veniros a vivir aquí, porque yo pienso partir mañana temprano.
-¡Señor... -murmuró Teresa, poniéndose colorada y como si tuviese que hacer alguna objeción a las proposiciones del indiano y no se atreviese a hacerla.
El indiano la comprendió al punto.
-¡Ah! -dijo-. ¿No quieres abandonar tu casita? Lo apruebo, Teresa, y eso te hace más digna aún de mi confianza.
-Señor -repuso la aldeana- -, no lo debe usted extrañar: es tan blanca, y tan cómoda, y tan hermosa...
-Sí, sí lo es para los que viven de recuerdos y han derramado en ella todas sus lágrimas de alegría y de tristeza.
-Y luego, señor -continuó Teresa-, allí ha nacido mi hijo y ha muerto mi marido, y si no la habitamos, el desamparo reinará en ella, y el agua penetrará por su techo y sus paredes, y la pobre se caerá al cabo, que es como si se muriese de tristeza... ¡Ah, señor! ¡Qué triste es ver un hogar desierto y arruinado! Cuando pasamos mi Pedro o yo junto a esa aceña vieja que hay en el nocedal del río, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aún ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aún se conserva allí frío y solitario, y aquellas letras, hechas con la punta de un cuchillo o del badil, que aún se ven en la pared, y aquellos clavos que aún permanecen junto a la ventana.
-Sí, Teresa -exclamó el indiano, con los ojos arrasados en lágrimas-, mucho quieren decir todas esas cosas para los que, como yo, ¡triste de mí!, no tienen familia, y mucho más aún para los que la tienen!... No abandones tu casita, no, que la pobre, como tú dices, se moriría de tristeza. Venid de día a cuidar de mi casa, y de noche que se quede tu hijo aquí, pero no apaguéis nunca vuestro hogar.
-Así lo haremos, señor, y en el corazón guardaremos siempre escrita la bondad de usted.
El indiano no permitió a Teresa que continuase expresándole su agradecimiento.
Teresa se levantó temprano al día siguiente para despedirle, después de haber pasado gran parte de la noche pidiendo a Dios que le diese buen viaje.
Pero antes de ir a casa del indiano fue al huerto, tomó la mejor rosa que tenía el rosal, y yendo a la iglesia, la trocó por la mejor que tenía el ramillete de la Virgen.
-Señor -dijo al indiano-, esta rosa ha estado en el altar de la Virgen Santísima. Llévela usted consigo, que el corazón me dice que llevándola no morirá usted en esos caminos ni en esas mares traidores, desamparado de Dios y de los hombres.
El indiano era un sabio, y como ahora se dice, un hombre de mundo; pero era de los sabios y hombres de mundo que creen en Dios, y, aunque no creyeran, respetarían santamente la fe de los demás.
¡Señor! ¡Con qué doler cerrarás las puertas de la gloria a esta clase de ateos!
El indiano aceptó con profundo agradecimiento la santa rosa que le ofrecía la aldeana y la colocó cuidadosamente en una caja donde conservase su hermosura y su perfume.
Poco después tomó el camino de Bilbao, donde debía embarcarse para la
América Central.
Todas las mañanas, cuando el sacristán entraba en la iglesia para tocar a maitines, entraba tras él Teresa y colocaba en el altar de la
Virgen un ramo de rosas frescas, coronadas de lágrimas..., pero coronadas de lágrimas de alegría.

- III -

Librodot

Hagamos de dos pinceladas el retrato de Pedro, tal cual era cuando el indiano encargó a Teresa el cuidado de su palacio, no tal cual era cuatro años después.
-¿Y por qué le has de retratar en la primera de esas dos épocas.
-Porque física y moralmente se había transformado en el transcurso de la primera a la segunda, y esta transformación se resiste a mi pincel, que sólo se complace en trazar cuadros de inocencia.
Deja, deja, purísimo numen de LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA, que el lector despreocupado se ría de mis inocentes creaciones; deja que se burle de mi afición a retratar pobres madres y pobres niños que sólo saben creer y amar. Yo sé que hay ojos que lloran y corazones que palpitan ante mis humildes cuadros. Una de esas palpitaciones o una de esas lágrimas borra todos los sarcasmos que el lector despreocupado pueda lanzar sobre estos cuadros, amados Benjamines de mi corazón.
-¡Pero, qué! ¿Se había hecho malo el hijo de Teresa, tan querido y ensalzado de su madre?
-Malo, en el sentido que el mundo da a esta palabra..., no; pero malo en el sentido que yo suelo darle..., sí. Porque has de saber, alma mía, que yo tengo por malo a aquél que, presa su corazón de febriles ambiciones y atestada su mente de locas quimeras, en vez de bendecir los bienes que
Dios le envía, los rechaza como mezquinos, y se cree con derecho a obtener el primer quiñón en el reparto de la herencia humana.
Mira, rosa del rosal de mis amores: yo nací en un valle muy parecido a aquel en que nació Pedro. El horizonte que se descubría desde la casita blanca de mis padres era tan limitado, que mi vista le abarcaba perfectamente.
-¡Madre! -pregunté un día a la que me llevó en sus entrañas-. Hay mundo más allá de aquel pico donde aparece el sol todas las mañanas, y más allá de aquel otro donde se esconde todas las tardes?
-¡No, hijo mío, no! -me contestó mi madre.
Pasaron años, y abandoné las riberas del Cadagua por las del
Manzanares.
Cuando desde el Buen Retiro o la montaña del Príncipe Pío dirijo la vista a las colinas de Vicálvaro o a las de Sumas aguas, y pregunto a la santa madre que me espera en el cielo:
-¡Madre! ¿Hay mundo más allá de aquellas colinas?
¡No, hijo mío, no! -me contesta mi madre desde el cielo.
Y yo la creo aún, y soy dichoso creyéndola.
-Pero me olvido de Pedro y de la pobre Teresa.
Llamo pobre a Teresa, porque lo era aún más que cuando el indiano la llamó para que cuidase su palacio. Entonces su hijo era tan ignorante como ella; pero, como ella, amaba la casa paterna; admiraba la hermosura de las arboledas, del valle; creía el más bello del mundo el templo donde había sido bautizado; tenía por las ruinas más venerables de la tierra las de la aceña del nocedal; no creía que hubiese río más poético y hermoso que el que un día había dado movimiento a aquella aceña; no concebía que en el orbe hubiese sabios que igualasen al cura y al maestro de escuela de la aldea, y tenía a Rosa, su vecina, por la niña más linda del universo.
Cuatro años después parecía haber mudado completamente de sentimientos y de opiniones.
Ya pobre Teresa, al notar este cambio en su hijo, lloraba como una
Magdalena, acompañándola en su duelo Rosa, que era ya una muchacha tan hermosa como las flores que llevan su nombre, y tan buena como debía serlo aquella a quien Teresa diese el nombre de hija.

Librodot

Pedro, según se decía en el valle se había hecho un sabio; pero aunque esto se dijera Teresa y Rosa no cesaban de llorar.
Bien has hecho, Dios mío, en alejar el árbol de la ciencia del humilde autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; que un título de académico venido de las orillas del Rhin, del Támesis o del Sena no vale tanto como estas líneas venidas de las orillas del Cadagua, y trazadas por la temblorosa mano de un pobre labriego:
«Hijo mío: A todas horas tenemos tu nombre en los labios para bendecirlo. Quien lejos de su valle nativo se acuerda de sus padres y de su valle, ¡bendito sea!»
Pedro, apasionado desde muy niño a los libros, había podido satisfacer esta pasión desde que se vio dueño de la rica librería del indiano.
Por espacio de cuatro años había vivido casi constantemente encerrado en ella, devorando millares de volúmenes, entre los cuales los había de todos los géneros: útiles y nocivos, fruto de la ignorancia y de la sabiduría, de la imaginación extraviada y de la imaginación dirigida por buen camino.
Propensa la suya, por naturaleza, a abultarlo todo y a incurrir en perpetuas alucinaciones, había recorrido el mundo y las edades, poblando éstas y aquél de hermosos fantasmas que gritaban sin cesar al desdichado mancebo: «¡Ven, ven a nosotros! ¡La felicidad no existe en ese rincón del mundo! Nosotros habitamos las montañas de Suiza, donde vaga la sombra de Guillermo Tell; las márgenes del Rhin, pobladas de sílfides y wilis; los canales de Venecia, donde aún resuena el canto de los gondoleros; las ruinas del circo romano, teñidas con la sangre de los mártires; el golfo de Parténope, sombreado por el laurel de Virgilio; los harenes y jardines de Bizancio, la santa Palestina, donde viven aún Jesús y Godofredo y Pedro el ermitaño; la Grecia, patria de los dioses y los semidioses; la India, tierra de los ríos sagrados y las piedras preciosas, y la América, último refugio de los gobiernos patriarcales y único teatro de las grandes escenas de la naturaleza, ¡Ven, ven a nosotros, que donde nosotros estamos está la felicidad!»
Y Pedro creía lo que decían aquello, fantasmas que había visto destacarse de las páginas que había devorado por espacio de cuatro años, vagos, indecisos, obscuros al principio, pero distintos, perceptibles, luminosos y gigantes después.
La tristeza y el hastío se habían ido apoderando de su alma; todo cuanto encerraba el valle ¡hasta su madre y Rosa! le parecía pobre, mezquino, vulgar, indigno de ser amado.
Su madre, Rosa, el señor cura, el maestro de escuela, todos los habitantes del valle procuraban desterrar de su alma las febriles ambiciones que la consumían; pero sus consejos, sus súplicas, sus lágrimas eran inútiles. Lo único que hacía Pedro era compadecer a aquellas gentes que, como no habían visto el cielo, no se creían desterradas en la tierra.

- IV -

Era una mañana de otoño. Pedro estaba leyendo en la biblioteca encomendada a su cuidado. El sol bañaba ya por completo el horizonte, y, sin embargo, delante de Pedro ardía un candil.
¡El joven no había notado aún que era de día! ¡Mira si estaría embebido en su lectura!
Había pasado la noche leyendo.
Plutarco y Homero habían arrastrado su alma a Grecia; el ignorado autor de Las Mil y una noches la había llevado por las regiones asiáticas de delirio en delirio y de asombro en asombro. Chateaubriand la había paseado por las vírgenes soledades de América; Cook la había hecho dar la vuelta al mundo sumergida en el sublime horror de las tinieblas y los hielos polares; y Schiller, Goethe, Hoffman, Shakespeare, habían hecho comparecer ante ella todos los fantasmas, ora risueños, ora sombríos y amenazadores, de los países reutónicos y británicos.

Librodot

¡Figúrate cómo estaría el alma de Pedro, arrastrada de emoción en emoción por tan lejanas y diferentes regiones! ¡Figúrate cuán distinto sería entonces de lo que había sido cuatro, años antes! Pedro, un tiempo tan contento con vivir y morir en el valle nativo como todos los habitantes de aquel valle, sólo tenía ya un deseo, pero un deseo supremo, ardiente, inextinguible; un deseo sin cuya satisfacción la vida le parecía una carga insoportable: el de hollar con su planta y abarcar con su mirada el teatro do las escenas, reales o ficticias, que habían expuesto a su contemplación los libros, escenas que su fantástica y acalorada imaginación poetizaba, despojándose de toda la parte vulgar, y prosaica que aun lo más poético de este mundo tiene.

Hubiérasele dicho, por ejemplo, que Viriato, rústico pastor lusitano, estaba cubierto de suciedad y harapos, cuando se rebeló contra la tiranía romana, hubiérasele dicho que Laura, la amada semidivina de Petrarca, comía y bebía como Rosa, su novia, y no lo hubiera creído.

La casa de Rosa estaba al lado de la de Teresa. Ésta, que trataba ya a la joven con la confianza de una madre, la encargó que se llegase al palacio del indiano y dijese a Pedro que fuese a almorzar.

Apresuróse a ir la enamorada niña. Cuando entró en la biblioteca donde leía Pedro, éste se volvía loco con la descripción de un harem.

Aquel volcán de amor y de celos que ardía perpetuamente en el corazón y en los ojos de las odaliscas, le parecía mil veces preferible a todo el amor que puede encerrar el corazón de las mujeres de Occidente,

-Pedro -dijo Rosa, entrando en la habitación, ligera como una mariposa, colorada como las cerezas a medio madurar, y risueña como una mañana de mayo-, Pedro, dice tu madre que te está esperando el almuerzo.

Pedro dio tal patada en el suelo, y miró a Rosa con tal indignación y tal desdén, que la pobre muchacha retrocedió dos pasos, sobrecogida de terror,

-¡Perdóname, Pedro! -murmuró Rosa cariñosamente-. Estabas distraído y te he asustado, ¿no es verdad? Mira, ha sido sin querer... No volveré a asustarte, yo te lo aseguro. Anda, vente conmigo, que tu madre te está esperando para almorzar.

-No necesito compañía, y la tuya mucho menos -contestó Pedro con tono desdeñoso y amenazador.

La niña se puso pálida como una azucena, y bajó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas.

La desdeñosa expresión que dominaba en el rostro y en la mirada de

Pedro se dulcificó un poco.

-¿Qué tienes? ¿Por qué lloras, Rosita? -preguntó el joven con cierta solicitud.

-¡Porque ya no me quieres! - contestó la niña, cuya purísima voz ahogaban los sollozos.

-Sí, sí, te quiero, Rosa; pero tú tienes la culpa de estos arranques de mal humor en que me ves.

-Pues dime qué he de hacer para que siempre estés contento.

-Lo que has de hacer es comprender mi alma.

-¿Y qué quiere decir eso? -preguntó la niña con adorable ingenuidad-.

Comprender tu alma, ¿es quererte mucho?

-No es sólo eso -contestó Pedro, cuyo rostro volvía a nublarse-; comprender mi alma es, en primer lugar, adivinar mis deseos...

-Yo creía que deseabas ya almorzar...

Pedro dio otra patada en el suelo, exclamando:

- ¡Rosa! Veo que tu alma nunca podrá comprender a la mía; que hablarte de ese amor delicado, grande, ideal, sublime, que se cierne entre el cielo y la tierra, es echar margaritas a la mar... ¡Ah! ¡Bien se conoce que nunca has abierto un libro!

-Pero yo creía que no eran menester libros para saber quererte...

Mira, Pedro, mira lo que me figuraba yo que era querer: estar siempre pensando en ti; no encontrarme a gusto sino a tu lado; pedir a Dios que te dé salud y fortuna; desear que me quieras como yo te quiero a ti; ponerme triste y llorar y desesperarme si quieras a otra; aprender todo lo que saben mi madre y la tuya, para hacer lo que ellas hacen; gobernar bien la casa cuando nos casemos; querer y cuidar y enseñar a nuestros hijos, si
Dios nos los da; trabajar a tu lado para que el trabajo te pese menos; alegrarme cuando estés alegre, entristecerme cuando estés triste y morirme e pena si tú te mueres... Esto es, Pedro, esto es lo tenía por amor. Si es otra cosa ¿Por qué no me lo dices? Verás cómo hago todo lo que tú me mandes. ¡Qué! ¿No soy dócil acaso? Cuando yo era pequeñita, siempre estaba diciendo mi madre: «Mi niña va a ser muy mujercita de bien, porque mejor mandada no la hay en la aldea». Dime, Pedro, el amor, ¿no es lo que te he dicho?
-Sí, Rosa ese es el amor; pero es el amor vulgar. El que busca mi alma es ése en el fondo pero no en la forma; en primer lugar, excluye el lenguaje vulgar e innoble, tal como el que has usado al llegar aquí.
-Pero ¿es malo decir que vengas a almorzar, cuando es cerca de mediodía y aún no te has desayunado?
-¡Sí, sí lo es!... -respondió Pedro, y volviendo a sentirse dominado por el enojo que tanto había afligido a la inocente muchacha.
-Pues mira -repuso ésta-, el señor cura y el maestro, que tanto saben, así dicen las cosas...
-Porque aquí el que más sabe es un salvaje. Por eso aborrezco a este miserable valle...
-¡Miserable valle! ¡Sí que habrá muchos donde se coja tanto grano y tanta fruta como en él!
-¡Grano!... ¡Fruta? -murmuró Pedro con soberano desdén...
-¡Pues qué! ¿Es eso también malo? Mira, Pedro, esta mañana hemos estado tu madre y yo hablando de lo que hemos de hacer con la hacienda en cuanto tú y yo nos casemos. Dice tu madre que si cocemos un calero, allegamos toda la hoja del rebollar y hacemos una rozada, de seguro cogeremos grano para todo el año, como en vida de tu padre, que esté en gloria...
-No seré yo quien cultive las tierras que cultivó mi padre.
-¿Qué dices, Pedro?
-Que no me enterraran en estos valles.
-¡Dios mío! -exclamó Rosa, llena de asombro-. Pero ¿adónde has de ir?
-Adonde mi alma me llama.
-Pero ¿dónde es eso?
-¿Para qué te lo he de decir, si no me has de comprender? Rosa, déjame, déjame, que Dios no ha formado tu alma para que comprenda la mía.
-¡Pero si yo te quiero, Pedro, si yo te quiero mucho!... -exclamó
Rosa con infinita ternura, buscando en los ojos de Pedro una mirada que correspondiese a aquella sencilla y a la par elocuente expresión de cariño.
-¡Déjame en paz! -respondió Pedro con inmenso despego.
Y volvió a Rosa las espaldas.
La inocente niña prorrumpió en lágrimas y bajó la escalera murmurando:
-¡Ay, Dios mío! ¡Que no me quiere ya' ¡Que, sin duda, quiere a otra!

- V -

Era bien entrada la primavera.
A la puerta de la casa de Teresa había un hermoso emparrado, cubierto ya de hojas, entre las que se veían granar los racimos.
Teresa, Rosa y otras vecinas cosían bajo aquel emparrado, a la caída de la tarde de un sábado.

Librodot

Todas charlaban como cotorras, excepto Rosa, que no despegaba sus labios ni levantaba la cabeza, inclinada sobre su labor; y Teresa, que sólo terciaba alguna que otra vez en la conversación, miraba con frecuencia a Rosa y exhalaba un hondo suspiro, como diciendo: «¡Mucho se parece mi mal al tuyo!»
La conversación tenía por objeto enumerar las maravillas que la primavera iba trayendo al valle. Marta contaba que los cerezos y los landechos de su huerto se iban a desgajar con el peso de la fruta, según la muestra que presentaban; Dominica refería que en sus piezas la borona comenzaba ya a echar cirria; Luisa decía que el año iba a ser muy abundante de todo, pues el cuco había venido por donde viene el sol, y
Jacinta aseguraba que si Bilbao llegaba a empinarse un poquito para asomar la cabeza por cima de los montes que rodean a S..., se iba a morir de envidia, a pesar de sus jardines y sus tesoros.
Teresa y Rosa también decían una cosa, pero se la decían muy bajito a su corazón: ¡que Pedro ya no las quería!
Una de las vecinas echó de ver el silencio de Rosa y Teresa.
-¿No saben ustedes -dijo- la gran novedad que hay esta primavera en
S...?
-¿Qué novedad es? -se apresuraron a preguntar todas.
-Que los pájaros se han vuelto mudos y las rosas se han vuelto azucenas -contestó la vecina, dirigiendo la vista a Rosa con una significativa sonrisa.
-¡Pues es verdad! Y no habíamos reparado en ello -exclamaron las vecinas.
A Rosa y a Teresa se les arrasaron los ojos en lágrimas.
Las vecinas, que lo notaron, se apresuraron a abandonar su tono irónico y malicioso, dominadas por la compasión.
-¡Válgame Dios! -dijo una de ellas, dirigiéndose a Rosa- ¡Cómo has cambiado, hija! ¿Por qué no cantas ya como los pájaros y das envidia con tus colores a las rosas de Alejandría?
-Porque para ella y para mí -contestó Teresa- no ha venido aún la primavera.
-Eso es porque sois unas tontas. ¡Que Pedro está siempre encerrado con sus librotes! ¡Anda con Dios, y así aprenda más que el sabio Salomón!
Si los libros que lee fuesen malos, santo y bueno que os afligieseis; pero ya veis vosotras si el indiano, un señor que, mejorando lo presente, no tiene pero, puede haber gastado su dinero en libros malos...
-No serán muy buenos cuando a mi hijo lo han hecho aborrecer la aldea donde nació.
-¿Y cómo al indiano no se la han hecho aborrecer?
-Tienes razón, que los libros no serán malos. ¡Lo será tal vez mi hijo!
Es imposible pintar el dolor con que Teresa pronunció estas últimas palabras, y la dolorosa impresión que hicieron en Rosa.
-Yo he oído decir al señor cura -repuso la vecina- que los libros son como las escopetas, que aunque sean útiles para muchos, son para algunos peligrosas.
-¡Pero, no, no! ¡El hijo de mi alma no es malo! -exclamó Teresa, desecha en lágrimas-. Esta mañana me vio llorar, y, echándose a mi cuello, me dijo, saltándosele las lágrimas: «¡Madre de mi corazón! Perdóneme usted las penas que causo a usted y a la pobre Rosa. Yo las quiero a ustedes, y procuraré a toda costa hacerlas felices; pero no puedo evitar esta tristeza que me consume, esta inquietud continua que me mata y esta adversión que me causa la aldea».
-Pues hija -dijo una de las vecinas-, a mí me gusta cantar clarito: yo hago la cruz al que tiene adversión al pueblo en que nació, y se la hago aunque por lo demás sea un santo. Toda esas cosazas que dice tu hijo, todo eso de que no todos tienen el alma templada del mismo modo; de que quien sueña con otro mundo no se puede conformar con éste; de que unas plantas se secan donde florecen otras; todo eso que dice Pedro será muy bonito y muy señor, pero yo lo

tengo por paja, y nada más que paja. El grano es que cada cual debe contentarse con lo que tiene; que Dios manda llorar de alegría y no de dolor, a los que nos quieren; que la tierra en que uno ha nacido es una segunda madre, y se la debe de querer como a la primera, y que el talento y la sabiduría que no se emplean antes de todo en hacer lo que Dios manda, no son sabiduría ni talento. Esto es lo que le decía a tu hijo la otra tarde el señor cura, y esto es lo que a mí me parece el Evangelio.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! -murmuraron a la par Teresa y Rosa, hechas un mar de lágrimas.

-Pero eso no quita -continuó la vecina- que me parezca una tontería el afligiros de ese modo. Dejad que vuelva el indiano, y veréis cómo a

Pedro se le va el aire que se le ha metido en la cabeza, así que no pueda leer más libros que los que leía su pobre padre, que esté en gloria. Pero, ya que hablamos del indiano, ¿no habéis vuelto a tener carta de él?

-No -contestó Teresa- Desde que nos escribió de Veracruz, hace una porción de meses, diciendo que al cabo de cuatro años de entorpecimientos había logrado arreglar sus asuntos y se disponía a volver, no hemos vuelto a tener carta suya; y eso nos tiene con mucha pena, que tal vez le habrá sucedido algo en la mar.

-A propósito de cartas -dijo una de las vecinas-, ahí está Ignacio con la valija.

En efecto: un joven venía por el camino de Balmaseda, montado en una mula y trayendo una valija sobre el cabecil de la basta.

-Teresa -dijo al pasar por frente a la casa de ésta-, llevo aquí carta para usted, según me ha dicho el administrador de Balmaseda. Voy a que abra la valija el señor alcalde y en seguida le traigo a usted la carta.

El joven siguió adelante, y Teresa y Rosa quedaron esperando con impaciencia su vuelta.

-De las Indias es la carta, según la pinta del sobrescrito -dijo

Ignacio, volviendo pocos momentos después con la carta en la mano.

-Ábrela, y haz el favor de leérnosla -dijo Teresa, llena de alegría-, que no quiero esperar a que venga Pedro. ¡Pobre señor! ¿Cómo estará? Dios le dé mucha salud.

Ignacio comenzó a leer la carta, que estaba fechada en Veracruz y encabezada con el nombre de Teresa.

«Nos dirigimos a usted -decía- para cumplir un deber triste y satisfactorio. El señor don Fulano de Tal, natural de ese concejo, dueño de los bienes que hace cuatro años están al cuidado de usted, ha fallecido en esta ciudad...»

Ignacio no pudo continuar su lectura al llegar aquí, porque Teresa y

Rosa, y aun las vecinas y el mismo Ignacio, prorrumpieron en llanto.

Durante un cuarto de hora no se oyeron más que sollozos y exclamaciones como éstas:

-¡Pobre señor de mi alma!

-¡Qué padre tan bueno han perdido los pobres!

-¡Dios le haya dado a la hora de la muerte tantos ángeles como bendiciones ha recibido en vida!

-¡Virgen Santísima, acógele bajo tu manto, que la misericordia tenía un palacio en su corazón!

_Señor, corónale de gloria, si no le has coronado ya!

Al fin, Ignacio pudo continuar la lectura de la carta:

«Murió tranquilo y sonriendo como los justos, como los verdaderamente sabios, como debía esperarse de su vida, consagrada a la caridad y al trabajo. En su postrer instante se acordó del pueblo de su naturaleza y de usted. Nosotros, sus testamentarios, nos dirigimos a usted, en cumplimiento de nuestro deber, para manifestarle que el finado la deja en herencia todos los bienes que poseía en ese concejo y ochenta mil pesos fuertes en metálico.»

Tal era la parte substancial de la carta.

Librodot

-¡Que sea enhorabuena! ¡Que sea enhorabuena Teresa! -exclamaron todas las vecinas, llorando de alegría.
-¡Yo bendigo -exclamó Teresa- a quien tales riquezas nos deja en herencia; yo le bendeciré siempre...; pero más le quisiera vivo que muerto!
Pedro, que acababa de saber que Ignacio había llevado a su madre una carta de América, llegó en aquel instante bajo el emparrado.
-¡Hijo -exclamó Teresa-, ha muerto nuestro bienhechor, dejándonos todos sus bienes de aquí y ochenta mil pesos en dinero!
-¡Ha muerto!... -exclamó Pedro, prorrumpiendo en sollozos.
Y su madre se abalanzó a él, estrechándole en sus brazos y exclamando a su vez:
-¡Ah! ¡Bien decía yo que el hijo de mis entrañas no era malo!
Una alegría infinita iluminó las angélicas y pálidas facciones de
Rosa.
La joven había notado, como Teresa, que Pedro, antes de fijar la vista en el legado, la fijaba en el legador para llorar su pérdida.
-Ha muerto, sí -dijo una de las vecinas-, pero los duelos con pan son menos. ¡Ya sois ricos, Pedro, ya sois ricos!
Entonces fue cuando Pedro pensó en la herencia.
-¡Madre - exclamó, radiante de alegría-, ya acabaron mis tristezas, ya puedo realizar mi eterno sueño de recorrer el mundo!
Al oír estas palabras, Teresa exhaló un profundo suspiro, y ella y Rosa cayeron, traspasadas de dolor y hechas un mar de lágrimas, sobre un apoyo que había a la puerta de la casa.
¡Ambas eran en aquel instante más desventuradas y pobres que nunca!

- VI -

Ya tenemos a Pedro con un pie en el estribo, dispuesto a emprender el viaje universal con que empezó a soñar así que empezó a regenerar su alma en la biblioteca del indiano.
¿Encontrará el paraíso de sus sueños en los países que va a recorrer?
Las montañas de Suiza, los castillos feudales de Alemania, la filantropía inglesa, los monumentos de la Ciudad Eterna, las mujeres de Oriente, las ruinas de Atenas y las instituciones del nuevo continente, ¿le parecerán desde cerca tan bellos como desde lejos?
Sus ojos, que desde lejos todo lo poetizaran, ¿lo vulgarizarán todo desde cerca?
Sigámosle en su viaje, espiando y analizando las emociones de su corazón; que, nuestro trabajo no será del todo inútil, hoy que tanto abundan las almas no comprendidas, y hoy que tan torcida interpretación se da a las palabras de Jesús: «Nadie es profeta en su patria».
Pedro se dispone a abandonar el valle nativo. Ya nadie se opone a su partida, porque todos se han convencido ya de que sus consejos, sus súplicas y sus lágrimas no bastan a quebrantar su resolución, y porque el señor cura, el más conocedor del corazón humano entre los habitantes del valle, opina que en la homeopatía, en el similia similibus curantur de los médicos, está la única esperanza de curar a Pedro.
Todos lloran al darle la despedida, pero él permanece sereno. Su madre le entrega un santo escapulario, que asegura ha de protegerle de todo peligro; y Rosa, al estrechar su mano, coloca en el dedo pequeño del mancebo una modesta sortija, adornada con unas hebritas de sus doradas trenzas que llevaba en su dedo del corazón.
Entonces es únicamente cuando una lágrima asoma a los ojos de Pedro, probando que su corazón no ha muerto aún para su madre y su amada.

Librodot

Ignacio, excelente muchacho, que nunca perdió de vista el valle sin mentir su corazón oprimido de tristeza, le acompaña con una caballería hasta Bilbao, donde Ignacio se volverá atrás y Pedro se proveerá de cuanto necesito para continuar su viaje.
Ya se alejan del concejo. Al llegar a una colina donde van a perder completamente de vista el blanco campanario de la aldea, escondida entre nogales y cerezos, Ignacio, que va a hacer, un viaje de cinco leguas, vuelve la vista, se para y lleva el reverso de la mano a sus ojos, arrasados en lágrimas. Pedro, que va a recorrer el universo, lo nota, y suelta una burlona carcajada.
¿Dices, alma mía, que las lágrimas de Ignacio, aunque hijas de una sensibilidad algo exagerada, eran perlas de valor inestimable? Yo no te diré que sí ni te diré que no; pero has de saber que quiero más la ternura de la ignorancia que la sequedad de la sabiduría. Caminito de Bilbao van dos civilizaciones: la de los valles y la de las ciudades. Escoge la que más te plazca, que yo busco una que tenga por pedestal un libro y por corona un manojo de espigas.
Pedro se acercaba al fin a los Pirineos. ¡Iba a evocar en Roncesvalles las sombras de Bernardo del Carpio y de Carlo-Magno y sus doce Pares! ¡Iba a oír la bocina de Roldán! ¡Iba a contemplar las blancas osamentas de las despedazadas legiones francesas! ¡Iba a ver alzarse iluminada con la sonrisa del triunfo, la magnífica figura de aquel bravo echecojauná del Canto de Altabizcar! ¡Iba, en fin, a encontrar, enredados en los espinos, los jirones del manto rojo del emperador de los francos!
-Díganme ustedes -preguntó a unos labradores en Roncesvalles-, ¿dónde se dio la famosa batalla?
-¿Qué batalla? -preguntaron a su vez los labradores.
-Aquella en que el hijo de Jimena hizo huir sin manto y sin corona al arrogante emperador de los francos.
Los labradores se encogieron de hombros como si les hablasen en griego.
-¡Ah! -exclamó al fin uno de ellos- ¿Ve usted aquel pico hendido por la carretera? Pues, según cuentan los antiguos, allí hubo una gran batalla en tiempo de los moros.
Pedro siguió su camino murmurando:
-¡En tiempo de los moros!... ¡Qué gentes tan ignorantes y tan vulgares!... ¡Bien se conoce que todavía estoy entre españoles!
Al llegar al pie de Altabizcar, preguntó a un muchacho que apacentaba unos bueyes en un prado inmediato al camino:
-¿Dónde está el desfiladero que llaman la bocina de Roldán?
-¿Ve usted aquellas rocas negras? Pues allí está.
-¿Quieres guiarme allá y te daré una buena propina?
-Aunque me diera usted el oro y el moro -contestó el muchacho-.
¡Templados están los gabachos para que vayamos a visitarlos los del valle!
Pedro no quiso detenerse a oír la explicación, de estas palabras, porque acababa de convencerse de que mientras se dirigiera a españoles, no oiría más que sandeces y vulgaridades.
Por fin llegó al sitio donde presumía haberse dado la gran batalla; pero necesitaba un guía para no exponerse a tomar el bramido de alguna vaca por el sonido de la bocina de Roldán.
Unos pastores estaban comiendo el rancho al pie de unos árboles cercanos, y se encaminó hacia ellos.
-¿Me dan ustedes razón -les dijo antes de llegar- del sitio en que fueron derrotados los doce Pares de Francia?
Los pastores, por única contestación, prorrumpieron en juramentos contra los españoles; tomaron cada uno su cayado, y se lanzaron en ademán amenazador al encuentro de Pedro.

Librodot

Éste, viendo que la cosa iba mal, puso pies en polvorosa, dejando caer la capa y el sombrero, corno Carlo-Magno el manto y la corona.
Los pastores continuaban tras él, y ya se iba a rendir, reventando de cansancio y ensangrentadas sus manos y su cara con el roce de los espinos, cuando acudió en su auxilio un hombre que armado de escopeta, andaba por allí de caza, y que ahuyentó a los pastores, amenazándoles con una perdigonada si no se volvían pies atrás.
-¡Pero, señor -exclamó Pedro-, entre qué gente estamos! ¡Pregunto a esos bárbaros dónde fueron derrotados los doce Pares de Francia, y enarbolan los cayados como si les hubiese llamado perros judíos! En mi aldea se contesta rústicamente a los forasteros, pero se les daría el alma y la vida si las necesitasen.
-Caballero -dijo el cazador-, no debe usted extrañar lo que han hecho esos majaderos. Son franceses, y los españoles les están quemando la sangre continuamente con eso de los doce Pares y Carlo-Magno. Precisamente estos días han sido más insultados que nunca, y han creído que usted venía a repetir el insulto.
-Yo lo único que quería era recorrer esos sitios que encierran tan grandes recuerdos históricos. Si usted, que tan bien se ha portado conmigo quisiera acompañarme a esos sitios, me haría un nuevo favor, que le agradecería tanto como el primero.
-Déjese usted de tonterías, caballero. Allí no encontraría usted más que peñas y matorrales; y se expondría usted a que esos muchachos pensasen que trataba usted a toda costa de insultarlos, y tal vez mi escopeta fuera ya impotente para defenderle a usted.
-Pero la historia de los viajes habla a cada instante de peligros que han arrostrado los viajeros en una útil investigación arqueológica o botánica, o simplemente por satisfacer su curiosidad. Allí tiene usted su compatriota Chateaubriand, que bajó al cráter del Vesubio...
-¡Qué cráter ni qué calabazas! ¡Si va usted a hacer caso de todo lo que se escribe!... ¿Usted, por lo visto, viaja con objeto de divertirse?
-De divertirme y de ilustrarme.
Pues entonces tuerza usted a la izquierda y bájese a Bayona, que justamente mañana empieza allí la feria y se divertirá usted de lo lindo.
Pedro se decidió, al fin, a seguir el consejo del cazador, y llegó sin detenerse a Bayona.
Conforme se acercaba a esta ciudad, habían llamado su atención infinitas muchachas que se encaminaban también a Bayona, ostentando hermosísimas trenzas de pelo, cuidadosamente peinadas y adornadas con vistosos lazos.
Tomó habitación en una fonda, se puso hecho un Gerineldos y salió a visitar la ciudad.
Desde su habitación había visto unos hombres que recorrían las calles con unos grandes sacos al hombro, gritando:
-¿A quién se lo corto? ¿A quién se lo corto?
Aquellos hombres y aquellos gritos habían excitado vivamente su curiosidad.
Al atravesar una plaza, viendo unos grupos de aldeanas y de hombres semejantes a los que habían llamado su atención, se dirigió a ellos.
El hijo de las nobles Encartaciones, donde el que escribe estas páginas ha visto a una joven enfermar y morir de tristeza por haber perdido su hermosa cabellera: ¡donde dos largas trenzas de pelo inspiran más vanidad a las muchachas que todas las riquezas del mundo; donde el amante siente tanto placer acercando sus labios a una hermosa trenza de pelo como acercándolos a una rosada mejilla, y donde la cabellera femenina se considera como un destello de la inteligencia que reside en la cabeza a que sirve de corona; el hijo de las Encartaciones vio con horror que una porción de frescas y hermosas aldeanas consentían sin dolor, y por algunos francos, que unas hediondas tijeras, manejadas por una mano más hedionda aún, despojaran su cabeza de una cabellera dorada como el cabello del maíz, o negra

Librodot

como la endrina! Y lo que le asombró más aún, y hasta le indignó, fue la fría indiferencia con que las madres y los novios de aquellas muchachas presenciaban tan bárbaro sacrificio.
Pedro recordó entonces lo que nosotros acabamos de recordar; Pedro recordó el infinito orgullo con que en su aldea trenzaban las madres la cabellera de sus hijas, y contemplaban .los mancebos las cabelleras de sus amadas; Pedro recordó las dos hermosas trenzas, unidas en su extremo inferior con un lazo de color de cielo, que partían de la linda cabeza de
Rosa, y llevó a sus labios con emoción la sortija que le había regalado su amada.
Apartando la vista de aquel repugnante espectáculo, volvió a su posada, decidido a abandonar la ciudad inmediatamente. Más aún: se decidió a no detenerse en el suelo francés, a pesar de que la Doncella de Orleans y los héroes de Nuestra Señora de París y de El Judío errante desempeñaban un gran papel en su Olimpo.
Quizá nosotros, en vez de indignarnos hubiéramos conmovido al presenciar lo que él presenció desde que traspasó la frontera, porque hubiéramos visto en la conducta de los pastores un exceso de patriotismo, pero patriotismo al fin, y en la conducta de las doncellas a santa abnegación del que sacrifica lo que más le hermosea para atender a las necesidades de sus padres y de sus hermanos; pero mirado desde cerca, para
Pedro el mundo no tenía más que prosa.
-¡Ah! -se dijo al salir de Bayona-. Ya me explico perfectamente todo lo que me ha pasado desde que pisé el territorio francés. Es que en vez de empezar el África Pirineos para allá, empieza Pirineos para acá, y los franceses lo callan por modestia.

- VII -

Pedro cumplió su propósito de no detenerse en territorio francés.
Ya le tenemos en Suiza; ya va a recorrer aquellas poéticas montañas, embellecidas con los recuerdos del libertador Guillermo Tell y de Carlos el Temerario; ya va a extasiarse contemplando aquellos imponentes ventisqueros, aquellas magníficas cascadas, aquellos lagos azules y aquellas risueñas queserías, que con tan seductores colores han pintado los poetas franceses y alemanes. Piensa permanecer en aquel romántico y encantador país la mayor parte del verano, y hasta teme, y a la vez desea, que le cautiven los ojos de alguna de aquellas bellísimos montañesas, que, en su concepto, deben atesorar, armónicamente combinados, el ardiente e impetuoso amor de la raza latina y el purísimo y delicado sentimiento de la raza germana.
Al pisar los montes de la antigua Helvecia, Pedro experimentaba un sentimiento muy parecido al que debe experimentar el fervoroso cristiano, familiarizado con las Sagradas Escrituras, al pisar los montes de Judea.
Un terrible vestiquero se presentó a su vista. De vez en cuando una ráfaga de viento silbaba en las cumbres de los montes, y poco después un enorme alud se precipitaba al valle con espantoso ruido.
El corazón de Pedro latía con violencia ante aquel magnífico espectáculo.
Arrastrado por la curiosidad, nuestro entusiasta compatriota se fue acercando al valle adonde descendían aquellas enormes masas de nieve congelada.
De repente oye sobre su cabeza un ruido semejante al de un prolongado trueno, y rueda por los profundos abismos que se abrían a sus pies, envuelto en un océano de agua y nieve. Un alud le había sorprendido y su vida corría inminentemente peligro.
Pedro, haciendo desesperados esfuerzos para salvarse, invocó a la
Virgen representada en el santo escapulario que pendía de su cuello, invocó el nombre de su madre, y hasta el de Rosa resonó en sus labios.

Librodot

Al fin, pudo asirse a unas ramas que bordeaban el torrente, y ponerse en salvo; pero se puso en salvo empapado en agua y lodo, tiritando de frío y molido su cuerpo, como si los cayados de los pastores del Pirineo hubiesen llegado a caer sobre él.
Los ventisqueros, que tan bellos le habían parecido desde la biblioteca del indiano, le inspiraban ya profundo horror, y no pudo menos de comparar los riesgos que en las montañas de Suiza ofrecía la contemplación de la Naturaleza, con la seguridad que la misma contemplación ofrecía en las montañas de las Encartaciones.
-Contentémonos -se dijo- con espectáculos más pacíficos, con emociones más bucólicas. Busquemos las blancas y limpias queserías habitadas por montañesas inocentes y hermosas como la Virgen de Underwald, cantada por el sublime d'Arlincourt; los tranquilos lagos y la tradiciones populares que deben conservar en estas montañas el recuerdo de Arnoldo,
Werner, de Furst, de Tell, de todos esos héroes, que libraron a la
Helvecia del tirano Gessler.
Pedro, divisó, al fin, una quesería y se encaminó a ella.
En la quesería encontró unas muchachas descalzas de pie y piernas, sucias y desgreñadas. Al verlas, se acordó de Rosa, que, comparada con las montañesas suizas, le pareció un rosal de Alejandría comparada con un cardo borriquero.
-¡Qué decepción! -exclamó, empezando a extranjerizarse- Pero la sabrosa leche que aquí me servirán, me desquitará de todo.
Sentóse a una mugrienta mesa y pidió un vaso de leche, que le sirvieron inmediatamente.
Parecióle que la leche estaba agria, y que en los bordes del vaso campeaban unos cuantos pelos de vaca, o Dios sabe de qué.
Pedro separó el vaso de sus labios con asco e indignación, y se resignó a dejar con vida el hambre que empezaba a atormentarle.
-¡Ah! -se dijo- ¡Quién tuviera aquí aquella mesita cubierta con un mantel tan blanco como la nieve, y provista de una fuente de limpia y fresca y azucarada leche, que mi madre solía prepararme bajo el emparrado de la puerta de mi casa! ¡La mujer más desaseada de S... no ha servido jamás un vaso de leche sin colarla antes por una blanca pañada o un fresco manojo de helechos!
Pedro tuvo que dar por aquel vaso de leche, en su concepto sucia y corrompida, diez veces más de lo que le hubiera costado en su aldea un vaso de leche limpia y fresca; y como se quejara de lo mal que se le había servido, faltó poco para que le midiera las costillas con una estaca un tozudo montañés, que a su salida apareció en la puerta de la quesería.
Recorriendo luego los lagos de Zurich y otros, estuvo a punto de ahogarse y cogió unas tercianas, por lo cual tomó horror a los lagos y se decidió a contentarse con las tradiciones populares de los cantones de Uri, Schwitz y Underwal, tradiciones que esperaba hallar hasta en la boca del más rústico campesino.
-Dígame usted, buen montañés -preguntó a un hombre que conducía una vacada-. ¿Qué tradiciones populares hay en este cantón?
-Yo no entiendo lo que es eso -contestó el vaquero.
-Quiero decir si conservan los moradores de estas montañas recuerdos de los héroes que los emanciparon de la tiranía austriaca en el siglo XIV.
-¡Qué catorce ni quince! Yo no entiendo de lectura, y, por tanto, me quedo en ayunas de lo que usted dice.
-¡Jesús! ¡Jesús, qué gentes tan brutas! -murmuró Pedro alejándose del vaquero- Al menos, en las Encartaciones hasta los más rústicos tienen algunas nociones de la historia local, siquiera confundan las épocas y allí donde hay una fortaleza fundada mantenedores de los bandos oñacino y gamboino, vean una fortaleza fundada por los moros, aunque estos señores no pisaran el suelo vascongado.

Librodot

Mas adelante tropezó con un leñador, que le pareció hombre más despejado.
-Oiga usted, buen amigo -le dijo-: ¿qué tradiciones se conservan aquí del heroico Guillermo Tell?
-¿Guillermo? -replicó el leñador con extrañeza-. Yo no conozco a ese caballero.
-¿Es posible que usted ignore?...
-¡Ah! ¡Ya caigo! -dijo el montañés dándose importancia- ¿Pregunta usted por el Rey de Prusia Federico Guillermo? ¡Buen ajo van a armar el mejor día por sus intrigas los realistas y los republicanos de Neufchatel!...

Pedro volvió la espalda al leñador, renegando de Suiza, de los suizos y hasta del día en que puso los pies en aquellas montañas, que, comparadas con la de Vizcaya, le parecían el infierno comparado con el cielo.
En seguida se dirigió a Alemania.
Si el que escribe la historia de su viaje, hubiera estado entonces a su lado, le hubiera dicho al oído.
-Perico, no seas tonto, vuélvete a S...: que en ninguna parte vas a encontrar lo que buscas. Así como tu anteojo tiene la propiedad de engrandecer las cosas desde lejos, tiene la de empequeñecerlas desde cerca.
Pero como nadie le dijo esto, y su quijotesca fantasía le decía lo contrario, tomó por el Rhin abajo.
Ni en las orillas del Rhin, ni en las del Mein, ni en las del Elba, ni en las del Oder, ni en las del Danubio, encontró sílfides ni wilis.
Vio muchos castillos de margraves y palatinos, y al penetrar en ellos se encontró con fábricas de cerveza, donde los sesudos filósofos alemanes cogían cada chispa que llamaban a Cristo de tú.
Bajo los fresnos y las hayas buscó aquellos bailes pastoriles y a aquellas vírgenes de ojos de cielo y de cabellera de oro que había visto en las baladas alemanas, y encontró lo que en todas partes se encuentra:
Muchachas rubias y muchachas morenas.
Muchachas lindas y muchachas feas.
Muchachas emperejiladas y muchachas haraposas.
Muchachas inocentes y muchachas con más picardías que granos un costal de trigo.
Y dijo muy atufado:
-¡Para este viaje, no necesitaba yo alforjas! ¡Ay, aldea de mi vida, madre de mi alma y Rosa de mi corazón! ¡Más valéis vosotras que toda la
Alemania y todas las alemanas juntas! Pero a fe que Grecia me hará olvidar muy pronto este nuevo desengaño.
Y se encaminó a la patria de Homero.

- VIII -

Grecia dio otro solemnísimo chasco al pobre Perico. Por la misma razón que la había soñado más grande de lo que es en realidad, la encontró más pequeña de lo que en realidad es.
En Atenas oyó hablar de ferrocarriles y deuda consolidada, y se le cayó el alma a los pies.
En las riberas del Eurotas le sucedió dos cuartos de lo mismo al oír a unos soldados entonar La Marsellesa.

Librodot

En Esparta no encontró un ciudadano que se atreviese a acompañarlo al paso de las Termpóhilas, defendido a la sazón por un perro rabioso que enseñaba los dientes a los viajeros.
En Chipre sorprendió a un tabernero bautizando el vino.
En el Olimpo encontró una fábrica de guano, y tuvo que echar a correr tapándose las narices.
En el Helicón creyó morir de sed, porque, aunque encontró una fuente, estaba bebiendo en ella un borrico, y no quiso beber con él.
En el Citerón llevó un terrible gaznatazo de una muchacha con quien se propasó, tomándola por Venus.
Y en el Pindo encontró a un poeta haciendo endecasílabos de catorce sílabas.
-¡Reniego -exclamó- de Grecia y de sus siete sabios, que si en
Vizcaya abundan los ignorantes, al menos no niegan su ignorancia!
Si yo hubiera estado al lado de nuestro paisano cuando pronunció estas palabras, no hubiera dejado de decirle:
-¡Perico! ¡Perico! No escupas al cielo, que te caerá la saliva en la frente. Mira que tú no eres griego, y si no te tienes por sabio, tampoco te tienes por ignorante.
Perico se encaminó a Constantinopla.
-¡Allí -decía-, allí sí que voy a gozar, observando costumbres diametralmente opuestas a las del resto de esta caduca y prosaica Europa!
¡Las mujeres de ojos negros y tez morena, rodeadas perpetuamente de sublime misterio en el fondo del harem! ¡El pueblo, aunque equivocado en sus creencias religiosas, siempre fervoroso y austero creyente! ¡El idioma, no aficionado aún por el galo, que todo lo invade y todo lo reduce a prosa! ¡El traje reñido con esas ridículas fundas que llamamos pantalón y frac! ¡Y hasta las viandas y las bebidas exentas del grosero y vulgar tocino y del vino embrutecedor y chabacano!... Constantinopla de mi alma, que para mí no tienes más defecto que el haber renegado de tu poético nombre de Bizancio, ¡cuánto voy a gozar de ti! ¡Cuánto me voy a desquitar en tu recinto de los atracones de prosa que me he dado en los países cristianos!
Pedro descubrió al fin a Constantinopla.
Sus cúpulas le dieron ya mala espina.
-¡Ave María! -exclamó al verlas-. ¡Qué torres más ridículas, tan peladas y tan redondas, que parecen calabazas colocadas sobre pucheros! Al menos, el campanario de la iglesia de mi aldea tiene su cruz y su veleta, y es de forma tan esbelta que da gusto el verle.
Apenas puso el pie en las calles de la metrópoli mahometana, tropezó con una porción de mujeres a quienes se podía cantar aquello de
Ponte un alfilercito en el pañuelo, etc.

Una de ellas le dijo en francés:
-¡Adiós, hermoso!
Un ministro del Sultán le convidó a comer al día siguiente.
El anfitrión, que, según era público y notorio en Constantinopla, se iba a calzar las mejores huríes del Paraíso, hizo boca con unas rajitas de salchichón de Génova y un buen trinquis de Jerez. Luego sirvieron a la par un platito de lomo y otro de judías, y el musulmán se apropió el lomo y arrimó las judías al cristiano.
En seguida tuvo el turco la galantería de enseñar al extranjero su harem. Allí vio Pedro una colección de rubias, que le hicieron santiguar de asombro. El musulmán notó su extrañeza, y le preguntó la causa.

Librodot

-Es -contestó Pedro, temeroso de que el turco se viera acometido de un acceso de celos y echara mano a la charrasca-, es que yo esperaba hallar aquí jóvenes morenas, que me gustan más que las rubias.
-¡Qué!¿No le gustan a usted las rubias?
-¡Pehs!... No es cosa.
-¡Ah! Pues no sabe usted lo que es bueno. Un poquito volubles suelen ser, pero donde están un copito de oro y unos ojitos azules... ¡Huy!
¡Válgame Dios!
Esta salida de pie de banco acabó de dejar al pobre Pedro más frío que un carámbano; pero le dejó aún más lo que sucesivamente fue viendo.
Vio en Constantinopla a los austeros musulmanes, no sólo comer salchichón y lomo y beber Jerez, sino también comer tocino gordo, y echarse al cuerpo cada copa de vino tinto y aguardiente que daba miedo.
Vio turcos con pantalón y frac y sombrero de copa alta, y turcas con vestido de indiana y miriñaque.
Y vio otras mil cosas, tan prosaicas y tan vulgares, que le hicieron salir más que a paso de Constantinopla, renegando hasta del zancarrón de
Mahoma.
-Está visto -dijo- que en este viejo, caduco y envilecido continente no hay más que prosa. Ya voy viendo que si en él hay algún Olimpo sin fábrica de guano, ése está en mi aldea. A la virgen América me voy, que allí encontraré al fin y al cabo lo que busco. Palestina, Rusia, Italia, idos enhoramala, que no quiero visitaros, porque temo que me deis nuevos desengaños.
Al día siguiente acabó de afirmarse en esta resolución, leyendo en un periódico el anuncio de una fábrica de papel continuo que acababa de establecerse en el Cedrón.
Pedro cruzó el Mediterráneo en un buque inglés fletado para Nueva York, pero que debía hacer escala de algunos días en Londres.
Esta última circunstancia no disgustó a nuestro viajero, que se hizo esta cuenta:
-Inglaterra me ilusiona muy poco después de lo que he visto en el resto de Europa; pero la visitaremos, a ver si la circunstancia de estar aislada de este continente ha conservado en ella algún resto de poesía.
Veamos cómo va a Pedro en Inglaterra.

- IX -

Nuestro viajero, que llevaba consigo una buena colección de libros, recurrió a la lectura para hacer menos pesada la larga travesía desde los Dardanelos al canal de la Mancha.
Naturalmente, se fijó primero en los libros que tenían relación con el primer país en que iba a desembarcar.
Cuando llegó al estrecho de Gibraltar, cuando se acercó a las costas de España, tuvo tantos deseos de poner pie en su patria, como los había tenido de abandonarla cuando atravesó el Pirineo. Sin embargo, resistió, aquella tentación, porque ya bendecía la casualidad que le conducía a Inglaterra; ya Walter Scott, Goldmith, Moore, Shakespeare, Milton y Byron habían rejuvenecido su alma; ya se extendía sobre las islas Británicas aquella dorada nube en que sus ojos las contemplaban envueltas desde las
Encartaciones; ya habían renacido todas sus esperanzas y todas sus ilusiones.
El buque entró, al fin, en el Támesis.
Pedro dirigía con avidez la vista a una y otra orilla del río, buscando la realidad de sus sueños.
En todas partes se alzaban negras columnas de humo, y en todas partes rugía el vapor y resonaba el martillo.

Librodot

En todas partes las artes y la industria reinaban como absolutas señoras.
Y en todas partes hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, cooperaban a dar a la Gran Bretaña el título de reina de las artes y del comercio.
Este título, que tan bello nos parece a nosotros no debía parecer muy envidiable a Pedro, que, frunciendo cada vez más el ceño, iba por el
Támesis arriba comentando cuanto se presentaba a sus ojos con estas breves palabras:
-¡Prosa! ¡Prosa! ¡Prosa! ¡Vil metal! ¡Mezquina sed de riquezas!
Apenas desembarcó en Londres, se dedicó a recorrer aquella gran ciudad. Hablárosle de un lord escocés muy ilustrado, y se apresuró a hacerle una visita.
-¿Qué me dice usted -le preguntó- de su paisano Walter Scott, del gran pintor de las costumbres de Escocia?
Por primera contestación, el lord le redujo a libras esterlinas el fruto que el autor de Ivanhoe había sacado de. sus inmortales poemas.
Pedro lo oyó con indignación y volvió la espalda al lord. Contáronle luego que otro escocés, avecindado en la capital y muy aficionado a perros, conservaba uno descendiente por línea recta del que acompañaba al gran novelista por las montañas de Escocia.
Pedro, lleno de alegría, fue a ver aquel ilustre animal, con ánimo de comprarle, aunque fuese a peso de oro.
Al entrar en el parque del escocés, un enorme perro salió a recibirle e hizo presa en sus pantorrillas.
-¡Suelta, suelta, Walter Scott! -gritó al animal el perrero.
El noble can obedeció, y Pedro, lleno de desencanto, volvió pies atrás, maldiciendo de los perros descendientes del de Walter Scott y hasta de Walter Scott mismo.
Tropezó luego con un propietario de Jersey, que le manifestó contaba entre sus propiedades la casa en que se albergó Carlos II cuando el hacha de Cromwell amenazaba aún su cabeza.
La alegría de Pedro no tuvo límites.
-Envidio a usted -dijo al isleño- tan precioso tesoro.
-No debe usted envidiármelo -contestó el propietario de Jersey. He dedicado mi finca a criadero de cerdos, y los malditos animales, a fuerza de hozar los cimientos, me han arruinado el edificio.
Este nuevo desengaño puso en boca de Pedro aquella enérgica imprecación de nuestro buen Ruiz Aguilera, del autor de los Ecos
Nacionales: «¡Albión, maldita seas!»

Al día siguiente asistió a una sesión de la Cámara de los lores, y lloró como un chiquillo oyendo a lord Shark-Fellow condenar la explotación del hombre por el hombre.
La fe, que le iba abandonando, renació en su corazón, y al oír a aquel filántropo, se preparó a continuar sus investigaciones.
Dirigióse a uno de los condados, y como se presentase a su vista una gran fábrica de productos químicos, se apresuró a visitarla.
-Aquí veré -se dijo- centenares de honrados trabajadores, en cuyo rostro se reflejarán la salud y la alegría, que son la consecuencia del trabajo.
En efecto: centenares de trabajadores tenían ocupación en aquel establecimiento; pero al verlos, Pedro se estremeció de horror: la muerte estaba pintada en el rostro de aquellos infelices, cubiertos de harapos y consumidos por el hambre y por las emanaciones deletéreas que respiraban continuamente.
-¿Cómo -preguntó nuestro viajero a su guía-, cómo esos desdichados no procuran neutralizar la nociva influencia de la atmósfera que respiran con vestidos cómodos y aseados?

Librodot

-Tomaran para neutralizarla -contestó su guía- alimentos, si no delicados, bastantes a acallar el grito de su estómago...
-¡Qué! ¿Su trabajo no les produce?...
-No les produce más que para un poco de pan negro y unas patatas.
-¿Y quién es el inhumano dueño del establecimiento?
-El poderoso lord Shark-Fellow.
-¡El que ayer me hizo llorar condenando la explotación del hombre por el hombre! -exclamó Pedro indignado.
-Abandonemos -añadió saliendo de la fábrica-, abandonemos las poblaciones comerciales y fabriles, donde no hay más que sed de riquezas, viles guarismos, secas y desconsoladoras matemáticas. ¡OH! ¡Mi noble país!
¡Qué santa juventud respiras comparado con éste! ¡En ti si que existen la igualdad y la filantropía, aunque tus moradores no conocen estos nombres!
Aquellos millares de padres de familia que ganan el sustento extrayendo el hierro de tus montes de Triano y carbonizando tus bortales de Rebéñiga y Labarrieta, muestran cubierta de sudor la frente, pero no muestran el semblante marchito por el hambre y la desnudez y un ambiente envenenado.
Tus honrados propietarios sientan a su propia mesa al jornalero, y tus habitantes, pobres y ricos, fuertes y débiles, hacen fructificar con el sudor de su frente los campos del vecino enfermo
Abrumado Pedro con estas reflexiones llegó a una pobre aldea, cuyo aspecto fortaleció aún más el recuerdo de la suya.
Aquella aldea tenla también su iglesia, a la que dos sonoras campanas llamaban a los aldeanos.
El corazón de Pedro se rejuveneció, digámoslo así, con aquellos recuerdos, con aquel espectáculo, y con el toque de aquellas campanas.
Dirigióse al templo, porque tenía necesidad de orar, de levantar el corazón a Dios, y hasta de invocar al pie de los altares el nombre de su madre y el de su amada; pero de repente obscureció su rostro la tristeza.
No se le había ocurrido hasta entonces que aquel templo no estaría consagrado al culto católico. Un aldeano, a quien interrogó, vino a confirmar sus sospechas; aquella iglesia pertenecía al culto anglicano.
Pedro lloró de dolor. Hubiera dado diez años de vida por poder arrodillarse en aquel instante a los pies de la Santa Virgen, cuyo altar tantas veces había adornado su madre, con rosas coronadas de lágrimas de dolor o de alegría.
Instintivamente alzó los ojos al cielo, y luego, llevando a sus labios el escapulario que le había dado su madre, le cubrió de besos y de lágrimas. Quiso alejarse del templo anglicano; pero, al fin, se decidió a entrar en él, considerando que si allí no podía desahogar el sentimiento religioso, al menos podría satisfacer el sentimiento estético.
Entre aquellos seductores fantasmas que le habían hecho abandonar el valle nativo, figuraba el sacerdote anglicano, tan bello en los libros de Goldsmith Scott.
Pedro penetró en el templo, creyendo hallar ante sus altares el delicioso trasunto del vicario de Wakefield.
La forma material del templo llenó de frío y desconsuelo su corazón.
La sacrílega mano del iconoclasta había profanado sin duda aquellos altares, donde faltaba la imagen de los bienaventurados, que decora y santifica los templos católicos. Pedro volvió a su aldea los ojos del pensamiento, y recorrió con ellos los altares, a cuyo pie quizá en aquel instante oraban por él su madre y su amada. ¡Qué bella, qué consoladora, qué santa le parecía entonces la Iglesia de su aldea!

Librodot

-Dios -se dijo- mostró a Jacob en forma material la escala del cielo, porque la débil inteligencia humana necesita un apoyo natural para levantar el edificio de la fe. ¡Sacrílegos innovadores de la primitiva iglesia, santificada con la sangre de los mártires y embellecida con el misterio y las tribulaciones de las catacumbas, vuestra doctrina es una monstruosa contradicción. Las imágenes que decoran los templos católicos no son más que la parábola querida de Jesús. Si conserváis la parábola en la Biblia, ¿por qué no la conserváis también en el templo? ¡OH, madre!

¡Qué desventurada fueras si esas sencillas parábolas no te revelaran todos los días en el templo de tu aldea los misterios y la hermosura del cielo!

¡Cuando herida en tu corazón de madre vas al templo a demandar consuelos, allí encuentras una Madre Dolorosa que te comprende y te ampara, y allí encuentran también la desconsolada Virgen y el Niño desamparado una virgen

y un niño que calman sus tribulaciones. Vuestra fe anima los ojos de la

Virgen Madre y los del Niño que descansa en sus brazos, para que os miren con misericordia!

Así murmuraba Pedro, buscando inútilmente en el templo anglicano esas hermosas imágenes que en los templos católicos tienen voz y mirada y sonrisa para consolar al creyente.

Quiero, alma mía, evocar, a propósito de esto, un recuerdo de mi niñez. En el altar mayor de la iglesia de mi aldea se venera una imagen de la Virgen María, que tiene al Niño Jesús en sus brazos.

Mi madre, que coronada de gloria esté, me dijo un día, viéndome tratar con poca caridad a un pobre que llegó pidiendo limosna a nuestra puerta:

-Hijo de mi alma, has de saber que el Niño Jesús sonríe a los que dan limosna a los pobres y no quiere sonreír a los que se la niegan.

Un pobre llegó a nuestra puerta al día siguiente, y le di un pedazo de pan que mi padre acababa de poner en mis manos. Fui a la iglesia, y vi que el Niño Jesús me sonreía con infinito amor.

Pocos días después me pidió limosna otro pobre y se la negué, olvidando la advertencia de mi madre. Está lo supo, y me mandó que fuese a la iglesia y viese si me sonreía el Niño Jesús.

¡Hícelo así, y vi que el Niño Jesús no me sonreía!

Desde entonces siempre me quitó el pan de los labios para dárselo al pobre, y desde entonces siempre vi la sonrisa en los labios del Niño

Jesús.

Pedro veía desvanecidas completamente sus ilusiones respecto a los templos anglicanos, de cuya majestad tenía la más alta idea, pero conservaba íntegras las esperanzas que los poetas y novelistas ingleses le habían hecho concebir acerca de los ministros de aquella secta.

Dirigió la vista al tabernáculo, buscando ávidamente al sacerdote, y vio que éste era un hombre, joven aún por los años, pero viejo ya por los padecimientos o las pasiones desordenadas.

Pedro, optimista por naturaleza, atribuyó a la primera de estas causas la prematura vejez del párroco.

Éste leía a la sazón uno de los más bellos pasajes de la Biblia.

Pedro, que admiraba y sabía de memoria aquel mismo pasaje, prestó atento oído a la lectura; pero muy pronto anubló la indignación su rostro, al notar que el cura anglicano cometía una profanación de que había oído hablar como muy frecuente en Inglaterra, pero que no se había atrevido a creer; la profanación consistía en suprimir unos versículos y amoldar otros al gusto de la secta reformista.

Pedro abandonó el templo escandalizado, y comparó la conducta de aquel párroco con la del de su aldea que una vez, creyendo hallar un leve yerro de imprenta en una Biblia que acababa

Librodot

de proporcionarse con grandes sacrificios pecuniarios, no quiso hacer uso de aquel ejemplar hasta que se cercioró de que el yerro no existía.
Los oficios habían terminado y el pueblo abandonaba la iglesia. Pedro se detuvo a la puerta de ésta para observar el efecto que aquellos actos religiosos habían hecho en el pueblo.
Figúrate cuál sería su asombro cuando vio salir al párroco dando el brazo a una mujer embarazada. Figúrate cuál sería su asombro, cuando oyó a aquella mujer exclamar, dirigiéndose airada al cura, que por lo visto era su marido:
-¡Tunante! ¿Me querrás negar que durante todos los oficios no has quitado los ojos de esa pícara mujer por quien tienes escandalizado al pueblo y muertos de hambre a tu mujer y tus hijos?
¡Entonces, entonces sí que se presentó a los ojos de Pedro santa y hermosa la figura del párroco de su aldea!
-¡Bendito seas -exclamó-, bendito seas, santo ministro que representas al Señor en mi valle nativo! ¡Tus manos si que pueden alzar sobre el ara santa el cuerpo y la sangre del Cordero inmaculado! ¡Tus manos si que pueden unir las del mancebo y la virgen sin mancilla! ¡Tus labios si que pueden predicar la castidad y el amor!
Pedro se volvió inmediatamente a Londres y no quiso salir de su posada hasta que lo hizo para volverse a embarcar. Inglaterra acababa de dar al traste con el cielo que su imaginación se había forjado en Europa.
-¡Maldita seas, Europa! -exclamó con inmensa desesperación.
Pero de repente apareció en sus labios una consoladora sonrisa y brilló en sus ojos un rayo de esperanza.
-No, no -se apresuró a añadir-, no quiero maldecirte, Europa, que allá, al otro lado de los montes Pirineos, veo, cada vez más distintamente un rinconcito del mundo que reclama mis bendiciones. Cuanto más me alejo, mejor veo aquel rinconcito y más hermoso me parece. ¡Necio de mí, Europa, que oyendo proclamar todos los días tu decrepitud y tu degradación, no creí en ellas! ¡OH, virgen América, tierra bendita de la libertad, ábreme los brazos, que allá voy a refrescar mi corazón y a dilatar mi inteligencia!
Pedro se encontró, al fin, en las soledades del Atlántico.

- X -

Nuestro viajero no tuvo el gusto de admirar la majestad de los mares durante la travesía de Inglaterra a los Estados Unidos, porque una espesísima niebla se lo impidió constantemente,
Al desembarcar en Nueva York, como que entraba en un país regido por instituciones patriarcales, no tomó aquellas precauciones de seguridad que había tomado al entrar en las capitales de Europa, y he aquí que, sin saber cómo, le robaron un hermoso reloj que había comprado en Londres.
Averiguó quién era el ladrón y le citó ante la autoridad. El ladrón se las compuso con el magistrado no se sabe cómo, pero lo que sí se sabe es que se quedó con el reloj, y el magistrado condenó a Pedro al pago de las costas y a indemnizar al ladrón con una fuerte suma, de los perjuicios que moral y materialmente le había causado con su calumniosa acusación.
Si el alcalde de S... hubiera oído lo que con este motivo dijo Pedro de él, a pesar de su modestia, hubiera reventado de orgullo.
Para ahuyentar su mal humor, aquella noche se fue Pedro al teatro. Al volver a su posada, le acometieron unos hombres en una de las calles más públicas, le maltrataron y le robaron cuanto llevaba.
Al contar este percance en la fonda, le dijo el fondista:

Librodot

-Pero hombre, ¿a quién se le ocurre salir de casa de noche sin un par de revólveres de seis tiros cada uno? Saliendo desarmado, claro es que le habían de robar a usted los agarrotadores.
-¿Quiénes son los agarrotadores?
-Los que le han robado a usted; unos cuatro o cinco mil bandidos que pueblan de noche las calles de Nueva York, y agarrotan al que no les entrega cuanto lleva consigo, o no los ahuyenta a tiros.
-Pero ¿y la policía, Dios mío? ¿Y las leyes protectoras?...
-¡Qué policía, ni qué leyes, ni qué cuernos! Las leyes represivas, o protectoras, que todo viene a ser uno, significa algo en los países que gimen bajo el yugo del despotismo; pero son, letra muerta aquí donde ¡gracias a Dios! la libertad es tan amplia y hermosa, que alcanza hasta al ladrón y al asesino.
-Si esa es la libertad -exclamó Pedro-, ¡maldita sea!
-Sí, sí -repuso el fondista-, quéjese usted, que si pasa a Boston, a
Baltimore, a Nueva Orleans o cualquier otra capital de la Unión, ya verá usted lo que es bueno. Lo que pasa en nuestra ciudad es tortas y pan pintado.
Pedro se acordó de su valle nativo, como siempre que encontraba un desengaño en la tierra extranjera; recordó que en su aldea las puertas de las casas no tienen más cerradura que una taravilla; que los ganados pastan solos en los apartados valles, y que allí los bosques y los campos
y las villas tienen por único guarda el séptimo mandamiento.
Mientras le preparaban al día siguiente el desayuno, pidió el
New-York Herald, el periódico más afamado y respetable de la América del
Norte, y leyó con asombro e indignación las siguientes líneas:
«Nuestra situación mercantil es muy lisonjera si se tiene en cuenta la grave crisis que está atravesando el comercio en ambos continentes.
Únicamente puede afectar algo esta crisis a nuestro tráfico interior, si nuestros comerciantes, dejándose llevar de un pundonor demasiado meticuloso, saldan los grandes descubiertos que tienen en Francia o
Inglaterra; pero si consideran que su propio interés y la prosperidad nacional les autorizan a desentenderse de esos compromisos, el comercio de la Unión no sólo tendrá cuanto necesite para el tráfico interior, sino que contará para las eventualidades con un sobrante que no bajará de cien millones de pesos fuertes».
Al leer estas desvergonzadas líneas, Pedro abandonó precipitadamente a Nueva York, horrorizado de la perversión moral que reinaba en aquella ciudad, y comenzó a recorrer los diferentes Estados de la Unión.
Durante esta correría, nuevos desengaños vinieron a atribular su alma y a avivar su deseo de tornar al valle nativo para vivir y morir en él.
Allí se ofreció a sus ojos, en su más repugnante aspecto la esclavitud humana, desconocida, a Dios gracias, en Europa.
Allí vio la más asquerosa idolatría, consentida y protegida por las sabias leyes del país.
Allí leyó una lista de cincuenta y tantos asesinatos perpetrados en un solo día en una sola población.
Allí vio la navegación fluvial y las vías férreas; tan perfeccionadas, que las catástrofes en que pierden la vida doscientas o trescientas personas son tan frecuentes, que apenas llaman la atención pública.
Allí vio las calles y las plazas regadas todos los días con sangre por el fanatismo político.
Allí vio a los que aspiraban a representar al pueblo en el santuario de las leyes, anunciar en los periódicos que compraban votos a cuatro dólares cada uno, y a los electores que los vendían a cinco.

Librodot

Allí, en fin, un comerciante, que le consideró una alhaja para los negocios y sospechó que tenía un capitalito decente, le propuso de buenas a primeras la mano de una hija suya de quince años, que estaba acabándose de educar en un colegio, y que, según decía su padre, era ya capaz de hacer pecar al casto José.

Y todo esto le hizo mirar con profundo horror a la República angloamericana, que lejos de parecerle una virgen rica de juventud y vida, le pareció una hedionda prostituta, cubierta de canas y arrugas antes de salir de la adolescencia.

En Boston se embarcó para la América del Sur. Cuando puso el pie en aquellas costas, y oyó que los habitantes de ellas lo saludaban en la dulce lengua de su madre, sus rodillas se doblaron y sus ojos arrasados en lágrimas, se alzaron al cielo. Allí, por fin, le abría sus santas puertas el templo católico, tan bello y consolador para los que creemos que la vida no se limita a esta masa de carne y sangre, que un soplo de Dios crea y otro soplo de Dios destruye.

Penetró en una iglesia, y allí encontraron sus ojos la Mater

Dolorosa, que más de una vez había sonreído amorosamente a su madre en el templo de las Encartaciones.

Rezó y lloró y mezcló con el nombre de la Madre de Dios el de su madre y el de su amada.

¡Y al clavar sus ojos en el rostro de María, le pareció que ésta le sonreía amorosamente y extendía sobre él su manto!

¡O dulce encanto de mis ojos y de mi corazón! Bien hago en confiar a tu alma pura y creyente esta ingenua historia, cuyo fondo se compone de creencias santas y de creencias locas! El lector despreocupado no la comprendería y se reiría de ella; que para comprenderla y respetarla es menester tener el alma creyente y pura que tú tienes.

Pedro recorrió la América que aún se envanece con la lengua y la fe de Castilla, su noble madre. La América española le pareció una virgen abrumada de infortunios, pero llena aún de juventud y de fe.

Y la amó, porque era hermosa y desventurada.

-¡Ah! -le dijo-. ¡Qué semejanza tan grande hay entre mis dolores y los tuyos, y entre tus yerros y los míos! Como yo, abandonaste a tu noble y amorosa madre para ir a buscar el paraíso de tus sueños, y el desengaño te va sumiendo, como a mí, en honda melancolía. Ambos somos el hijo pródigo que, temblando de incertidumbre y remordimiento, vuelve tímidamente los ojos al desconsolado hogar de sus padres. Ambos herimos a nuestra madre en el corazón al apartarnos de ella; pero en aquel corazón aún hay para nosotros misericordia y amor. Quizá tu orgullo, mayor que el mío, porque eres más grande y más infortunada que yo, tarde aún en rendirse; pero más tarde o más temprano, ambos iremos a apoyar la frente en el desconsolado seno de nuestra madre, para que una santa bendición caiga sobre ella.

Desde aquellas lejanas regiones parecíale a Pedro su aldea tan bella como bellos le habían parecido desde su aldea los países que había recorrido de desencanto en desencanto; pero por un resto de orgullo mal entendido o de esperanzas de realizar alguna parte de sus sueños, no estaba aún decidido a tornar al valle nativo. Las regiones australes, donde la Naturaleza conserva aún toda su virginidad, figuraban en su itinerario de viaje.

Antes de emprender éste, quiso visitar a Veracruz para saludar con una oración y una lágrima el sepulcro del anciano a quien debía sus riquezas.

Acercábase a la ciudad, y viendo un cementerio, penetró en él con el corazón palpitante y leyó las inscripciones de muchos sepulcros, hasta que encontró una que le hizo prorrumpir en llanto y doblar la rodilla; allí descansaban los restos de aquél a quien se daba su aldea el nombre de el indiano.

Sobre la losa sepulcral se veía una rosa marchita, pero cuidadosamente conservada, al pie de la rosa se leían estos versos de un poeta español:

¡Que adornen mi sepultura las flores de mis montañas!

Librodot

Al reparar en aquella rosa, Pedro dio un grito de sorpresa y de alegría: era la que su madre había tomado del altar de la Virgen para regalarla al indiano.
Posible es comprender, pero imposible pintar la profunda emoción con que Pedro contempló aquella rosa, que su madre había cultivado y tocado con sus manos y regado con lágrimas; que había adornado el altar de la
Virgen a quien su madre y su amada rogaban por él todos los días, y que, por último, adornaba el sepulcro del anciano a quien él y su madre, y aun todos los habitantes de su valle nativo, tantas bendiciones debían.
Los versos esculpidos en la losa, que, según le dijo el guarda del cementerio, se habían puesto allí, lo mismo que la rosa, en cumplimiento de la voluntad del difunto, aquellos versos le parecían una voz que se alzaba de la tumba de su bienhechor para mandarle volver a buscar la suya en el valle donde había recibido el bautismo.
Su resolución de recorrer las regiones australes empezó a vacilar.
Besó reverentemente la rosa, derramando sobre ella copiosas lágrimas y se dirigió a la ciudad, porque deseaba ver a los testamentarios del indiano, para expresarles su gratitud y la de su madre, por la religiosidad con que habían cumplido la postrera voluntad del anciano a quien acababa de dar el último adiós.
Los testamentarios le entregaron una carta llegada de España hacía muchos días. Era de su madre, que no sabiendo adónde escribirle, había sospechado que, tarde o temprano, tocaría en Veracruz. Pedro, llorando de alegría, la besó y se apresuró a leerla.
He aquí la carta, tal como era, con todas sus bellezas y defectos, que estas cosas valen más auténticas que correctas:
«Hijo de mi alma y de mi corazón: Me alegraré que al recibo de ésta, que me escribe el señor cura, dictándosela yo, no tengas novedad.
Nosotros, a Dios gracias, vamos pasando. Sabrás, hijo mío, que este año se ha cogido mucho grano, mucha fruta, y mucho de todo; pero todo tiene mal gusto, aunque nos dicen los vecinos a Rosa y a mí que esas son aprensiones nuestras. La romería no ha estado este año tan divertida como otros. Las campanas de la iglesia se rompieron algo de tanto repicar en la fiesta que hicimos a la Virgen Santísima, cuando tú te fuiste para que te diera buen viaje, que desde entonces están muy roncas y parece que tocan a muerto.
Todos tenemos salud, a Dios gracias, menos Rosa y yo, que desde que te fuiste no hemos tenido día bueno; nosotras decimos que será de tantos días nublados como ha habido desde entonces. Sabrás que a Rosa le ha salido un novio muy trabajador. Ella no le quiere dar la palabra; pero todos la dicen que no sea tonta, pues tú sabe Dios si volverás, y ¿a qué está una muchacha honrada sino a casarse con un hombre como Dios manda? Cuando le dicen eso de que tal vez no volverás, ella y yo nos echamos a llorar; pero rezando para que vuelvas, se nos quita la tristeza. Rosa ofreció a la
Virgen de los Dolores, para que tú no la olvides, la mitad de sus trenzas; pero ya las tiene tan largas y tan hermosas como antes.
Con esto, hijo de mi alma, no te canso más. Recibirás muchas memorias del señor cura y de Rosa, que no sabe que te digo lo del novio, y de todos los vecinos, con el corazón de tu madre.- Teresa.
Postdata.- Hijo, que andes con cuidado no te dé una insolación, o te pique una serpiente, o te cojan los indios bravos, que ahí en las Indias, dicen que está una a pique de eso.»
-¡Virgen de los Dolores -exclamó Pedro hecho un mar de lágrimas-, tened compasión de los de mi madre y de los de Rosa y de los míos! ¡Para ellas, ni pan sabroso, ni romerías alegres, ni campanas sonoras, ni sol de
Dios en el cielo!... ¡Y por mí, todo por mí!... ¡Malditos sean los libros y la sabiduría, que no enseñan a amar y consolar a los que nos aman y a bendecir la tierra en que nacimos! ¡OH,

Rosa... Rosa! ¡Tal vez te habré perdido para siempre!... No, no lo permitas, Virgen Santísima; que mis culpas, por grandes que sean no merecen tan dolorosa expiación.
Desatentado, loco, dando al olvido el universo entero, Pedro se dirigió al momento al puerto y se embarcó en un buque que una hora después debía darse a la vela para España.

- XI -

¡Manojito de azucenas y claveles! Si las perfumadas auras de mayo te impelen una mañana hacia las Encartaciones, así que hayas dejado atrás a Balmaseda, atraviesa unos sombríos rebollares, trepa por la suave pendiente de una sierra, y párate en una campa sembrada de olorosas manzanillas. Inclina la vista al suelo y ve a apoyarte en la derruida cárcava que un día impidió al ganado entrar en la campa por el lado del
Norte, y en cuya parte exterior hay una cruz de madera. Alza de repente la vista cuando te hayas colocado allí, y recorre con ella la hondonada que se extiende entre la montaña que te sustenta y las que limitan el horizonte frente por frente de ti.
Allí verás un valle cubierto de llores y verdura, sembrado de casas blancas, entre las que descuellan un palacio y una iglesia de airoso campanario; un valle cruzado de arriba abajo por una cinta de plata que lleva el nombre de río; un valle que mientras otros se agitan en febriles deseos y transforman todos los días su idioma, su traje, sus leyes y hasta su culto, él permanece tranquilo, humilde, fiel a sus tradiciones, contento, hermoso, amante a Dios y al trabajo. Pues en aquel valle nació Pedro.
Y allí morirá también: porque hele, hele, que con la ansiedad en el alma y la respiración penosa y el corazón palpitante a la vez de temor y de alegría, trepa por la sierra; y ya se acerca a la campa.
Es una mañanita de Mayo: los cerezos y los melocotoneros, y los manzanos, y los endrinos están en flor; los mirlos y las malvices cantan en las arboledas, y las campanas repican en el blanco campanario de la iglesia parroquial del valle.
Pedro dirige la vista al valle, y sus ojos se convierten en dos fuentes de lágrimas, y sus rodillas se doblan, y sus labios rezan, confundiendo el nombre de dos mujeres con el nombre de Dios.
No, no, aquellas campanas no están roncas ni parece que tocan a muerto, que su toque es más sonoro y más alegre que nunca.
Pedro busca con la ansiosa vista una casita blanca que debe estar no lejos de la iglesia, y, al fin, descubre su rojo tejado entre un ramillete de cerezos en flor.
Y entonces llora aún más que antes, y reza con más fervor aún.
La iglesia le parece más grande y más hermosa que cuando se ausentó del valle, el río más cristalino, las arboledas más verdes y más pobladas, las llosas y las huertas más lozanas, las colinas más pintorescas, el valle todo más bendecido y amado de Dios.
Pero sus ojos, que todo lo examinan, que todo lo inquieren, que todo lo ven, no han visto una hermosa procesión que, antes de llegar él a la campa, salió de la iglesia parroquial del valle y tomó una estrada que por medio de dos hileras de endrinos en flor costea la falda de la montaña y conduce a la cumbre de ésta, a la campa de la cruz.
Ha llegado la fiesta de las rogativas de mayo, y el santo párroco que derramó el agua del bautismo sobre la frente de Pedro sube a la cumbre de la montaña, seguido de sus feligreses, para bendecir desde allí los campos de la llanura, donde el sudor de los aldeanos se ha transformado ya en flores.
Un cántico inmenso, que resuena a corta distancia, saca a Pedro de su extática contemplación. El joven presta atento oído, y la letanía de los santos le recuerda la festividad que aquel día celebra la Iglesia.

Librodot

La procesión, antes oculta en las umbrías de la estrada, sale, al fin, al raso, donde se alza la cruz de madera.
Pedro dobla nuevamente la rodilla y exclama:
-¡Señor, yo te bendigo! ¡Tu religión sale a recibir al hijo pródigo, que vuelve al hogar e sus padres purificado por el remordimiento y la contrición!... ¡Señor, yo te bendigo! ¡Que me bendiga mi madre, y que me abra sus brazos amorosos la virgen sin mancilla a quien un día dije: «¡Tú serás la santa madre de mis hijos!» ¡y otro día colmé de tribulaciones!
La bendición de los campos va a empezar, y Pedro no quiere interrumpir con su dolor ni con su alegría aquella santa ceremonia. Oculto tras de la cárcava, busca entre la multitud a su madre y a su amada Lo que en su corazón pasa no se puede referir; sólo se puede adivinar.
El que tenga oídos, oiga, dice el santo cantor del Apocalipsis; el que tenga corazón, adivine y sienta, dice el humilde autor de LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA.
Un grito de alegría se exhala, no del labio, sino del alma y del corazón de Pedro.
Porque Pedro acaba de descubrir a su madre y a su amada, arrodilladas ambas junto a la cruz, una al lado de la otra, unidas quizá por un mismo pesar y un mismo pensamiento, las dos con la huella del dolor en el rostro, y la melancolía honda, profunda, infinita, en los ojos.
El cabello de Teresa ha encanecido, pero su rostro respira aún más amor, más indulgencia, más resignación cristiana que en otros tiempos.
Rosa está descolorida, como las azucenas del huerto; pero en su rostro brilla la hermosura del infortunio, no la hermosura de Safo trepando a la roca de Léucades, sino la de la virgen cristiana saliendo a coger en el circo la palma de los mártires.
La santa ceremonia termina, repitiendo el pueblo las palabras del sacerdote.
Entonces Pedro se dirige hacia la cruz, y arrodillándose a los pies del sacerdote, exclama:
-¡Señor, purificadme con vuestra bendición, para que sea digno de volver a los brazos de mi madre!
El anciano párroco sorpréndese un momento; pero en seguida derrama sobre la cabeza del joven el agua bendita con que acaba de purificar los campos, y dice:
-¡En el nombre de Dios, yo te bendigo!
-¡En el nombre de Dios, yo te bendigo! -repitieron todos los habitantes del valle.
Y entonces Pedro, purificado por aquella bendición, vuela a los brazos de su madre y a los de Rosa, que se lanzaban desaladas a su encuentro.
No hay allí un corazón que no palpite de alegría; que hasta la siente aquel honrado joven que ha buscado inútilmente el amor de Rosa.

- XII -

¡Manojito de azucenas y claveles! Si las auras te impelen a las
Encartaciones y pasas por S..., verás lo siguiente, bajo el hermoso emparrado que hay a la puerta de la casa de Teresa:
Una anciana y una joven, radiantes de salud y de alegría, abandonando de cuando en cuando su labor para contenerse a besos a una niña de seis años, que aprende a su lado a hacer dobladillo.
Y un hermoso joven, vestido al uso del país, con el rostro algo tostado por el sol y las manos algo encallecidas por la azada, que tiene sobre sus rodillas a un niño de tres años, rubio como el maíz y colorado como la rosa.
Si preguntas a aquel joven quiénes son las mujeres que cosen bajo el emparrado, te contestará sonriendo:
-¡La santa abuela y la santa madre de mis hijos!

Librodot

Y en seguida tornará a su ímproba tarea de grabar en la memoria del serafín que se agita en sus rodillas estos versos del difunto Lista, a quien Dios haya coronado de gloria:
¡Feliz el que nunca ha visto más río que el de su patria, y duerme anciano a la sombrado pequeñuelo jugaba!

El Judas de la casa

Sígueme, amor mío, con los ojos del pensamiento a las riberas del
Cadagua, a las ribera,; que más envanecen por bellas a aquel espumoso y fresco y cristalino río, desde que pierde de vista a su nativo valle de
Mena, hasta que Dios le hunde en el Ibaizábal, apenas ha andado cinco leguas, en castigo de la prisa que se da a alejarse del valle nativo.
Sígueme con el pensamiento hasta el concejo de Güeñes, uno de los más pintorescos de las Encartaciones, que le he escogido por teatro de uno de mis cuentos más dolorosos, y por lo mismo menos sonrosados.
Por el fondo del valle corre, corre, corre, corre, como alma que lleva el diablo, el desatentado Cadagua, y al Norte y al Mediodía se alzan altísimas montañas, en cuyas faldas blanquean algunas caserías a la sombra de los castaños y los rebollos.
En una de las colinas que dominan a la iglesia parroquial de Santa
María, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, que este nombre se da a las montañas del Norte, había a principios de este siglo una casería conocida por el nombre de Echederra.
Verdaderamente correspondía a aquella casería la denominación de Casa Hermosa, que no es otra la significación de su nombre vascongado.
La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodeada de la montaña, en un bosque de nogales y cerezos, y a su espalda se extendían unas cuantas fanegas de tierra cuidadosamente labradas.
Hermosos parrales orlaban toda la llosa, costeando interiormente toda la cárcava, y lozanas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes piezas en que la llosa estaba dividida.
La situación de la casería de Echederra no podía ser más hermosa; desde las ventanas de la casa se descubrían, a través del ramaje de los árboles, ambas orillas del Cadagua, en una extensión relativamente grande, y un regato que bajaba de los Somos serpenteaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.
Corrían los últimos días del mes de junio. Los moradores de Echederra estaban a la caidita de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo a la casería.
-Cuidado, Ignacio, no te caigas, que más vales tú que todas las cerezas del mundo -decía una mujer de edad algo avanzada a un joven como de diez y seis años, que encaramado en uno de los cerezos, bajaba de quima en quima a darle un canastillo de cerezas.
-Madre, no tenga usted cuidado, que ya conozco el terreno -contestó el joven.
-Hijo, para volatinero eras tú pintiparado.
La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pie del árbol.
-Mira, bájate -añadió dirigiéndose al muchacho-, que ya está la cesta colmada, y tu padre y tu hermano han llenado también la suya.
El joven bajó del cerezo de un salto.
Otro joven, como de cuatro o cinco años más, se descolgaba al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, a cuyo pie estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron, cada uno de su lado, su cesta de cerezas, y fueron a reunirse con los primeros.
Poco después se sentaron todos a descansar al pie de los cerezos.
El anciano sacó del bolsillo exterior de la chaqueta una bolsa de piel de perro arrollada y sujeta con una correa, a cuyo extremo había una especie de punzón de hueso, la desarrolló y sacó de ella una pipa de yeso, que se colocó en la boca.
El joven de más edad hizo la misma operación.
-Bautista, dame una pipada que se me ha acabado el tabaco -le dijo el anciano, registrando inútilmente el fondo de su bolsa.
-Padre, se me ha acabado también a mi -contestó Bautista, que había llenado ya su pipa.
-¡Embustero! -exclamó Ignacio indignado-. Si te traje yo ayer de
Bilbao un cuarterón de tabaco...
-¡Tú siempre has de ser hablador!
-¡Y tú siempre has de ser egoísta!
-Me da la gana. El que quiera tabaco que lo compre.
-¿No te da vergüenza?
-Déjale, Ignacio -dijo el anciano, guardando su pipa con triste resignación-. Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.
-¡Martín! - exclamó la anciana- ése es el Judas de la casa! ¡Ése nos ha de quitar la vida a todos! ¡Ése!...
-Cállate, Mari -la interrumpió Martín-. Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho más.
-Pues si no tenemos paz, tendrá usted tabaco -dijo Ignacio echando a correr hacia la casa.
Dos minutos después volvió, trayendo en la mano una hoja de tabaco, torcida a modo de cuerda de dos hilos.
-Tome usted, padre -dijo-, que aunque yo no fumo, sé lo que usted padece cuando no tiene tabaco, y ayer, de paso que compré lo que mi hermano me había encargado, tomó otro cuarterón con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de usted.
-Sí -replicó Bautista-, sisarías esa hoja de lo mío.
-Mira, Bautista, no me tientes; la paciencia. El que las hace, las imagina.
-Anda -dijo Mari dirigiéndose a Bautista-, que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.
-Vaya, vaya, se acabó, dejarse de historias -dijo el pacífico Martín, saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderías si supieses hasta dónde llevan los vascongados su pasión al tabaco, tan anatematizado por los médicos y los escritores... que no fuman.
Recuerdo un ejemplo con que mi madre, a quien Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarme de aquel vicio, si es que el nombre de vicio merece el uso del tabaco y que proporciona hasta al más pobre uno de los goces más dulces de la vida, sin perjudicar (con Perdón de los médicos y los escritores... que no fuman) la salud ni el bolsillo.
-Tu abuelo -me decía- era el hombre más pacífico, más sufrido y más bondadoso del mundo: todos los trabajos no bastaban a hacerlo perder su jovialidad; pero cuando no tenía tabaco, era la casa un infierno, y no había consuelo para él. Jamás se le vio enfadado ni triste teniendo para llenar a pipa.
¡Inútiles consejos! El nieto, torciendo la moraleja de este ejemplo, dijo para sí: «Cuando mi abuelo era tan aficionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena».
Y con los primeros cinco cuartos que tuve, compré una onza de tabaco, y una pipa, me fui al castañar inmediato, y allí rendí culto al ídolo de mi abuelo, hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.
Si mi abuelo alzara hoy la frente del sepulcro...

Librodot

-¡Bien, nieto mío! -me diría-. Estoy contento de ti porque respetas las tradiciones de tu familia.
La paz se había restablecido entre la de Martín. El sol se había ocultado completamente, y aunque el día había sido caluroso, era deliciosa aquella hora.
-Cenaremos pronto -dijo Martín- y nos acostaremos en seguida, porque mañana hay que madrugar para que vosotros lleguéis con las cerezas a
Bilbao antes que caliente demasiado el sol. EA, con que vamos a casa, que
Juana tendrá ya aviada la cena.
-Mira, Martín -dijo la aldeana a su esposo-, mejor sería que cenáramos aquí.
-Sí, sí -contestaron padre e hijos-, que en casa hará mucho calor.
-¡Juana! -gritó Mari volviéndose hacia la casa.
-¿Qué quiere usted, señora madre? -respondió una muchacha desde la ventana.
-En cuanto esté la cena, tráela, que vamos a cenar aquí.
-Pues allá voy -dijo la joven.
Y poco después salió de la casa y se encaminó hacia los cerezos, llevando en un triguero una fuente de sardinas frescas, cubierta con una pañada, y una borona tierna y amarilla como el oro. Juana era una muchacha de diez y ocho a veinte años, risueña como una mañana de San Juan y colorada como una rosa.
Volvió boca abajo el triguero al pie del cerezo, le cubrió con la pañada, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas rebanadas de borona, que colocó con simetría en torno de la fuente, y, previa la bendición de la mesa, que echó Martín, se puso a cenar toda la familia, conversando alegre y pacíficamente.
-Ya vamos aliviando en su peso a los cerezos -dijo el anciano-, y lo siento por el señor don José.
-Don José -repuso Bautista- no lo sentiría mucho; los que lo sentirán serán los pájaros.
-En acabándose las cerezas no vendrá el señor don José todas las mañanas, después de decir misa, a tirar desde nuestra ventana a los tordos y a los picazos... ¡Malditos de cocer! Acuden a bandadas a los cerezos, por más que uno les ponga espantos.
-Y ya que se habla del señor don José -dijo Mari-, ¿cómo no habrá venido esta mañana?
-Porque hoy está a Castro a encontrar a su sobrino el indiano
-contestó Martín.
-¿Conque viene hoy su sobrino? ¡Ay, cuánto me alegro! ¡A ver si nos da noticias de tu hermano!
-¡Dios quiera que nos las dé! ¡Mira que es cosa que aturde no haber vuelto a saber de mi hermano desde que nos escribió de Méjico hace tanto tiempo! Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir, lo que es él no estaba sin escribirnos.
-Así lo creo, Martín. Y no se diga que nos quisiera mal, porque la última carta que escribió no podía ser más cariñosa.
-¡Qué lástima que no se le haya llevado Pateta! -dijo Bautista.
-¡Ave, María Purísima! -exclamó Mari- ¡Qué alma tienes, hijo!
-¿Qué nos importa a nosotros que viva o que no viva, si nunca nos manda un cuarto?
-Lo que yo quiero -replicó Martín- es que viva, aunque tenga un Potosí y no nos dé estopas para la unción.
-Pero ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del señor don José?
-preguntó Juana.
-Yo no sé -contestó su madre-, pero ello hacia allá ha de ser, porque viene de las Indias; y dicen que viene muy rico.
-¡Cuánto me alegro, por el señor don José, que es tan bueno! -exclamó
Martín.

Librodot

-¡Calla! -dijo Bautista- ¿No son ellos aquéllos que vienen por el castañar? Sí, sí, allí viene don José; en nombrando al ruin de Roma...
-¡Cállate, hereje! -le interrumpió Mari- ¡Pues no llama ruin al señor don José!

- II -

En efecto: por una calzada que atravesaba un castañar, situado a tiro de piedra de la casería, asomaban el cura y su sobrino Mateo, cabalgando en sendas mulas, seguidos de, una recua que conducía el equipaje del indiano.
El señor don José era el cura párroco de Santa María de Güeñes; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazón. El indiano era un bello joven de veintitantos años.
Los moradores de Echederra corrieron a saludarlos, excepto Bautista, que prefirió a dar aquella carrera, seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.
-¿Qué tengo yo que ver -dijo-con el indiano ni su tío? Para lo que le han de dar uno...
El párroco detuvo su cabalgadura apenas vio a sus feligreses, y su sobrino lo imitó.
-¡Hola, Martín! ¡Hola, Mari! -exclamaron tío y sobrino.
-Buenas tardes, señor don José y la compañía -contestaron todos.
-¿Será posible -dijo Mari- que este caballero sea...?
-Mateo -se apresuró a responder el indiano-. ¡Yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedreaba a ustedes los frutales cuando iba a Echederra con el tío!
-¡Bendito sea Dios! ¡Quién lo había de decir! Porque está usted...
-¡Qué usted ni qué ocho cuartos! ¡Pues no faltaba más, habiéndome conocido ustedes como un renacuajo! ¡Vaya, que Juana está echa una arrogante moza!
La muchacha bajó los ojos, y sus mejillas, que comúnmente parecían dos rosas, se pusieron, como dos claveles.
-¡Cuánto ha crecido Ignacio! -continuó el indiano- ¿Y qué me dicen ustedes de Bautista?
-Allá arriba queda...
-Ése tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me ha hecho rabiar en este mundo!
-¿Y cómo le ha ido a usted?...
-No admito el tratamiento, Martín.
-Si no puede uno acostumbrarse...
-Pues es menester que ustedes se acostumbren. Me ha ido regularmente.
Tengo mucho cariño a mi país, y sobre todo a mi tío, que me sirvió de padre desde que quedó huérfano, y así que me vi con un capitalito... pequeño, sí, pero suficiente para bandearse uno en este país, y para vivir feliz, teniendo poca ambición como yo tengo, dije: «A Güeñes me vuelvo, que el tío es ya viejo y quiero vivir a su lado para mimarle y pagar en lo posible el bien que me ha hecho...» Pero, ahora que me acuerdo, ustedes deben ser los más ricos de toda Vizcaya.
-A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.
-¿Qué es lo que dice usted, Martín? ¿Y la herencia?
-¿De qué herencia habla usted, don Mateo?
-¡Dale con el don y el usted! De la de su hermano de usted, que esté en gloria.
-¡Dios mío! ¡Con que ha muerto! -exclamaron Martín y su familia prorrumpiendo en llanto.
-No puedo asegurarlo -contestó el indiano, algo perplejo-. Estaba bastante delicado...
-¡Ah! ¡Conque ha muerto! No nos lo niegue usted...
-Sí, murió hace dos años -contestó el indiano.

Librodot

-Pero ¿es posible que ustedes no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó a ustedes herederos?
-¡Que se lo guarden los que lo tengan! -dijeron a una voz Martín, su mujer y sus hijos.
-Amigos míos -replicó el cura con tono cariñoso-, los duelos con pan son menos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no están ustedes para ello.
La noche comenzaba a cerrar. El indiano y el cura hicieron por consolar a aquella familia y se despidieron, siguiendo unos hacia el valle y tornando otros a la casería.
-¡Ha muerto! ¡Ha muerto! -dijeron a Bautista sus padres y sus hermanos al llegar a los cerezos.
-¿Y estaba rico? ¿Y nos ha dejado herederos? -preguntó aquél con ansiedad y alegría.
-¡Bautista! -exclamó Martín con severidad-. ¡Tienes mal corazón!
En el pacífico y bondadoso Martín, la severidad equivalía a indignación.
Muy pronto desaparecieron todos por puerta de la casería. Nadie se acordó de las cerezas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas a Bilbao, porque en casa de Martín todos se ocupaban de la muerte del pariente americano; Bautista, para indagar si de ella podían resultarles riquezas; los demás, para llorarla.
Al salir el sol la mañana siguiente, subía a Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo.
Al llegar a la casería encontraron a Martín y a su familia algo más resignados, algo más tranquilos que los habían dejado la víspera, algo más dispuestos a oír hablar de intereses.
-Vaya, Martín -dijo el indiano-, es preciso que sean ustedes razonables. Ya que el difunto nombró a usted su heredero, es preciso que reclame usted la herencia, aunque no sea más que para socorrer con ella a los pobres.
-Tiene usted razón, don Mateo -contestó Martín.
-Pues bien; diré a ustedes lo que hay en el particular. Su hermano de usted poseía un capital de veinticinco mil pesos...
-¡Veinticinco mil pesos! -exclamó Bautista. ¡¡¡Y nunca nos mandó un ochavo!!!
-Su hermano de usted era algo avaro... Pero dejemos en paz a los muertos, y declaremos guerra a los vivos. Los vivos a quien tenemos que declarar guerra son los que han abusado indignamente de la confianza del difunto. Los testamentarios de su hermano de usted han hecho correr la voz en Méjico de que habían cumplido religiosamente la voluntad del testador, y nadie pone en duda su buena fe. Es menester que les escriban ustedes inmediatamente, reclamándoles la herencia; y si se hacen sordos, ya encontraremos medio de quitarles la sordera.
-Corriente, señor don Mateo; haremos todo lo que usted nos aconseje.
Como en Echederra no hubiese recado de escribir, el señor cura envió a Bautista a su casa, a fin de que doña Antonia, su ama, le diese papel, tintas y obleas.
Bautista era perezoso como él solo, pero como se trataba de grandes riquezas en que esperaba obtener parte, se apresuró a obedecer, y de un salto se plantó en casa del señor cura.
Doña Antonia era mujer de edad algo avanzada, y bondadosa y desprendida, cualidades no muy comunes en las amas de los curas.
-¿Y por qué no son comunes en ellas esas cualidades?
-Porque sus amos suelen pecar en el extremo opuesto, llevando la bondad y el desprendimiento hasta el exceso, y ellas llegan a odiar el bien a fuerza de verle prodigar sin medida. Es menester que el ama de un cura esté muy por encima del vulgo de las mujeres para que no llegue a aborrecer a los pobres, viendo que por socorrer a éstos, tiene su amo la despensa vacía.
Bautista encontró a doña Antonia más alegre y aficionada a charlar que nunca.
-Conque, vamos, ¿me da usted eso, doña Antonia? -le dijo.

Librodot

-Voy, voy a dártelo, hijo; pero espérate un poco y no seas tan vivo de genio.
-Pero ¿no ve usted que si tardo, se van a enfadar el señor cura y don
Mateo?
-¡Qué se han de enfadar, hijo, si los dos son unas malvas benditas!
Veinte años hace que sirvo al señor cura, y ni una sola vez le he visto enfadado. Pues Mateo, ¡otro que bien baila! Esa criatura es un ángel de
Dios. Pero ¿has visto qué buen mozo se ha hecho?
-Y diga usted, doña Antonia, ¿ha venido muy rico?
-¡Mucho, hijo, mucho!... ¡Si supieras las cosas que ha traído!...
Anda, ven a su cuarto y verás lo que es bueno.
Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto donde estaban aún amontonados los baúles y las maletas del indiano.
Doña Antonia abrió algunos baúles, y enseñó a Bautista su contenido, que consistía principalmente en objetos de oro y plata.
Los ojos de Bautista parecían querer saltar de las órbitas al ver aquellas riquezas. Doña Antonia no cabía en el pellejo de orgullo y alegría.
-Esta -dijo indicando con el dedo una maleta colocada en un rincón
-está cerrada con siete llaves. Álzala del suelo -añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.
Bautista echó mano a la maleta, y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al dejarla caer, se oyó un ruido metálico que hizo estremecer al joven y a la anciana reír con indecible alegría.
-Conque, Bautista, ¿no te parece costal de paja esa maleta?
-¡Qué dichosos son ustedes, doña Antonia! - exclamó Bautista.
-¡Ya lo creo, hijo, ya lo creo! Pero también vosotros participaréis de nuestra dicha. Cuando Dios da, da para todos. Mateo y el señor cura tienen un corazón de oro, y os quieren como si fuerais de la familia.
¡Mira tú, si el día que tengáis un apuro, os dejarán en la estacada!
Bautista no oía lo que doña Antonia le decía; una agitación indefinible se había apoderado de él. En su corazón había una lucha horrible.
-Conque, vamos, hijo, ¿qué dices de la maleta?
-¡Estará llena de duros!
-¡De duros! ¡Hijo, qué tonto eres! ¡De amarillas y muy amarillas sí
que está llena!
Bautista se estremeció, miró a todas partes y dio un paso hacia doña
Antonia.
-¡Bautista! ¡Bautista! -gritaron en aquel instante hacia la escalera.
Bautista dio una patada en el suelo, haciendo un terrible gesto de despecho, y doña Antonia y él se dirigieron al encuentro de la persona que llamaba.
Esta persona era Ignacio.
-Buenos días, doña Antonia -dijo.
Y añadió, dirigiéndose a su hermano:
-Despáchate, hombre, que el señor cura y Mateo están esperando hace una hora. ¿No ves que el señor cura tiene que bajar pronto a decir misa?
-Anda, que se esperen, que todavía no es tarde -dijo doña Antonia-.
En menos que canta un gallo os voy a hacer de almorzar.
-No, no, muchas gracias, doña Antonia -replicaron a la vez ambos jóvenes.
-Os digo que no volvéis a Echederra sin comer unas magras y beber un jarro de chacolí.
Quiero que celebremos juntos la venida del indiano.

Librodot

-Otro día será, doña Antonia -repuso Ignacio -. El domingo cuando bajemos a misa, disfrutaremos el favor de usted.
-Bien, hijos, bien, no quiero haceros mala obra; pero ya sabéis que os tengo buena voluntad; que sois hijos de buenos padres, y de buenos padres buenos hijos. Pero siquiera lo enseñaré a Ignacio lo que ha traído el indiano.
-No, no podemos detenernos más -dijo Bautista, tornando de la mesa recado de escribir.
Y los dos muchachos tomaron a buen paso la cuesta de Echederra.

- III -

Ahora vas a ver, numen de LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA, cómo es posible ir en busca de agua y no acordarse de pedirla.
Era una hermosa tarde de primavera.
El señor cura de Güeñes y su sobrino estaban en un cerro cerca de la casería de Echederra, apoyados en el cañón de sus escopetas, observando a dos hermosos perros que rastreaban en la falda de una colina inmediata.
-Tío -dijo Mateo-, me parece que Capitán y León han perdido ya el rastro de la liebre. Mejor sería que nos fuésemos ya hacia casa, porque va a anochecer y usted no está para andar a deshora por estos vericuetos.
-Tienes razón -respondió el cura-. Estoy ya rendido, a pesar de que esta tarde no hemos andado mucho. Mateo, no valgo ya dos cuartos. Los viejos tenemos que renunciar a la caza.
Tío y sobrino echaron las escopetas al hombro y tomaron cerro abajo llamando a los perros, cuyo uniforme ladrido seguía oyéndose en el castañar inmediato por donde atravesaba la carretera.
Mateo, que caminaba el primero, en lugar de seguir el camino que conducía directamente al valle, tomó un sendero que conducía a Echederra.
-¡Qué! ¿Vamos a Echederra? -dijo don José.
-Sí, tío. Allí descansaremos un poco y beberemos un vaso de agua, que
yo me estoy ahogando de sed.
El cura se sonrió maliciosamente, y dijo:
-Vamos, vamos, Mateo, que para haber corrido dos mundos, eres poco diestro en disimular.
-¿Por qué dice usted eso, tío? -repuso Mateo poniéndose un poco colorado.
-Porque no creo que en casa de Martín se pueda descansar mejor que en estos cerros, cubiertos de flores, ni beber agua mejor que la que brota aquí a cada paso.
-Sí, pero aquí...
-Aquí -dijo el buen anciano con benévola sonrisa- no hay, como en
Echederra, una Rebeca que alargue el cántaro a Eliezer.
-¡Tío!...
-Vamos, confiesa que el deseo de ver a Juana te lleva todos los días a Echederra. ¿Qué mal hay en eso, siendo ella una buena muchacha y honradas tus intenciones?
-Pues bien, tío, no se ha equivocado usted.
-Los viejos cazamos largo.
-Quiero a la hija de Martín y creo que ella, también me quiere.
Perdone usted si se lo he ocultado...
-No me lo has ocultado, Mateo, porque tú no puedes ocultar lo que siente tu corazón. Pero ¿porqué no declaras francamente tus intenciones a
Martín y a Mari, y sobre todo a su hija?
-Son tan delicados, que temo me rechacen por la misma razón que movería a otros a aceptar... Yo soy casi rico, y ellos son pobres.

Librodot

-Esa dificultad no merece el nombre de tal. ¿Acaso es un delito el ser rico, cuando las riquezas se han adquirido honradamente y se hace de ellas el buen uso que tú haces?
-No, tío; pero... dentro de poco tiempo quizá serán ellos más ricos que yo, y entonces...
-Entonces dirán... no ellos, pues son incapaces de un mal pensamiento, sino las lenguas maldicientes, que tus miras son interesadas.
-Tiene usted razón, tío. No me había ocurrido eso.
El señor cura y el sobrino continuaron su camino hacia la casería de
Echederra.
Martín, su mujer y sus hijos estaban detrás de la casa, sallando borona.
-¿Qué tenemos de nuevo, Martín? -le dijo el cura.
-Nada, señor don José -respondió el labrador-. Hoy ha ido Ignacio a
Bilbao, y aunque ha venido ya el correo de América, no hay carta para nosotros. Conque ya no hay esperanza.
-¿Cómo que no hay esperanza? -repaso Mateo. Es menester tomar una determinación decisiva y dejarse de paños calientes.
-¿Y qué es lo que hemos de hacer? Anda con Dios, que los testamentarios se guarden los veinticinco mil duros, y buen provecho les hagan. Nosotros pasaremos con nuestra pobreza.
-Tiene razón señor padre -asintieron Ignacio y Juana.
-Digo lo mismo -añadió Mari.
-¡Esto ya no se puede aguantar! -exclamó Bautista, arrojando la azada, que tronchó tres o cuatro pies de borona.
-¡Pícaro! -dijo Mari- ¡Seremos como tú, que no tienes más Dios que el dinero! ¡Si la avaricia te come! ¡Si la avaricia te ha de llevar a un presidio!...
-Vamos, Mari, vamos -la interrumpió el cura con tono conciliador-, déjele usted, que en esta ocasión merece disculpa. Me parece enteramente inútil volver a escribir a Méjico, porque ya está visto que hay mala fe en los testamentarios del difunto. Es menester que una persona interesada se determine a pasar el charco. Martín no está en edad de eso, Bautista no sabe escribir.
-Él se tiene la culpa -dijo Mari-. que por más que nos hemos matado para que aprendiese escuela, no ha aprendido el A E I O U. ¡Qué poco se parece a su hermana! La pobrecita no ha tenido más maestro que Ignacio, y ahora que se ha empeñado en aprender a escribir, hace ya unos palotes que da gloria de Dios el verlos.
-¡Ya! -dijo Bautista-. Eso es porque le da vergüenza decir delante de don Mateo que no sabe escribir.
Juana se puso colorada, y don José miró a su sobrino con una significativa sonrisa.
-Hacen bien -replicó Mari-. No, que será como tú, que nunca has querido...
-Vamos, Mari, se acabó. Lo pasado, pasado -dijo el cura-. Conque,
Ignacio, ¿te encuentras con ánimo de meterte en el pozo grande?
-Señor don José, si mis padres quieren, iré aunque sea hasta el fin del mundo...
-¡Ay, señor don José! -exclamó la tierna madre-. ¡Embarcarse el hijo de mis entrañas!
-Tiene razón Mari-añadió Martín-; el hombre donde el buey pace.
-¡Eh, no sean ustedes cobardes! -dijo Mateo-. Si hay peligro en el mar, ¿no lo hay también en la tierra? Nadie se ahoga más que cuando Dios quiere. Cuando Dios quiere que uno se ahogue, se ahoga, aunque sea en una escudilla de agua. ¿No han oído ustedes contar el cuento del que sabiendo que su sino era morir ahogado, no salía jamás de casa, y al cabo se ahogó en la palangana?
-Tiene usted razón don Mateo -asintió Ignacio-. Como dice la copla:
No tengo miedo a la muerte, aunque la encuentre en la calle; que sin licencia de Dios, la muerte no mata a nadie.

Librodot

Conque, señor padre, si usted quiere, me planto en dos brincos en
América y vuelvo con los veinticinco mil del pico; porque es una triste gracia que habiendo por aquí pobres, se rían con nuestros cuartos aquellos pícaros.
-Tienes razón -dijo Martín-. ¿Qué dices tú Mari?
-¿Qué he de decir yo, hijo? Me conformaré con lo que tú dispongas y... que Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima del Carmen protejan al hijo de mi alma.
-Vaya, es cosa decidida -dijo el cura-. Hagamos los preparativos, y que parta Ignacio lo más pronto posible.
En efecto: ocho días después Ignacio se embarcó en Bilbao, provisto de carta de recomendación, de instrucciones y de dinero que el señor cura y Mateo le habían facilitado.

- IV -

Algunos meses después de la partida de Ignacio para América, los moradores de Echederra se sentaban a almorzar una fuente de leche con harina.
Aquella honrada familia debía haber padecido mucho, pues Juana había perdido el sonrosado color de sus mejillas, Mari y Martín habían envejecido muchísimo, y todos estaban tristes y silenciosos.
-Hija -dijo Mari a la joven- ¿por qué no comes?
-Ya como, señora madre.
-¡Si apenas has probado la leche!
-No tengo gana.
-Pues anda, hija, cuando uno no tiene gana de comer, se hace cuenta de que la comida es una medicina y dentro con ella. El que no como, tiene pena de la vida. ¿Pero qué es lo que tienes, hija de mi alma?
-Inútil es preguntárselo -dijo Martín-. Está malo Mateo, y se empeña en estarlo ella también.
-¡Y lo estará, y acabará por morirse si continúa así! Vamos hija mía, almuerza; mira qué rica está la leche. ¿Quieres que te haga un par de huevos estrellados?
-¡Si no tengo ganas!
Pero, hija, confianza en Dios, que Mateo se pondrá bueno muy pronto, y os casaréis, y se acabarán las penas.
-¡Ay madre de mi vida! ¡Si Mateo se muere, yo me moriré también!
-¡Morirse! No digas disparates, hija. El cirujano dice que ya está fuera de peligro. ¡Qué! ¿Es él el primero a quien yendo de caza se le ha disparado la escopeta, se ha herido, y al cabo de algunos meses se ha encontrado como si tal cosa? Verdad es que al principio se temió por su vida; pero a Dios gracias y a la Virgen del Carmen, ya nada hay que temer.
-¡Qué fastidio! -exclamó Bautista, arrojando sobre la mesa la cuchara-. ¡No saben ustedes hablar más que del indiano! ¡A ver cómo no se le llevan doscientos mil demonios!...
-Bautista -dijo Martín-, no pronuncies jamás el nombre de Mateo, sino para bendecirle.
-¡Bendecirle!... Para lo que nos da...
-Nos da más de lo que merecemos; nos da lo que necesitamos.
-Pues yo digo que es un miserable...
-¡Bautista! -exclamaron todos llenos de indignación.
-¡Tener más dinero que pesa, y consentir que trabajemos como negros!... ¡Lástima que cuando se le disparó la escopeta, en vez de darle el tiro en el costado, no le hubiera levantado la tapa de los sesos!...
-¡Calla, calla, pícaro! -exclamaron todos en el colmo de la indignación.

Librodot

-No quiero callar.
-Vas a acabar con nosotros; nos vas a quitar la vida -dijo Mari-.
Desde que tu pobre hermano se fue, no nos has dejado pasar siquiera un día en paz y gracia de Dios. ¡Hijo de mi alma! ¡Si él estuviera en casa, otra cosa sería!
Y la pobre Mari se echó a llorar; Juana la imitó; Martín bajó la cabeza sin pronunciar una palabra, y las lágrimas asomaron a sus ojos.
¡Maldito sea el hijo que arranca una lágrima de los ojos de sus padres!
El almuerzo había concluido aunque la fuente estaba aún casi llena.
El disgusto había quitado a todos el apetito e hízoles caer la cuchara de la mano.
-¡Martín! ¡Martín! -gritó un hombre que apareció al pie de los cerezos.
Martín se apresuró a contestarle desde la ventana:
-¿Qué hay de nuevo, Miguel?
-¡Buenas noticias! Ayer fui a Bilbao a vender unos cestos, y me dieron en el correo una carta de las Indias para vosotros. Como vino tarde, no pude traérosla anoche.
Martín, su mujer, y sus hijos corrieron al encuentro de Miguel, que entregó una carta al primero.
Martín exhaló un grito de alegría al examinar el sobre. ¡La letra era de Ignacio, de su hijo!
Mari le arrancó la carta de las manos, y leyó el sobre repetidas veces, besándole y regándole con sus lágrimas, y a su vez Juana se le arrancó a su madre e hizo lo mismo.¿Y cómo no besar aquel papel, con tanta ansia esperado, y en el cual se había posado la mano de un hijo, de un hermano querido, cuya ausencia tantas lágrimas costaba hacía muchos meses?
Bautista era el único que permanecía impasible ante un suceso que llenaba de alegría a u familia.
-Pero ¿a qué viene -dijo- esos aspavientos, sin saber aún si Ignacio ha tomado posesión de la herencia?
Sí; Bautista tenía mal corazón, como su padre había dicho, ¡Nada le importaba saber que su hermano vivía aún! Para comprender la alegría que llenaba el corazón de sus padres y su hermana, ¡necesitaba saber que su hermano era rico! Si no lo era, ¿qué le importaba a Bautista que viviese o dejase de vivir?
Martín recobró, al fin, la carta de su hijo, y la abrió temblando de emoción.
La carta decía así:
«Méjico, etc.
Mis queridos padres y hermanos: Desde que me separé de ustedes la desventura me ha acompañado por todas partes.
El buque a cuyo bordo me embarqué para Nueva España, experimentó grandes contratiempos en alta mar. Después de una penosísima navegación entramos en el golfo de Méjico, creyendo llegar al término de nuestros infortunios; pero Dios nos reservaba otros mayores aún. Las olas se encresparon casi de repente, desatáronse los huracanes, el cielo se cubrió de obscuras nubes, resonó el trueno, y el rayo quebrantó los mástiles del buque. Largo tiempo luchamos contra el furor de los elementos, casi sin esperanza de salvación; al fin, el buque se hizo pedazos, y la mayor parte de mis compañeros de viaje hallaron su sepultura en las ondas del mar.
En aquel momento invoqué el nombre de Dios y el de la Virgen del
Carmen, cuyo santo escapulario me puso mi madre al cuello al partir, y logré apoderarme de una tabla que flotaba entre las olas. Con ayuda de aquella tabla conseguí acercarme a la costa; pero mis fuerzas se agotaban y la borrasca era cada vez más espantosa; las olas rugían como el trueno, quebrantándose en las rocas de la playa, semejantes a montañas cubiertas de nieve. Daba ya mi último adiós al mundo, del que sólo sentía separarme porque en él dejaba

Librodot

desconsolados a mis padres y a mis hermanos, cuando vi que se me acercaba una barquilla tripulada por audaces habitantes de la costa.
Aquellos hombres, casi tan náufragos como yo, me vieron y, con peligro de su vida, acudieron a socorrerme. Al fin, pisé el nuevo continente, pero ¡en qué estado, Dios mío! Apenas podía tenerme en pie; mis manos estaban ensangrentadas, y mis brazos descoyuntados con los esfuerzos que había hecho para que las olas no me arrebatasen la tabla de salvación.
Los pobres indígenas hicieron con ramas una especie de camilla, y me condujeron en ella, a través de los bosques, a una aldeita donde encontré la hospitalidad más generosa. Allí pasé muchos días rodeado de los cuidados más tiernos, hasta que, restablecidas algún tanto mis fuerzas, me despedí de mis bienhechores, llorando de agradecimiento.
Al llegar a esta ciudad, me presenté a los testamentarios de mi difunto tío y... no quisiera afligir a ustedes con el relato de la indigna acogida que me hicieron. ¡Me trataron de falsario, me despreciaron, se burlaron de mí sin misericordia!...
Sin embargo, confío aún en la justicia de los hombres, y más aún en la de Dios, que no nos abandonará. Participen ustedes de mi esperanza, y consuélense por de pronto sabiendo que existo aún para trabajar por la felicidad de todos.
Me he presentado a las personas para quienes don Mateo me dio cartas de recomendación, y me han prometido ayudarme en mi empresa, particularmente un paisano nuestro, que me quiere ya como a un hijo.
Necesito tiempo para llevarla a cabo, porque los testamentarios se defenderán con las armas que nos han usurpado, y que son tan poderosas aquí como en España.»
Ignacio suponía que su hermana y Mateo se habrían casado ya; se acordaba del señor cura, de doña Antonia, de Miguel el cestero y de otros vecinos, y en una postdata pedía a su madre que le encomendase a la Virgen del Carmen, de quien la piadosa y buena Mari era muy devota.
-¡Hijo de mi alma! -exclamó Mari al terminar Martín la lectura de la carta-. ¡Qué peligros ha corrido el hijo de mi corazón! Pero, al fin, la
Virgen Santísima le ha salvado...
-¡Para lo que le ha servido! -murmuró Bautista con un desdén que excitó de nuevo la indignación de todos los concurrentes.
-¡Bautista! -dijo Martín con una severidad que nunca se había visto en él-. ¡Ésos no son los sentimientos que tus padres han procurado inspirarte!
-¡Pobres de nosotros! -exclamó Mari llorando- ¡Este hijo nos ha de quitar la vida y ha de parar en un presidio!

- V -

Bautista bajaba con frecuencia a casa del señor cura para saber del indiano, que continuaba aún en cama de resultas de la grave herida que recibió yendo de caza.
Su carácter era cada vez más acre para con su familia; de tal modo, que los disgustos que les proporcionaba diariamente habían hecho envejecer de un modo rápido a Martín y a Mari, cuya salud se iba quebrantando de una manera alarmante.
En casa del señor cura, Bautista era el reverso de la medalla; aquellas buenas gentes estaban asombradas del cambio que notaban en su carácter, y doña Antonia, no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento, le preparaba excelentes almuerzos y le confiaba cuanto había en la casa.
El sol teñía con sus últimos resplandores la parda y gigantesca torre de la Jara, recuerdo de los funestos bandos oñacino y gamboino, que desolaron por tanto tiempo el Señorío, y muy particularmente a las nobles
Encartaciones.

Librodot

Una negra y espesa humareda se alzaba en una sebe inmediata a la casería de Echederra, lo que indicaba que había allí carboneros.
En efecto: uno de éstos cuidaba la olla, y otros tres o cuatro escamondaban y picaban leña a corta distancia.
En la parte más alta de la sebe se veía una cabaña, formada de tres palos, una capa de helecho, y sobre ésta, otra de césped.
Uno de los carboneros se dirigió a la cabaña. Reanimó el fuego encendido a la puerta de ésta, y al lado de la cual hervía una olla de hierro colado, llena de habas secas y cecina; echó harina de borona, agua y sal en una desga, y se puso a amasar, en tanto que se calentaba una pala de hierro. Hizo en seguida tortas delgadas como galletas, que cocía en la pala, y cuando acabó esta operación se levantó, y formando con ambas manos una especie de bocina, gritó con robusto aliento:
-¡Ahaauuu!...
Sus compañeros contestaron con un grito semejante al del tortero, y clavando las hachas en el tronco de los rebollos, se dirigieron hacia la cabaña.
Habían ya acabado de comer y desocupado sus pipas, y sin embargo, permanecían sentados a la puerta de la cabaña.
Comenzó a cerrar la noche.
Los carboneros hablaban en voz baja y daban muestras de impaciencia.
Un hombre apareció al fin, en la parte baja del rebollar y se dirigió hacia la cabaña.
Al notar que se aproximaba, los carboneros dieron muestras de satisfacción.
Vamos -dijo el recién llegado-, no perdamos tiempo; porque yo necesito volver temprano a casa, para que no se extrañe mi tardanza.
-Pues andando -contestaron los carboneros.
-¿Qué armas lleváis? -preguntó el desconocido.
-Ninguna.
-Allá os las compongáis; yo llevo dos pistolas y una navaja.
-Nosotros vamos a robar, pero no a matar.
-Haga cada uno de su capa un sayo -dijo el de las pistolas y la navaja-; pero no perdamos tiempo. En el camino os daré las instrucciones que necesitáis y arreglaremos nuestro plan de campaña.
Todos se tiznaron la cara con cisco mojado, y echaron por el rebollar abajo.
-¿Por qué no viene Chomín? -preguntó el desconocido, designando al que vimos cuidar la olla, y que apenas comió y encendió su pipa, se apresuró a volver a su puesto.
-Haldea la oya -respondieron los carboneros- y es necesario que alguno se quede cuidándola. Además, el que se quede aquí no será el que menos contribuya al negocio.
-¿Cómo?
-Cantando.
-¿Para qué?
-Para que los de Echederra y las panaderas que vengan de Castro sientan constantemente a los carboneros en el rebollar.
-¡Tenéis mucho talento!
-Hagamos por tener mucho dinero.
Media hora después cantaba que se las pelaba en el rebollar un carbonero.
Jacinta, una panadera de Güeñes que venía de Castro con otras vecinas montadas en su mula, decía a sus compañeras:
-¡Qué buen humor gasta siempre ese condenado de Chomín! Siempre está cantando como un ruiseñor.

-Pues, hija -repuso una de las vecinas-, usted no suele quedarse atrás, que sabe usted más cantas que un ciego. Milagro que hoy ha cerrado usted el pico.
-Es que no estoy para cantar, con lo que sucede en casa del señor cura y en la de Martín el de Echederra.
-Hija, tiene usted razón, que parte el alma la desgracia del indiano y la de los de Echederra. Mari y Martín se quedan sin hijo, como yo soy cristiana.
- ¡Pobre Ignacio! -exclamó Jacinta echándose a llorar-. ¡Qué muerte habrá tenido en esa mar traidora!... Vamos, si le digo a usted que en la vida se me secarán los ojos si ese muchacho ha muerto. Como que fui la primera que le dio de mamar, y le quería como si fuera hijo mío. ¡Pues mire usted la pobre Mari!... Vamos, le cuesta la vida ese hijo.
Las panaderas continuaron su camino, tristes y silenciosas, en tanto que Chomín continuaba su canto.
La casa del señor cura de Güeñes estaba rodeada de nogales y un poco separada de las otras. Era uno de esos edificios de piedra caliza término medio entre el palacio y la fortaleza, y sobre cuya puerta campeaba un gran escudo de piedra. En una de las esquinas estaba incrustado uno de los cuadrantes o meridianos, tan comunes en el país vascongado, y muy particularmente en las Encartaciones.
En aquel país, donde pobres y ricos acostumbran madrugar, reina en las aldeas el silencio más completo durante las primeras horas de la noche, porque aquél es el momento en que los habitantes gozan del más profundo sueño.
El primer sueño es un letargo a la vez dulce y profundo.
Don José dormía y doña Antonia también. El único que no dormía en la casa del cura era el indiano, a quien la calentura desvelaba.
Los perros comenzaron a ladrar.
-¡Señor tío! -dijo Mateo a don José, que dormía en un cuarto inmediato al suyo.
Don José no respondió, porque continuaba profundamente dormido.
Los perros continuaban ladrando.
-¡Señor tío! ¡Señor tío! -replicó Mateo.
Al fin el señor cura respondió, y Mateo le dijo:
-León y Capitán ladran mucho, y me parece que suenan las tejas del horno.
-Moverá las tejas el viento, que no cesa de soplar, y los perros ladrarán porque suenan las tejas.
Tío y sobrino guardan silencio.
León y Capitán continuaban ladrando como si los desollasen vivos.
-Tío -dijo Mateo-, me parece que forcejean en la ventana del comedor, que se alcanza desde el tejado del horno.
-¡Hombre, no seas tonto -replicó el cura medio dormido- si es el viento!
-Lo veremos -dijo Mateo.
Y a pesar de su debilidad, se levantó y abrió, sin hacer ruido la ventana de su cuarto, que estaba en el mismo plano que la del comedor; pero nada absolutamente pudo ver ni oír, a causa de la completa obscuridad y el viento, que lo hizo retirar de la ventana.
León y Capitán ladraban cada vez más.
Mateo oía aún chascar las tejas del horno y moverse la ventana del comedor.
-Quiero ver qué es eso -dijo.
Y cogiendo la escopeta se dirigió al comedor, débilmente alumbrado
por una lamparilla, que hacía mucho tiempo dejaba allí encendida doña
Antonia.
Al acercarse Mateo a la ventana, ésta se abrió con violencia y un hombre apareció en ella.

Librodot

El indiano se echó la escopeta a la cara; pero no tuvo tiempo para disparar: el arma cayó de sus manos rota de un pistoletazo disparado por el ladrón.
Este último se lanzó dentro seguido de otros tres. Arrojáronse todos sobre Mateo, le derribaron, le taparon la boca con un pañuelo y le ataron de pies y manos.
Aquellos hombres pasaron en seguida al cuarto del cura y después al del ama, y repitieron la misma operación.
Luego se apoderaron del dinero y de las alhajas de algún valor. Tan bien conocían la casa, que acertaron sin titubear hasta con lo más oculto.
Inmediatamente huyeron por la puerta principal, porque iban demasiado cargados para huir por la ventana por donde habían entrado.
Pero he aquí que algunos vecinos de Güeñes habían oído el tiro disparado por el ladrón, y acudían, escopeta en mano, por el nocedal, en el momento en que salían los ladrones.
-¡Alto! -gritaron.
Pero los ladrones desaparecieron entre los nogales.
Los vecinos hicieron fuego y cayó levemente herido uno de los malhechores, precisamente el que llevaba objetos de menos valor.
Los otros atravesaron el Cadagua y, protegidos por la obscuridad, se internaron en los sombríos castañares de la Jara.

- VI -

Seis meses después de los sucesos referidos en el capítulo anterior, el señor cura y su sobrino salieron de casa y tomaron la cuesta de
Echederra.
En vez de llevar la escopeta al hombro, como en otro tiempo, llevaban gruesos bastones en la mano.
Privado de este apoyo, Mateo, sobre todo, no hubiera podido dar un paso sin caer.
El señor cura, en otro tiempo tan grueso, tan colorado como una manzana, y siempre con la sonrisa en los labios, estaba casi desconocido.
Su cabello habla encanecido mucho, su cara estaba arrugada y pálida, y la tristeza de su alma se reflejaba en sus palabras como en sus facciones.
Preciso era que el digno sacerdote hubiese padecido mucho para haberse, verificado tal transformación en él.
También Mateo era apenas la sombra de lo que había sido: la palidez de su rostro y la demacración de su cuerpo eran espantosas. Hubiérasele tomado por uno de esos desventurados jóvenes que en la flor de su edad se ven consumidos por una lenta calentura, y de quienes el vulgo se aparta en la absurda creencia de que la tisis es enfermedad contagiosa.
El pobre cura, que necesita apoyo y consuelo, se veía obligado a apoyar y consolar a su sobrino. Los que tienen un alma tan generosa y tan buena como aquel santo ministro del Señor, olvidan sus propias necesidades en presencia de las ajenas.
¡Vamos Mateo, ánimo! -decía a su sobrino. La tarde es deliciosa; por todas partes brotan hojas y flores, y un pájaro canta en cada rama. Es menester que te distraigas. ¿Qué va ti que dentro de quince días estás completamente restablecido?
- ¡Ay, tío! -respondió Mateo-. ¡La naturaleza sonríe, pero mi alma llora!
-Hombre, lo pasado, pasado. Lo que necesitas ahora es distraerte, recobrar la salud y tratar de ganar el terreno perdido. A Dios gracias, eres aún joven y... te casarás y viviremos todos en la gloria, ¡Qué! ¿No te sientes con ánimo para llegar a Echederra?
-Dudo, tío, que pueda llegar hasta allá, a pesar de tanto como lo deseo.

Librodot

-Pues tienes que sacar fuerzas de flaqueza, porque la pobre Juana no tiene más que nosotros a quien volver los ojos, y no debemos dejarla entregada por completo a la crueldad y tiranía de su hermano.
-¡Su hermano! ¡Ah, tío! Ya que en la tierra no hay justicia que castigue a tales monstruos, ¿dónde está la justicia de Dios, que no los confunden?
-¡Mateo! Dios es justo y toma siempre en cuenta así el mal como el bien que los hombres hacen. Bautista ha llevado a sus padres a la sepultura a fuerza de disgustos, y no dudes que tarde o temprano encontrará su merecido.
Conversando así tío y sobrino, subieron poco a poco la cuesta que media entre el valle y Echederra.
Al llegar bajo los cerezos, Juana se asomó casualmente a la ventana, y apenas los vio, salió a su encuentro loca de alegría.
La pobre joven llevaba luto... ¡luto en el cuerpo y luto en el alma!
Instó a los recién llegados a que entrasen en la casa; pero ellos prefirieron, sentarse a la puerta en un poyo de piedra, porque estaban harto fatigados para subir la escalera. Además, aquel sitio ofrecía vistas magníficas, pues desde allí se descubría todo el valle y los montes situados al otro lado del Cadagua, donde se alzaba como negro espectro la torre de la Jara.
-¿Y Bautista? -preguntó don José.
-Ha ido a Avellaneda -respondió Juana.
Conviene saber que en la época en que pasaron los sucesos que voy contando, Avellaneda, aldea del concejo de Sopuerta, limítrofe con Güeñes, era la residencia de un teniente corregidor de Vizcaya y cabeza de las
Encartaciones.
-Estamos -dijo el cura- en tiempo de la siembra de la borona, y no habéis layado aún un celemín de tierra. ¿Es posible que tu hermano abandone así la labranza?
-¡Ay, señor don José! No sé a qué atribuir semejante abandono. Dos o tres veces hemos sido Bautista y yo citados a Avellaneda para declarar en la causa que se sigue al carbonero preso a consecuencia del robo hecho en casa de ustedes, y después el teniente, no ha vuelto a acordarse de nosotros. Sin embargo, mi hermano va casi todos los días a Avellaneda.
Hace una porción de tiempo que todo lo que pasa aquí es un misterio impenetrable, y me temo que este misterio tenga relación con la muerte de mis padres. ¡Padres de mi alma!
Juana se echó a llorar sin consuelo.
-Vamos Juanita, ¿a qué vienen esas lágrimas?- dijo el cura-. La resignación es uno de los primeros deberes del cristiano. La vida de tus padres era de Dios, y Dios ha dispuesto de ella. ¿Debemos quejarnos de lo que Dios hace? Explícanos, si puedes, qué especie de misterio, ves en la muerte de tus padres.
-Hacía algunos meses que mi hermano se encerraba en su cuarto con un hombre de mala traza, que venía a casa de noche. Estas visitas no admiraban menos a mis padres que a mí. Una noche que mi padre se había acostado ya, le vi levantarse y acercarse de puntillas a la puerta del cuarto donde mi hermano estaba, como noches atrás, encerrado con el desconocido. Volvió a la cama, y un momento después oí sollozar a mi padre y a mi madre. A la mañana siguiente mis padres se levantaron como si hubiesen pasado una grave enfermedad, y desde aquel día su salud se alteró de tal modo, que mi madre murió al cabo de tres meses y mi padre a los cuatro.
-¡Es cosa muy singular! -exclamaron don José y Mateo.
-Tío -añadió éste último-, tengo una horrible sospecha...
-Mateo, no pensemos mal de nadie. ¡Lo que sospechas sería el colmo de la iniquidad y la ingratitud!
-Juana no comprendió el sentido de estas palabras.

Librodot

-Pero ¿cómo se porta ahora tu hermano contigo? -le preguntó Mateo.
-Nunca veo la sonrisa en sus labios, nunca me dirige una palabra cariñosa, y algunas veces me pega.
-¡Infame.' -exclamaron el cura y su sobrino llenos de indignación.
-Yo le veré y lo diré lo que se merece -añadió el primero.
-No, no, por el amor de Dios; no le digan ustedes nada -exclamó Juana aterrada-, porque sería capaz de matarme, pues ya me las ha jurado si me quejo a ustedes o a cualquiera otra persona del mal trato que me da.
-Bien -dijo el cura-, sufre con resignación algunos días más. Dios acabará de dar la salud a Mateo, y entonces mi sobrino arrancará a la víctima de manos del verdugo.
-Por Dios, no hablemos más de esto, que ya viene mi hermano.
En efecto: Bautista asomaba por un altillo situado a tiro de piedra de la casería.
Todos callaron hasta que llegó Bautista.

- VII -

Al ver a don José y al indiano, Bautista pareció sorprenderse y sobresaltarse un poco, por que temía, sin duda, que le reconviniesen corno merecía su conducta; pero procuró dominar su turbación y saludó con bastante desenfado.
-¿De dónde vienes, Bautista? -le preguntó el cura.
-Vengo -respondió el joven, turbándose nuevamente- de los Somos, adonde he ido a ver si Miguel el cestero me ha concluido un par de cestas que le encargué hace días.
-Mucho tiempo has empleado de aquí a casa de Miguel para haber apenas un cuarto de legua.
-Es que... Miguel se ha empeñado en que me quedara a comer con él.
El cura y su sobrino excesivamente crédulos, como suelen serlo las personas honradas, creyeron que Juana se había equivocado y no dudaron ya que Bautista venía de los Somos y no de Avellaneda.
-Pero ¿es posible, Bautista -continuó el señor cura-, que descuides la hacienda hasta el extremo de no haber vuelto un terrón, cuando ya todos los vecinos van concluyendo la siembra? ¿Qué es lo que piensas, Bautista?
-Pienso no sembrar.
-¡Será posible! -exclamaron el cura y su sobrino-. Abandonar así...
-Voy a vender la casa y la hacienda para irme con mi hermana a vivir a Bilbao. Con lo que nos valgan esos miserables terrones pondremos una tienda; porque aquí, por más que uno se reviente, no gana para comer borona y nabos.
-¡Vender la casa y la hacienda! -exclamó el cura tan indignado como
Juana y Mateo al saber semejante proyecto- Es imposible, Bautista, es imposible que reniegues de tu familia hasta el extremo de vender la casa en que nacieron, vivieron y murieron tus padres; en que naciste tú.
Bautista, o te chanceas, y te has vuelto loco.
-Ni me he vuelto loco, ni me chanceo -replicó Bautista con torro insolente- Extraño mucho que se metan ustedes en camisa de once varas. Soy el hermano mayor, mi padre murió sin testar y puedo hacer de la casa y la hacienda lo que me dé la gana.
-La casa y la hacienda pertenecen también a tus hermanos.
-En dándoles los quinientos ducados de dote que tocan a cada uno, estamos en paz. Mañana mismo, que es domingo, voy a poner en el pórtico de la iglesia el anuncio de venta.
-¡Qué picardía! ¡Qué infamia! -exclamaron el cura y Mateo, en tanto que Juana se deshacía en lágrimas, sin atreverse a despegar los labios.

Librodot

-Lo dicho; haré lo que se me antojo -repitió Bautista cada vez con más insolencia-. Métanse ustedes en sus negocios y no en los del vecino, que cuidados ajenos matan al asno.
El cura se disponía a responder, pero Bautista lo volvió la espalda, y se entró en la casa cantando:
En mi casa hay un libro, dice la letra:
En cuidados ajenos nadie se meta.

-Juana -dijo el cura-, deja a ese monstruo; vente con nosotros, y no lo vuelvas a mirar a la cara.
-¡Ay! No me atrevo -contestó Juana-, no me atrevo, porque sería capaz de matarme.
-¡Juana! ¡Juana! -gritó Bautista desde el interior de la casa-. ¡Nada se te ha perdido ahí!
-No le hagas caso, vente con nosotros -dijeron el cura y Mateo a la pobre muchacha, procurando detenerla.
-No, no, porque nos mataría a los tres antes que nos alejásemos cien pasos, si viese que yo me iba con ustedes. Adiós, adiós; tengo que obedecerle, porque si no, ¡pobre de mí!
Y se apresuró a subir la escalera.
El señor cura y el indiano tomaron el camino de Güeñes en silencio y con los ojos arrasados en lágrimas.
A mediados de la cuesta, en un torco, donde el camino de Echederra formaba encrucijada con el de los Somos, se detuvieron a descansar.
Las campanas de Santa María tocaban a la oración, y el anciano y el joven se descubrieron la cabeza y rezaron las tres Avemarías.
-No dude usted, señor tío -dijo Mateo cuando acabaron de rezar-, que
Bautista venderá la casa paterna. Es necesario que la casería de Echederra continúe perteneciendo a la familia que la ha poseído siempre. Yo emplearé en ella el escaso capital que me dejaron los ladrones, y cuando vuelva
Ignacio, si Dios quiere que vuelva, podré decirle, venga pobre o venga rico: «Ahí tienes el hogar de tus padres, que tu hermano quiso arrebatarte por medio de una sacrílega venta». Si el Señor permite que Juana y yo nos unamos, viviremos en Echederra hasta que Ignacio vuelva, y el sudor de nuestras frentes fertilizará esas tierras, que hoy están abandonadas e incultas.
-¡Bien, Mateo, bien! -exclamó el cura, enternecido y echando los brazos al cuello de su sobrino-. ¡Tienes el alma más noble de este mundo!
-¿No es Miguel el cestero aquel que viene por allá abajo? -dijo Mateo señalando al pie de la colina.
-¡Justamente! -respondió don José-. Y no tiene trazas de venir de los
Somos, donde debía estar, a juzgar por lo que nos ha dicho Bautista.
Miguel, que venía a caballo en una mula, llegó poco después al torco.
-Buenas tardes, o mejor dicho, buenas noches, señor don José y la compañía -dijo Miguel deteniendo la mula.
-¡Hola, Miguel! ¿De dónde se viene por ahí?
-Vengo de Bilbao de vender un poco de obra.
-¿Y qué tal ha ido?
-No hemos hecho negocio, señor don José, porque he tenido que estar por allá dos días, y al cabo he vendido los cestos por un pedazo de pan.
¿Y qué había de hacer? Los tiempos están muy malos, y con la caballería se gasta uno un sentido en Bilbao. Luego me ha dado Dios un genio tan pícaro, que soy hombre perdido si estoy un par de días sin ver a la mujer y los chicos. ¡Qué quiere usted, señor don José! Como dijo el otro, genio y figura hasta la sepultura. Ello sí, la mujer y los hijos lo dan a uno guerra; pero... ¡qué caramba! tienen un ganchillo que le arrastra a uno hacia casa, aunque uno no

Librodot

quiera. ¿Y ustedes vienen de dar un paseito, no es verdad? ¡Muy bien hecho! Así irá tomando fuerzas el señor don Mateo.
-Sí, nos hemos llegado como quien no quiere hasta Echederra.
-¡Hola! ¡Hola! Ha sido una caminata más que regular. ¿Y qué me dicen ustedes de aquella gente? ¿Han sabido algo de Ignacio? Hace ya un siglo que no veo a Bautista ni a Juana.
-No, no han sabido nada.
-Si Ignacio estuviera en Echederra, un poco mejor andaría allí la cosa. El tal Bautista es el más holgazán que ha nacido de madre. Y si no, que se lo pregunten a su hacienda. ¡Ah! ¡Si Martín y Mari, que Dios haya, levantaran la cabeza y vieran cómo está su casa, se volvían a morir de pesadumbre!
-¿No sabes que Baustista piensa vender la casa y la hacienda?
-¡En el nombre del Padre y del Hijo!... ¡Qué me dice usted, señor don
José! -exclamó Miguel santiguándose.
-Lo que oyes.
-¡Bah! ¡No se puede creer semejante locura! ¿Es posible que haya quien tenga valor para vender, como quien dice, el escaño en que se sentaron sus abuelos, sus bisabuelos, todos sus antepasados? Por todo el oro del mundo no vendería yo mi casa ni mi hacienda. ¿Puede haber más gloria que poder uno decir todos los días: «Este árbol le plantó mi padre, este otro le plantó mi abuelo, aquí jugábamos mis hermanos y yo cuando éramos chicos, aquí se sentaba mi madre, aquí...», en fin, mil cosas que uno no puede explicar? ¡Qué pícaro de Bautista! Si Ignacio, que es tan buen muchacho, supiera lo que pasa, se plantaba en Echederra de un brinco y no permitiría semejante barbaridad.
¡Ya le ajustaría él las cuentas a ese bala de Bautista!...
-Pues para evitar que el pobre Ignacio se encuentre sin la casa donde nació, trata éste de comprarla.
-¡Bien hecho! Ya, ya lo entiendo, señor don José -dijo Miguel con una sonrisa de satisfacción-. ¿Conque, según eso, el señor don Mateo se casa al cabo con Juana? Le doy la enhorabuena como soy Miguel. La chica vale más oro que pesa. Como que ha salido pintada a la pobre Mari... ¡Y qué vida le da el hereje de su hermano! ¡Válgame Dios, señor don José, qué cosas se ven en este pícaro mundo!
-Pero como Mateo, a pesar del robo, pasa por rico, Bautista querrá hacerle pagar el antojo...
-Tiene usted razón, señor don José. ¡Y que no es avaro el tal
Bautista!
-Pues bien: para evitarlo, nos vas hacer tú un favor.
-Con el alma y la vida, señor don José. Díganme ustedes como puedo servirles.
-Comprando como que es para ti, la casería de Echederra.
No diga usted más. Serán ustedes servidos. Mañana, si Dios quiere, de paso que bajo a misa, arreglaremos muestre plan.
-Gracias, Miguel.
-¡Qué gracias ni qué!... Las gracias son para las amos... Perdone usted, señor don José, que iba a decir una barbaridad. Conque EA, buenas noches. ¿Quieren ustedes algo para los Somos?
-Memorias a tu mujer.
-Las agradecerá mucho. Dénselas ustedes de mi parte a doña Antonia.
-Y le añadiremos que mañana te prepare unas magras y un jarro de chacolí.
-¡Jeje! ¡Jeje! No vendrán mal, señor don José. EA, que siga el alivio del señor don Mateo, y hasta mañana, si Dios quiere.
-Hasta mañana, Miguel.
El cestero siguió su camino, y el cura y Mateo volvieron a emprender el suyo a la luz de la luna, que brillaba como el sol a medio día.

Librodot

- VIII -

En una de las calles peores de Bilbao la Vieja había una tiendecilla adonde entraban gentes de aspecto miserable.
Estas gentes iban a dar o tomar dinero, pero rara vez a comprar.
Detrás del mostrador se veía constantemente a Bautista, contando y recontando dinero, atando y desatando líos de ropa usada, doblando y desdoblando recibos, cuya procedencia y valor conocía aunque no sabía leer. De cuando en cuando llamaba desde la puerta de la trastienda a Juana, que aparecía inmediatamente detrás del mostrador, y por orden de su hermano hacía apuntaciones en un libro o ajustaba con la pluma una cuenta que Bautista ya había ajustado con los dedos. Inspiraban profunda compasión la demacración y el miserable traje de la pobre Juana. Para ella no había descanso, ni caricias, ni nada que enjugase las lágrimas que derramaba con frecuencia acordándose de sus padres, de su hermano Ignacio, de quien nada absolutamente sabía, y de Mateo, que aún, no se había restablecido por completo. La recompensa de su trabajo era la desnudez, el hambre, los insultos y los golpes. Pero sus labios jamás proferían una queja. Bautista, prevaliéndose de su fuerza y de la debilidad de la pobre joven, había adquirido tal dominio sobre ésta, que la infeliz temblaba al oír su voz. Una mirada de aquel hombre le imponía silencio y le hacía bajar la cabeza con una mansedumbre y una resignación que hubiera desarmado a un tigre.
Una noche entró en la tienda de Bautista un hombre de manos y cara tiznadas.
Bautista palideció al verlo y se apresuró a cerrar la tienda, a pesar de que aún no era la hora ordinaria de cerrarla. Luego entornó la puerta de la trastienda, después de cerciorarse de que su hermana estaba en las habitaciones interiores, y fue a sentarse al lado del recién venido, que se había sentado casi sin saludar.
-¿Qué hay de nuevo, Chomín? -preguntó al forastero.
-Poca cosa -contestó éste-: que el pájaro se cansa de la jaula, y dice que si vosotros no le sacáis de ella como le ofrecisteis, va a cantar para entretenerse y para algo más. Mientras yo le he hecho compañía ha tenido paciencia; pero desde que recobró la libertad, gracias a que pude probar, con la declaración de Jacinta la panadera y otros testigos que pasé la noche de la fiesta cantando al lado de mi oya, el pobre se muere de fastidio, y dice que va a cantar, para que, atraídos por su canto, vayáis a hacerle compañía.
Bautista dio una patada en el suelo, profiriendo una obscenidad, y dijo:
-¿Y por qué se me han de echar a mí todas las cargas, cuando la misma obligación tenemos todos de sufrirlas?
-Poquito a poco, amigo, que yo he pagado ya mi escote. Para veinte miserables onzas que me disteis, he estado veinte semanas en la casa de poco trigo; en tanto que vosotros, que, sin contar con las alhajas, os calzasteis con más de doscientas onzas cada uno, no habéis dormido siquiera una siesta en los calabozos de Avellaneda. Los otros han puesto pies en polvorosa, y, por consiguiente, tú eres el único que corres riesgo
de... tú ya me entiendes, si a fuerza de argumentos amarillos no convences a los señores de justicia de que deben abrir la jaula al pájaro.
-Te juro, Chomín, que no tengo un cuarto.
-¡A otro can con ese hueso! ¡Si ganas el oro y el moro prestando dinero al ciento por ciento! Ándate con cuidado, Bautista, que en Güeñes ha comenzado a correr cierto rum rum que no debe agradar mucho a tu oído.
-¿Y qué me importan a mí las habladurías de los de Güeñes?
-¿Tú no sabes lo de Rumbana?
-No, ni me importa saberlo.

Librodot

-¿Es posible, hombre, cuando no hay en las Encartaciones un niño de teta que no sepa lo que le pasó a Rumbana! Te lo voy a contar, ya que no lo sabes.
-Chomín, déjate de cuentos que nada tienen que ver conmigo.
-¡Que no tienen que ver contigo! Oye, Oye, compañero, y verás si tiene que ver o no contigo lo que le pasó a Rumbana. Rumbana era un vecino de Zalla, que durante mucho tiempo se dio una vida de príncipe, con el producto en venta de la casa y la hacienda de sus padres. Al fin y al cabo, las amarillas se acabaron, y al pobre Rumbana se lo llevaban quinientos mil demonios viendo que se le habían acabado la buena vida.
Cavila que cavila para recobrarla, una noche se plantó en Güeñes, metió mano al tesoro de un indiano, y se volvió a Zalla más contento que unas
Pascuas con la nueva provisión de peluconas. Por más vueltas que dio la justicia, no pudo descubrir al autor de aquella hazaña; pero hete que cuando ya nadie hablaba de ella, pobre y rico, joven y viejo, chico y grande, y gordos y flacos, empiezan a cantar:
Rumba, Rumbana, los doblones de Güeñes rumban en Zalla.

El teniente de Avellaneda oye la canta, echa los cinco mandamientos al pobre Rumbana, y lo hace bailar el bien parado en la horca. Conque, compañero, aplica el cuento, y mira si tiene o no tiene que ver contigo; mira si el rum rum que corre en Güeñes puede o no llegar a oído del teniente. Compañero, tú has dicho: «Aunque tengo dinero, no puedo gastarlo en Güeñes, ni aun en Bilbao, sin que alguno diga: « ¿De dónde salen esas misas?» y alguno conteste: «De casa del cura». Metámonos a comerciantes, después de vender la casa y la hacienda, para que se sepa de dónde ha venido el capital, y, establezcámonos un poco lejos para que los que me conocen a fondo no metan el cuezo en mis operaciones». ¿No es verdad, compañero, que esto ni más ni menos, es lo que tú has dicho?
-Pero ¿a qué viene todo eso, Chomín?
-Viene a decir que obraste con mucho talento, y que para obrar también con talento, esta noche me debes dar una docenita de onzas, a ver si untando la mano con ellas a los pajareros de Avellaneda, abren la jaula del pájaro preso.
-Es imposible, Chomín; te digo que es imposible, porque no las tengo.
Y aunque las tuviera, ¿te parece a ti que no he dado ya bastante?
-Compañero, haz lo que te dé la gana. Voy a dar tu contestación al pájaro enjaulado. Verás cómo canta...
-¡Ah! -exclamó Bautista en el colmo de la desesperación-. ¡Mal rayo de Dios me mate si esto es vivir! ¡Esto es sufrir mil muertes, esto es el infierno en la tierra! ¡Ni duermo ni descanso! ¡Siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre el infierno en el alma! ¡Soy el hombre más desgraciado de este mundo!
Chomín se puso a cantar por lo bajo con una sonrisa irónica:
Tú lo quisiste,
fraile mostén;
tú lo quisiste,
tú te lo ten.

-Conque, compañero -añadió-, dame esas doce oncitas, que si no, canta el pájaro.
Bautista rechinó los dientes, meneó la cabeza, profirió una horrible blasfemia, tiró de un cajón, y sacando seis onzas de oro las arrojó sobre el mostrador.
-Compañero -dijo Chomín, siempre con el mismo tono burlón-, vengan las otras seis.
-No tengo más.
-El pájaro necesita doce.
Bautista echó una onza más.

Librodot

-Vamos, suelta las otras cinco, compañero.
Bautista echó otra onza y otra blasfemia.
-Compañero, ya faltan pocas.
-No tengo más.
-Compañero, que va a cantar el pájaro...
Bautista arrojó sobre el mostrador otra onza.
-Daca las tres que faltan.
-¡Tres centellas que te tumben, y a mí el primero!...
-Compañerito, ¡que el pájaro está rabiando por cantar!...
Bautista soltó otra onza y otro juramento.
-¡Ánimo, compañero que ya falta poco!
-¿No doy más, aunque me desuellen vivo!
-Que el pájaro va a cantar, compañero; que te huele el pescuezo a...
Bautista soltó otra onza.
-Un esfuercito más, compañero; ¡ánimo!
-¡No doy más, aunque me hagan tajadas!
-¡Que canta el pájaro!...
-Que cante lo que le dé la gana.
-¡Miserable! ¿Por una onza vas a consentir que te pongan el corbatín?... ¿Sabes, compañero, que estarás guapo haciendo volatines con un palmo de lengua fuera?...
Bautista, ciego de furor, arrojó otra onza, diciendo:
-Toma, y gástala en cuerda para ahorcarme.
-Esos son gastos del verdugo -replicó Chomín con mucha calma, recogiendo la onza-. EA, ábreme la puerta, que voy a Avellaneda a ver si puedo introducir estos cañamones por entre los alambres de la jaula. En seguida me vuelvo a los rebollares de la Arbosa, a ver si haldea una oya que tengo allí encendida: porque como fuisteis tan tacaños para conmigo al hacer las particiones, he tenido que volver a agarrarme al hacha.
Bautista, aparentando tomar la llave de la puerta, tomó un cuchillo que estaba medio escondido en un extremo del mostrador, y empuñándole con disimulo, dio un paso hacia Chomín.
-Compañero -le dijo éste sin abandonar su burlona sonrisa y amartillando una pistola que sacó del bolsillo interior de la chaqueta-, si no encuentras la llave de la puerta; aquí tengo yo una que abre puertas y ventanas... en la cabeza o en el pecho, mejor que ese cuchillo.
Bautista dejó caer el cuchillo al suelo, balbuceando una cobarde disculpa y apresurándose a abrir la puerta, por la que desapareció Chomín.
Entreabrió en seguida el cajón, y al contemplar el vacío que habían dejado las doce onzas de oro, empezó a blasfemar y a tirarse de los pelos y a llorar como un niño.
Algunos días después el mismo Bautista se hallaba en la tienda, cuando el cartero le entregó una carta franca de porte, y cuya primera dirección, «Güeñes», había sido borrada y sustituida con la de «Bilbao».
Bautista llamó a Juana, a quien mandó que leyese la carta, lo que la joven se apresuró a hacer llorando de alegría.
La carta era de Ignacio.
Ignacio, que ya sabía la muerte de sus padres, escribía a sus hermanos, anunciándoles su próxima vuelta. Decíales al mismo tiempo que poseía, no la herencia que había ido a buscar, y que había reclamado inútilmente, sino una gran fortuna, de que podía disponer a su antojo, porque le pertenecía exclusivamente. Dios había compensado sus penas, concediéndole en pocos años más riquezas que adquieren en toda su vida la mayor parte de los españoles que pasan al Nuevo Mundo; un vizcaíno establecido en Méjico le había ayudado eficazmente en

Librodot

sus gestiones para arrancar la herencia a los testamentarios de su difunto tío, y habiendo muerto aquel mismo protector sin heredero legítimo, le había legado su capital, con objeto de indemnizarlo de la pérdida de sus esperanzas, que entonces era ya completa.
«Soy rico -decía Ignacio-, y mis hermanos participarán de mis riquezas si, como espero, continúan siendo dignos de mi cariño.»
La desesperación de Bautista no tuvo límites.
Si su hermano trajese la herencia que había ido a buscar, Bautista hubiera podido reclamar la tercera parte que lo correspondía; pero teniendo otra procedencia las riquezas de Ignacio no tenía derecho a reclamar parte alguna. Además, Bautista veía una amenaza en la carta de su hermano.
Reconociendo que se había portado indignamente con sus padres y su hermana, y no pudiendo ya adular a los primeros para que justificase su conducta, aduló a Juana por todos los medios.
Desde aquel día la situación de la pobre muchacha varió completamente. Bautista proporcionó a su hermana criados que la sirviesen; puso a su disposición ricos trajes, la rodeó de comodidades y cariño; nada, en fin, escaseó para tenerla contenta.
Juana, que no sospechaba las miras interesadas de su hermano, creía que el dedo de Dios había tocado el corazón de su verdugo; se juzgaba dichosa viendo el cambio de Bautista y el amor fraternal, que se había transformado insensiblemente en odio, iba recobrando poco a poco su antiguo carácter en el corazón de Juana.
Juana comenzaba a amar a Bautista tan tiernamente como amaba a
Ignacio.

- IX -

Castro-Urdiales es un puerto de mar situado a cinco leguas de Güeñes y a siete de Bilbao. Hay allí mercado los jueves y los domingos y a él acuden las panaderas de Güeñes, Zalla, Sopuerta y otros concejos de las
Encartaciones.
Un domingo, a cosa de las diez de la mañana, se dirigió a la plaza de Castro-Urdiales un joven que, procedente de Santander, acababa de desembarcar en el muelle denominado el Sable.
Detúvose cerca de los puestos de pan, y acercándose a una panadera, la dijo con tono familiar y alegre:
-¿Qué tal va la venta, rábula de Güeñes?
La panadera le miró sorprendida, y sin que pareciera picarse por el calificativo de rábula con que en Vizcaya se tienta la paciencia a los de
Güeñes, del mismo modo que con el de brujos a los de Zalla, y el de hechiceros o legadores a los de Galdames.
-O tengo cataratas -dijo---, o usted es... Pero ¡EA! ¡Aquél no era tan buen mozo!...
-¡Calla! ¿Conque no me conoce ya la buena de Jacinta?
-¡Virgen Santísima! -exclamó la panadera, abriendo sus brazos al joven- ¡Ignacio!
Y la aldeana y el joven se abrazaron con efusión.
Jacinta -preguntaron las otras panaderas-. ¿Es pariente de usted ese caballero?
-No lo es, no; pero le quiero como si fuera hijo mío -contestó
Jacinta llorando de alegría y reventando de orgullo-. Yo fui la primera que le dio de mamar. ¡Qué hermoso estás, hijo! ¡Cómo has crecido! ¡Ah! ¡Si tu madre levantara la cabeza! ¡Cómo te quería la pobre Mari, que esté en gloria! Muchas veces decía yo: «Pero mujer, ¡ese hijo te va a volver a ti chocha!» Y el señor cura me decía; «Déjela, Jacinta, que Ignacio es su

Benjamín». ¡Qué dolor, qué dolor, hijo, haber dejado la familia tan unida y tan buena y encontrar ahora a unos muertos, y a los otros, Dios sabe dónde!
-¡Qué me dice usted, Jacinta! ¿No están mis hermanos en Echederra?
-¡Qué! ¿No sabes que aquel hereje de Bautista vendió la casa y la hacienda a Miguel el cestero y se fue a Bilbao con tu hermana?
-¡Dios mío! -exclamó Ignacio aterrado- ¿Conque mi hermano ha vendido la casa?
-Lo que oyes, hijo. ¡Si aquél no tiene entrañas! ¡Si no tiene ley a la camisa que lleva puesta! Como que mató a disgustos a su padre y a su madre.
Ignacio, cuyos ojos se arrasaban en lágrimas, quiso mudar de conversación.
-¿Y cómo están el señor cura y los de su casa?
-Así, así, hijo. El señor cura ha envejecido mucho; el indiano se hirió con la escopeta vendo de caza, y aún no está del todo bueno. Por eso no se ha casado todavía con tu hermana; porque, lo que él dice: «¿Para qué me he de casar con esa pobre muchacha, exponiéndola a quedar viuda y pobre en lo mejor de su edad?» La que va tirando mejor es doña Antonia; y eso que la pobre ha pasado la pena negra con tantas desgracias; porque tiene mucha ley a la casa; es lo que se llama una buena señora. Teniéndolo ella, no lo pasará mal ninguna vecina. ¡Y si supieras cuánto te quiere, hijo!
Siempre está con Ignacio a vueltas. Pero ¿cómo te ha ido en las Indias, hijo?
-En las Indias muy bien; pero muy mal en el mar. El barco que traía todo mi caudal se ha perdido, y con él toda mi fortuna; de modo que vuelvo tan pobre como me fui.
-¡Ay, qué dolor, hijo! Pero ¡qué caramba! Has salvado el pellejo, y eso es lo principal. Anda, no te apures por eso, que, como dijo el otro, nunca falta un pedazo de pan habiendo salud. Conque nos iremos juntos a
Güeñes, ¿no es verdad? He traído dos caballerías, y nos iremos tan campantes cada uno en la nuestra...
-Gracias, Jacinta; pero me voy a embarcar para Bilbao, ya que mis hermanos están allí. Quiero verlos antes de ir a Güeñes.
-Haces bien -dijo-, haces bien; porque, como dijo el otro, aquél a quien no le tiran los suyos no le puede ayudar Dios. Es verdad que
Bautista es un descastado; pero, al fin, es tu hermano, y la sangre siempre tira. ¡Válgame Dios, hijo! ¡Que ha de haber siempre un Judas en las casas!... Figúrate tú si Juana se alegrará de verte. ¡Qué poco se parece aquélla a tu hermano! Es el vivo retrato de tu madre, que esté en gloria. Siempre trabajando en el arreglo de su casita... ¡Y qué manos tiene para todo!
Jacinta tuvo que interrumpir su sempiterna charla para despachar pan a un marinero que, se acercó a su banasta.
-Conque, hijo, ¿mandas algo para Güeñes?
-Memorias a su familia de usted y a todos, que no tardaremos en vernos por allá.
A la mañana siguiente, muy temprano, Ignacio se embarcó de nuevo en un quechemarín que salía para Bilbao, donde desembarcó algunas horas después.
Juana y Bautista estaban en la tienda cuando Ignacio apareció a la puerta de la misma.
Los tres exhalaron un grito de alegría y se confundieron en un solo abrazo.
Es imposible pintar los extremos que Bautista hizo para demostrar a
Ignacio su alegría y su cariño, y es imposible aún dar una idea de la dicha que inundaba el corazón de Juana y el de Ignacio.
Pasadas las primeras efusiones del cariño fraternal, Ignacio refirió a sus hermanos las vicisitudes de su viaje, y concluyó por decirles lo que había dicho a Jacinta: que se veía reducido la miseria, que sus riquezas habían sido tragadas por el mar con el buque que las conducía. Bautista y Juana apoyaban su brazo en el cuello del indiano mientras éste hablaba; pero al oír el primero que su hermano volvía tan pobre como fue, se apartó de él, como si

Librodot

Ignacio hubiese dicho que venía contagiado de la peste. Juana, por el contrario, le estrechó contra su corazón; pero una mirada de Bautista, una de aquellas miradas que hacía mucho tiempo dominaban su voluntad y llenaban su corazón de miedo, puso término a sus tiernas efusiones.

-Ignacio -dijo Bautista-, bastantes sacrificios he hecho por nuestra familia desde que te fuiste, y no me creo obligado a hacer más. Si eres pobre, yo también lo soy. Trabaja para ganar el pan, que lo más que yo puedo hacer es trabajar para ganar el mío y el de Juana.

-¡Es decir, que me cierras la puerta de tu casa! -exclamó Ignacio con el corazón lleno de amargura-. Pues bien, Bautista, si me arrojas de tu hogar, yo buscaré otro; yo rescataré el de nuestros padres, sacrílegamente vendido por ti, y viviré en él con mis recuerdos y mi miseria... o mi riqueza.

Y al decir estas palabras, se alejó, dejando a Juana anegada en llanto.

-¡El último desengaño! -exclamó al salir-. ¡También ella abandona a su hermano!

Al salir de Bilbao tomó el camino de Güeñes.

Al llegar a Altamira se detuvo para tomar aliento y contemplar el hermoso paisaje que se ofrecía a su vista.

Allá, en el valle del Ibaizábal, se destacaban las torres de Bilbao, y la insigne basílica de Santiago alzaba a Dios, con la sonora voz de sus campanas, un canto de regocijo.

A Ignacio le pareció que aquellas campanas doblaban por las esperanzas de felicidad y amor que acababan de morir en su pecho.

Así que descansó un poco, Ignacio continuó su camino, abatido, triste, desconsolado, con la desesperación en el alma.

Pasó el puente de Castrejana, construido, como otros muchos, por el diablo, según la creencia popular, y al cabo llegó a Sodupe, es decir, entró en el valle nativo.

-¡Ah, Dios mío, qué dulce debe ser, después de una larga ausencia, contemplar el valle en que uno nació!

Ignacio trepó a la cúspide de una colina que se alzaba cerca del camino, y desde allí descubrió la casería de Echederra, la casa en que había nacido, semejante a una blanca paloma posada en una mata de rosales.

En aquella casa no le esperaba ya una madre desconsolada con su ausencia. Al llegar al campo de los cerezos, ningún grito de alegría le saludaría en aquellas ventanas, ni una madre, ni un padre, ni una hermana, ni un hermano, saldrían por aquella puerta a recibirle con los brazos abiertos; que el hogar de sus mayores estaba ocupado por extraños, y ni aun le sería permitido penetrar en él una vez para refrescar su corazón con los recuerdos de la infancia.

-¡Dios mío! -exclamó el joven-. ¡Por qué no me han dado sepultura las ondas del Océano!

Apartó del valle natal sus ojos anegados en lágrimas, y dirigiéndolos al lado opuesto, lanzó un grito de alegría, se precipitó al camino, y recibió en sus brazos a una pobre joven que se dirigía a él con ansia de ceñirle con los suyos.

Aquella joven era Juana. ¡Era la hermana de su alma!

-¡Ignacio! ¡Ignacio! -exclamó la pobre muchacha.- Quiero participar de tu pobreza, quiero vivir a tu lado, cualquiera que sea tu suerte. Fui débil; pero apenas te alejaste, me avergonzó de mi debilidad y mi cobardía; pensé en tu soledad y tu aflicción, y tuve valor para huir de nuestro hermano. ¡Ay, Ignacio! ¡Con cuánta razón decía nuestro padre que

Bautista tenía mal corazón! ¡Bautista es rico, y te abandona porque eres pobre!

-¡No, hermana mía! -exclamó Ignacio, loco de placer, loco de felicidad, loco de amor-. No, soy pobre conservando tu cariño. Tu cariño era lo único que me faltaba, porque soy rico, tengo una fortuna inmensa, que he querido ocultaros para saber si el amor de mis hermanos era de interesado. ¡La felicidad nos espera allí!

Librodot

E Ignacio indicó con la mano la casa natal, y ambos hermanos continuaron su camino asidos amorosamente del brazo, en tanto que las campanas de Santa María de Gueñes tocaban a la oración.

- X -

Quince días después de la vuelta de Ignacio a Güeñes se agolpaba un gentío numeroso al valle, y el tamboril sonaba al compás de las campanas en el campo que rodea la iglesia de Santa María. Celebrábase la romería de la Santa Patrona, y acudían a ella los habitantes de las aldeas comarcanas.
Jacinta la panadera salía de la iglesia con su mantilla de franela y su vestido de estameña de Toledo, alegre como una Pascua, y aseada como generalmente lo son las aldeanas del nobilísimo y leal Señorío.
Como encontrasen al paso a una de sus vecinas, se puso a charlar con ella, porque ya sabemos que, a Dios gracias, Jacinta no era muda.
-¿Vas a la iglesia, Agustina?
-Sí, voy a ver a los novios.
-¡Ay, hija! ¡Ella está como un serafín, y él como un ángel del cielo!
-¿Y quiénes son los padrinos?
-Mujer, ¿quiénes quieres que sean? Doña Antonia e Ignacio, o más bien don Ignacio, porque siendo el más rico de Güeñes, es menester darle el don, aunque él ni siquiera el usted admite. ¡Qué grandísimo pícaro! ¡Cómo me engañó en Castro!
-Hija, que Dios los haga muy felices, porque se lo merecen, mejorando lo presente.
-¡Mira tú si los hará! Hasta el señor cura se ha remozado, y en quince días ha recobrado aquellos colores de rosa que le han hecho siempre tan hermosote.
-Tú que eres medio de la casa, podrás contarme algo de la boda.
-¡Vaya si puedo! Como que estoy convidada a ella. ¡Para que Ignacio olvidara en tan gran día a la primera que le dio de mamar! Pues, hija, lo primero que hizo al llegar a Güeñes fue ir a casa del señor cura y decir:
«Yo soy rico; pero necesito un padre, una madre y un hermano. Que se case mi hermana con Mateo, y usted, señor don José, será mi padre; usted, doña
Antonia, mi madre, y tú, Mateo, mi hermano. Las riquezas de los hijos pertenecen también al padre y a la madre, y la de los hermanos a los hermanos. Conque ya lo saben ustedes; mis riquezas pertenecerán a mis padres y mis hermanos. En primavera y en verano viviremos en Echederra, y en invierno aquí». Hija, apenas dijo esto Ignacio se abrazaron todos, llorando como chiquillos, Pero ¡calla! Ya salen los novios de la iglesia.
Corramos allá, que da gloria de Dios el verlos.
Jacinta y Agustina echaron a correr hacia la puerta de la iglesia. En efecto: Juana y Mateo acababan de ser unidos para siempre por don José.
Los novios, los padrinos y el señor cura se dirigieron hacia la morada de este último, seguidos de un gentío inmenso, que los bendecía con lágrimas en los ojos, y del tamborilero, que los festejaba con la marcha del santo hidalgo de Loyola.
También Jacinta y Agustina los siguieron sin cesar de charlar.
-¡Qué dolor, hija -decía la primera-, que Dios no dé hoy una horita de vida a Martín y a Mari, que en paz descansen!
-Tienes razón, mujer. Hoy es día feliz para todo Güeñes.
-Como que son una bendición de Dios las limosnas que Ignacio ha repartido a los pobres. Y se ha dejado decir que mientras tenga una peseta, nadie se quedará sin comer en Güeñes.

Librodot

Conque ya ves tú si es para todos una dicha el que haya venido rico. Y además, hija, ¡la gente que ocupa en Echederra!...
-¡Qué! ¿Está haciendo allí obras?
-Todo lo que se diga es poco, mujer. Está haciendo jardines, fuentes, palomares, un palacio...
-¡Un palacio!...
-Sí, hija; un palacio más grande que la iglesia. Figúrate que la casa vieja queda dentro de él enterita, porque Ignacio no quiero que se la toque... Pero ¡calla! ¿Por qué corre la gente hacía la calzada? Vamos a ver qué es.
Y las dos vecinas echaron a correr.
Lo que llamaba la atención de los concurrentes a la romería era un joven que, fuertemente atado codo con codo, conducían cuatro migueletes, sin duda a la cárcel de Avellaneda.
-¡Qué es lo que veo, hija -exclamó Jacinta admirada-. ¡Es Bautista!
-¡Justo, él es!
-¡Ay hijo! ¡Qué razón tenía la pobre Mari, que esté en gloria, cuando decía que Bautista había de acabar en presidio!
Bautista quiso detenerse para hablar a Miguel el cestero, que estaba asomado al balcón de casa del señor cura; pero los migueletes lo dieron un culatazo en la espalda y siguieron con él Cadagua arriba.
¡El pájaro había cantado!

Glosario

ACEÑA.- Molino por el sistema antiguo. Tenía sólo una gran rueda o volante de madera que giraba en lo exterior, y cuyo eje estaba colocado horizontalmente, Hace veinte años sólo existía ya en las Encartaciones dos aceñas, que estaban en el riachuelo de Cotorrio, que tienen su origen en los montes de Triano y desemboca en la ría de Pobeña. Hasta a la orilla de los riachuelos de menos caudal se ven vestigios de aceñas, porque éstas sólo necesitaban para moler un salto de agua pequeño. Tenía sólo una piedra, en que se molía indistintamente el trigo y maíz que en los molinos modernos se muelen separadamente. En lo antiguo era grandísimo el número de aceñas en las Encartaciones, a juzgar por las muchas ruinas que se ven aún, por los muchos molinos que hoy existen y que se sabe que fueron antiguamente aceñas, y por las que cita Lope García de Salazar en su Libro de las andanzas e fortunas, escrito en 1471. Sólo en la jurisdicción de So puerta recuerdo haber visto ruinas de cerca de veinte aceñas. Este nombre, por más que se le atribuya origen árabe, procede de la voz vascongada aceña, que significa rueda de molino.
ALEN (la).- Sierra muy alta que tiene a su pie por Oriente el concejo de So-puerta, por Poniente el valle de Trucios, y por el Sur el valle de Arsenales, todos tres pertenecientes a las Encartaciones de Vizcaya.
ALLEGAR.- Amontonar, particularmente la hoja que cae de los árboles, para abonar con ella las tierras.
ANDANA.- Voz con que se designan los parrales que suelen criar las huertas o las piezas.
AÑA.- Nodriza. La voz ama con que generalmente se designa en España a las nodrizas, es vascongada, y quiere decir madre.
APRENDER (un nido o setal).- Equivale a encontrar o acertar donde hay.
APURRIR.- Alargar o dar una cosa.
ARGOMAS.- Aulagas.

Librodot

AVELLANEDA.- Aldea del concejo de Sopuerta, que hasta principios del presente siglo fue cabeza de las Encartaciones y residencia de un Teniente del Corregidor de Vizcaya. Delante del Consistorio existía un roble, bajo el cual celebraban sus juntas los encartados, a semejanza de las que celebran aún los vizcaínos bajo el árbol de Guernica, y celebraban los alaveses en Arriaga. Este venerable árbol fue cortado y quemado por los franceses; pero existe otro que se tiene por renuevo de aquél. En una colinita distante poco más de un tiro de piedra del Consistorio existen aún las ruinas de una torre, que en mi niñez conservaba todavía sus muros exteriores. Aquella torre, que también servía de atalaya, y a cuyo pie se derramó no poca sangre durante las sagrientas luchas de los bandos oñacino y gamboino, sirvió en lo antiguo de cárcel, y cuenta la tradición que sobre ella se ejecutaban las sentencias de los jueces cuando regla en las Encartaciones la ley del Talión, reducida a la sencilla fórmula del ojo por ojo, diente por diente.

B

BALA.- Tronera, loco, calavera.

BATIR TERRONES.- Pulverizar con unos mazos de madera los terrones secos en las heredades.

BILORTO (vilorta).- Vara, generalmente de roble o mimbre, que se retuerce en verde para hacerla flexible, y sirve para atar haces de leña o trigo. Es voz puramente vascongada.

BORONA (maíz).- La cosecha de maíz es muy abundante en las Encartaciones, particularmente cuando llueve a tiempo, o sea del 20 de Julio al 20 de Agosto. Allí es casi desconocido el riego artificial, a pesar de que el agua brota por todas partes, y, por consiguiente, sin mucho trabajo se pudiera, en gran número de tierras, hacer que lloviese siempre a tiempo. Es general la creencia de que la borona procede de América, y el mismo Larramendi participa de esta opinión, pues dice que los vascongados le dieron allí el nombre de bero ona, que equivale a bueno cuando está caliente, como en efecto lo es borona o maíz; pero ya Lope

García de Salazar, que escribió más de veinte años antes del descubrimiento de América, da a entender claramente que en su tiempo se cosechaba borona en Vizcaya, pues dice que Lope Martínez Ondazarrios fue muerto en Güeñes a consecuencia de una disputa sobrevenida por haber entrado unas acémilas en un boronal. ¿Daríase entonces el nombre de borona al mijo, que se sabe haberse cultivado en Vizcaya en lo antiguo para alimento del hombre como cereal? Mi opinión es resueltamente afirmativa.

BREZAS.- Escobas de brezo.

C

CAÑAS.- Varas del carro.

CALERO (horno de cal).- En Vizcaya se emplea la cal como un excelente abono para las tierras, generalmente recias o fuertes. Este abono se obtiene con facilidad allí donde abunda la piedra caliza y el combustible para calcinarla, y es tan eficaz que, sin dar descanso a las tierras, pues en Vizcaya alternan sin intermisión de año la cosecha de trigo y la de maíz, duran sus efectos ocho o diez años.

CALZAS.- Las capas de hojas que cubren las espigas o mazorcas del maíz.

CANIEGAS.- Manzanas estimadísimas.

CANTA.- Copla popular.

CÁRCAVA.- Vallado de tierra con que se cercan las heredades. De la extracción de la tierra con que se forma la cárcava, resulta un foso que contribuye a la seguridad de los sembrados. Es voz de origen vascongado.

CARGAS.- La carga de vena tiene once arrobas y catorce libras.

CARREJO.- Sitio donde se juega a los bolos.

Librodot

CASERÍA.- Lo mismo que caserío y voz más propia que ésta. La población de las Provincias Vascongadas, y particularmente la de Vizcaya, está diseminada en caserías aisladas una de otra, o en grupos poco considerables. Sin embargo, hay cierto número de poblaciones, que son las villas, cuyo caserío forma calles como el de los pueblos de Castilla.
CINTO (pico).- Se alza entre Sopuerta y Zalla, y se cuenta que era uno de los cinco picos encartados donde se tañía la bocina de guerra. Pasé la niñez al pie de él, y nunca me atreví a subir a su cima. Al volver por primera vez al valle nativo después de escribir este libro, trepé una hermosa tarde de otoño a la cima del pico Cinto, y permanecí una hora contemplando el magnífico espectáculo que se ofrecía a mis ojos; al Sur sólo se descubría una serie de montañas que terminaba en la peña de Orduña; al Oriente, altísimos picos que, empezando por los de Ereza, que se alzan entre Galdames y Güeñes, terminan con los de Amboto y Urquiola cerca de Elorrio; al Poniente, montañas también limitadas por las altísimas de Soba; y del Norte, en primer término, la hermosa llanura sembrada de blancas caserías que constituyen los concejos de Sopuerta y Galdames, y en segundo término el agitado golfo cantábrico.
COFA.- Cesta pequeña que presta en las Encartaciones el servicio que las espuertas en otras partes.
COLISA.- Altísimo pico que domina las Encartaciones, el valle de Mena y una gran parte de las montañas de Santander. Sobre una cima hay una ermita, cuyo tejado vierte las aguas a tres distintas jurisdicciones, que creo son las de Arcentales, Balmaseda y Mena. Dícese que en los primeros siglos del cristianismo el pico de Colisa era especie de Tebaida, donde hacían vida penitente muchos siervos de Dios.
CONCORDIA.- Sociedad de seguros sobre la vida de los bueyes, que suele formarse anualmente en los pueblos de las Encartaciones.
CUBERA.- Bodega, es decir, el sitio donde se encierran las cubas de vino.
CUCO.- En las Encartaciones se oye con muchísima alegría el primer canto del cuco, y particularmente cuando viene por Oriente, en cuyo caso anuncia abundancia de grano y fruta. Hacer el cuco en las Encartaciones es lo mismo que en Castilla hacer novillos y en otras partes hacer rabona.
CORRO.- Echar un corro es lo mismo que echar un baile. Generalmente en Vizcaya el baile que pudiéramos llamar tradicional consta de dos partes, entre las cuales media un corto descanso: la primera es propiamente el fandango, y la segunda el alto, o en vascuence arin, arin, que quiere decir ligero, ligero. Otro de los bailes más populares y característicos del país es el aurrescu, cuya traducción es mano delantera.
CAMPA.- Lo mismo que campo, si bien por lo común se llama así a los terrenos que han sido cultivados y se dejan baldíos para pastos.
CEBERA.- Desígnase colectivamente con esta voz los cereales en general.
CELEMÍN.- En todas las casas de las Encartaciones hay esta medida. Es un cajón de madera dividido por una tabla colocada horizontalmente. Una de estas divisiones tiene la cabida de un celemín, o sea la duodécima parte de una fanega, y la otra de medio. Generalmente, sirve de asiento cerca del hogar a la madre de familia.
CIRRIA.- La flor que corona la planta del maíz. Esta flor se suele cortar, tanto para beneficiar la planta como para alimentar el ganado vacuno, que es muy aficionado a ella. Cirria es voz vascongada.
CHACOLÍ.- Vino del país que puede competir con el de Burdeos cuando
la vinificación es esmerada.
CHOMÍN.- Domingo.
D
DESGA.- Artesa de madera, generalmente de una pieza.

Librodot

E
ECHECO-JAUNA.- Amo o señor de casa.
EMBUEZA.- Embozada o almorzada.
ENCARTACIONES.- Con este nombre se conoce desde tiempo inmemorial aquella parte del Señorío de Vizcaya que se extiende desde cerca de Bilbao hasta los confines occidentales del Señorío con la provincia de Santander, y se compone de las villas de Balmaseda, Lanestosa y Portugalete; de los valles de Carranza, Trucios, Arcentales, Gordejuela, Santurce, Sestao, San Salvador del Valle y Somorrostro (que comprende los siete concejos de Múzquiz, Abanto, Santa Juliana Cierbana, Santure, Sestao y San Salvador),
y de los concejos de Sopuerta, Galdames y Zaila.
Ignórase el origen del nombre que lleva aquella nobilísima comarca; porque si bien se cree que se le dieron algunos nobles leoneses que se establecieron allí en tiempo de Alfonso el Casto y fueron encartados por haber huido del reino de León a consecuencia de las revueltas políticas, esta opinión no merece mucho más crédito que la que encuentra el origen del nombre de Balmaseda en la exclamación ¡malse-da! en que se su pone prorrumpían los que sitiaban inútilmente aquella antiquísima población, defendida por dos fuertes castillos demolidos durante la última guerra civil.
Las Encartaciones, cuya población pasa de veinte mil almas, fueron, digámoslo así, el corazón de la antigua Cantabria, cuyos heroicos habitantes preferían morir a rendir vasallaje a la soberbia Roina, y cuyo territorio se extendía, según Julio César, Floro, Dión, Orosio y otros historiadores romanos, desde el límite septentrional del Pirineo hasta las Asturias.
Juliano dice que Arracilo, cuyo nombre suena en las famosas guerras cantábricas, es la moderna Arceniega, colindante hoy con las
Encartaciones, y llamada en otro tiempo Arracilo-negra. Rusceli es de opinión que el monte Vindio, nombrado por los historiadores romanos como comprendido en la región cantábrica, no era otro que la cordillera que hoy designamos con el nombre de Peña de Orduña. Es opinión muy admitida que el puerto de Amano estaba en la ría de Bilbao, o más bien en Castro-Urdiales, en cuyas cercanías existe hoy un valle que lleva el nombre de Sámano. Por último, el monte todo vena citado por Plinio, es el monte Triano. No admite, pues, la menor duda el puro cantabrísmo de las Encartaciones. Las Encartaciones están pobladas de nobilísimas casas solariegas, que han producido en todos los tiempos varones muy ilustres.
El idioma vascongado, que en otros tiempos se habló allí, como lo atestigua la tradición, apellidos antiquísimos y nombres de caserías, montes, ríos, etc., desapareció a causa del continuo trato de los encartados con los castellanos, reemplazándole el idioma de estos últimos, mezclados de voces y giros vascongados. Por lo demás, los encartados conservan el tipo, las costumbres, el amor a la Patria, todas las nobles cualidades que enaltecen a los restantes moradores del Señorío.
El terreno de las Encartaciones, de unas veinte leguas de circunferencia, es feroz en su mayor parte, y fragosísimo en otras. Los laboriosísimos e inteligentes encartados van reduciendo a cultivo hasta las cimas de los montes más altos. La parte montuosa está pobladita de encinas, hayas, robles, castaños, enebros, acebos, bortos y otros árboles..., cuyas maderas se destinan para construcción y carbones; en sus valles se encuentra sabrosísima fruta, y abundan los perales, ciruelos, cerezos y manzanos, huertas y viñedo, cuyo vino es de gusto muy agradable; hierbas medicinales y excelentes pastos. Las cosechas son principalmente de trigo, maíz, alubias, guisantes, habas y otras semillas, y hay gran número de molinos harineros.
Los caminos son hermosísimos, como en el resto del país vascongado.
Existen en los montes de aquel territorio canteras de piedra caliza y algunas de jaspes.
Abundan las minas de hierro, cobre y alcohol, y aun las de plata, que se supone infundadamente dieron nombre al valle de Arcentales, pues este nombre es vascongado. Las

Librodot

minas que son un verdadero tesoro para el país son las de fierro en los valles de Somorrostro, célebres y explotados ya en tiempo de los romanos, y de las que se exportarán pronto para el extranjero anualmente millones de toneladas de vena de fierro de superior calidad.
En el valle de Garranza existe uno de los establecimientos balnearios termales mejores y más útiles de España, merced al celo y al patriotismo del Sr. Guardamino, uno de los hijos que más honran a las Encartaciones.
De la parte montañosa brotan aguas potables en muchos y abundantes manantiales, que afluyen a los valles formando cinco ríos, entre los que ocupan el primer lugar por su caudal: el Cadagua, que tiene su origen en la parte meridional del valle de Mena, y atravesando las Encartaciones, desemboca en la ría de Bilbao; y el Somorrostro, que procede de los montes de Arcentales, Sopuerta y Galdames, y desagua en el mar por la ría de Poboña en Somorrostro. Los valles encartados son muy dignos de ser visitados por el viajero, no hay en ellos grandes bellezas artísticas, pero hay de otro género. En ellos se encuentran, jurisdicción de Arcentales, unas fuentes intermitentes que hay motivos para creer sean los Tamaricas Plinio, como asimismo el monte Triano, citado por el mismo autor. En las Encartaciones está la montaña cónica de Sarantes, que, en concepto del sabio naturalista Bowies, es un volcán apagado. Allí se yergue aún como un espectro ensangrentado la torre de la Jara, sobre la cual, en tiempo de los funestos bandos oñacino y gamboino se alzaba constantemente una horca.
Allí está el castillo de San Martín, donde el célebre Lope García de Salazar escribió en el siglo XIV, cercado por sus propios hijos, su Libro de las buenas andanzas e fortunas. Allí singulares y antiquísimas casas solariegas, por cuyas saeteras parecen asomar aún los ballestones de la Edad Media y los mosquetes de los siglos XVI y XVII. Allí, en una eminencia llamada el Cerco, que domina el angosto valle que separa del mar los concejos de Sopuerta y Galdames, se ve el circuito de una fortaleza semejante a los castros que aún se destacan en las montañas de Galicia.
Allí, en fin, feraces valles, como los que riega el Cadagua; hermosas llanuras, como la que se extiende desde la ría de Somorrostro a la de Bilbao; picos que parecen tocar el cielo, corno el Colisa, el Cinto y Alen; cavernas como la de la Magdalena de Uragalla, dentro de la cual hay una ermita y se celebra una romería, y la de Artecona, de donde en ciertas épocas del año se exhala una blanca columna de vapor, que semeja el humo de las locomotoras; aguas termales tan benéficas y buscadas como las de Molinar, y ruinas tan venerables como las de la iglesia de San Martín de Sopuerta demolida a principios del siglo XVIII, y edificada, según tradición, en el siglo X. Por humilde que sea este libro, ha conseguido dar a conocer en toda Europa y América el ignorado nombre de los valles encartados. Su autor tiene esta satisfacción por una de las mayores de su vida.
ENGUISAR.- Echar o azuzar el perro. Este verbo es una corrupción del castellano enguizgar, que indudablemente procede del vascuence.
ENVENATADO.- Manchado de vena o minero ferruginoso.
ESCACHAR.- Guarnecer de espinas por la parte superior el tronco de los frutales, para que no se pueda subir a coger la fruta.
ESCACHO.- Espina. Esta voz es vascongada.
ESCAMONDAR.- Despojar las ramas gordas de las pequeñas.
ESCAÑO.- En las Encartaciones hay uno de madera en todas las casas a la orilla del hogar.
ESPANTOS.- Espantajos que se ponen en los frutales, y aun en las piezas, para ahuyentar las aves.
ESQUILAR.- Trepar.
ESTIQUES.- Chuletas.
ESTRADA.- Camino costeado por dos setos vallados o cercas.
G

Librodot

GARUCHO.- La parte leñosa de la espiga de maíz en que está incrustado el grano. Esta voz es vascongada.
GENTILES.- En el país vascongado se conserva tradicionalmente la memoria de los gentiles, a quienes atribuye el pueblo todos los restos arquitectónicos de la antigüedad, así como en otras provincias se atribuyen a los moros. Dícese allí que los gentiles lo hacían todo a fuerza de brazos, y se supone que era una raza de gigantes. En las
Encartaciones, donde abunda el mineral ferruginoso, es muy común hallar en los montes grandes escoriales, que se supone existen desde el tiempo de los gentiles.
GRACIANA (uva).- Una especie de uva negra muy sabrosa.
GATERA.- Casi es inútil decir que es un agujero abierto en la puerta que da a la calle, para facilitar la salida y la entrada a las gallinas, a los gatos y aun a los perros. Tiene entre otros inconvenientes, el de que por allí suelen penetrar también a las altas horas de la noche los gatos monteses, a cenarse las gallinas, que duermen muy descuidadas en su albergue.
H
HALDEAR o caldear (la oya).- Estar ya carbonizada la parte baja de la oya, y por consiguiente en disposición de empezarse a sacar el carbón.
HIGAR.- Higuera.
HONDERAS.- La parte baja de las heredades.
I
ILSO.- Mojón Ilsu o ilzu es modificación de il-zulu, hoyo de muerto. Diose este nombre a los mojones, por su semejanza con la piedra vertical que señalaba las sepulturas.
INDIANOS.- Este nombre se da en nuestras provincias del Norte a los
que han estado en América.
IRURAC-BAT.- Lema de las tres Provincias Vascongadas, que significa las tres son una sola, y no tres hermanas, como dijo en el Congreso D. Manuel Sánchez Silva, político resellado, célebre por sus bufonadas y por los conflictos que atrajo sobre España, promoviendo a tontas y a locas la abolición del impuesto de Consumos en las Cortes Constituyentes de 1855.
J
JALDUCARSE.- Menearse el líquido.
L
LANDECHOS.- Especie de manzana temprana, y también el árbol que la produce.
LAYA.- La laya tiene la figura de una h minúscula, siendo el extremo superior de la barra larga un mango de madera, y los inferiores de las dos puntas aceradas. Se toma una laya en cada mano, y después de clavarlas en tierra a golpe, el layador se pone sobre ellas colocando el pie en aquella especie de escalón, y las acaba de introducir perpendicularmente. Al bajarse, tira hacia atrás, y levanta el terrón, por debajo del cual, y en sentido horizontal, acaba de introducir, también con el pie, las layas hasta el mango. Entonces da vuelta al terrón, limpia el surco con la punta de la laya, que empuja con el pie, apoyando la corva derecha en la rodilla izquierda, y repite la operación hasta dar vuelta a toda heredad.
LAYADA.- El terreno labrado por medio de las layas.
LAYAR.- Trabajar con layas.
LOINAS o LUINAS.- Así llaman en las Encartaciones a los peces que más abundan en los ríos.
LL
LLOSA.- El conjunto de heredades comprendidas en un cercado.
M
MACO.- El fardo sujeto a la espalda por medio de dos correas, dos cuerdas o dos bilortos.
MALVIZ.- Especie de mirlo.
MONCHINAS.- Silvestres.

Librodot

MOTIL, MOTILA.- Muchacho, Muchacha. Voz vascongada.
N
NOCEDAL.- Llámase generalmente en las Encartaciones nocedos a los nogales.
O
OQUENDANAS.- Especie de manzanas originarias de Oquendo, valle alavés confinante con las Encartaciones.
OYA.- Este nombre se da al montón de leña que se carboniza en los torcos. Cuando es pequeño se llama chozo y también chasquero. Oya es palabra vascongada que equivale a cama. En lugar de aplicarle a la leña, debiera, pues, aplicarse al torco o sitio donde la leña se coloca.
P
PAÑADA.- Servilleta.
PARCE.- Vale o premio.
PARRAL.- Emparrado.
PATÍN.- Una escalera de mampostería con descansillo y pretil en lo alto, que suele facilitar la entrada exterior al piso principal de las casas. Hacia Bilbao se llama patines a los pozos artíficiales.
PAYO.- Sobrado.
PICACHO.- Una rama en forma de gancho.
PICAZOS.- Especie de pájaros del tamaño de una paloma torcaz. Arrendajos.
PIEZA.- Heredad.
PIPADA.- El tabaco necesario para llenar una vez la pipa.
PÉSCOLA (a la).- A la rebatiña.
PORTALADA.- El espacio que precede a la puerta de las casas. Suele cubrirse de roza, paja, etc., con que después de podrido se abonan las tierras.
PROVINCIANOS.- En las Encartaciones dan este nombre a los guipuzcoanos, sin duda porque Guipúzcoa lleva el de provincia, y Vizcaya el de Señorío.
Q
QUEMADA.- Monte incendiado.
QUICA.- Francisca.
QUIMA.- Rama de árbol.
R
REBOLLAR.- Robledal.
REBOLLO.- Roble.
REGATO.- Arroyo.
RESELLAR.- Repetir la operación de sallar cuando el maíz ha crecido.
ROCHA.- Un departamento que suele haber en las cuadras para separar
de las madres el ganado lechal.
ROZA.- Maleza.
ROZADA.- Tala de maleza.
S
SÁBANOS.- Sábanas de arpillera.
SALLAR.- Escardar someramente o cavar la tierra sembrada de maíz, así que éste ha acabado de nacer, arrancando las plantas más ruines y amontonando la tierra al pie de las que se conservan.
SETAL.- Hay en las Encartaciones unas delicadísimas setas que sólo nacen en el mes de abril, por lo que allí dicen: En abril, setas mil; en mayo les entra el gusano. Estas setas nacen siempre en un mismo sitio, y a este sitio se da el nombre de setal. El que aprende un setal, se guarda muy bien de enseñársele a nadie.

Librodot

SETO.- Generalmente, los setos que resguardan las heredades en las Encartaciones, donde el ganado campa por su respeto, sin pastores, que allí son desconocidos, son de un tejido de ramas muertas.
SEBE.-Bosque comúnmente de borto ,castañiza y carrasca, que se corta cada seis o siete años para hacer carbón. En el resto de Vizcaya se le llama jaro.
SILBO.- Silbato.
SOBA (montes de).- Altísimos picos, casi siempre coronados de nieve, que dominan el valle del mismo nombre en las montañas de Santander. Se descubren desde todas las alturas de las Encartaciones.
SOL DE LOS MUERTOS.- Los últimos rayos del sol poniente.
SOLANA.- Galería exterior que tienen muchas casas, y sirve para tomar el sol en invierno y el fresco en verano.
SOMÁS.- Salvado.
T
TAMO.- La paja menuda que se separa del trigo cuando éste se aventa.
TERRERO.- Ribazo o talud.
TETONAS.- Especie de uvas gordales.
TORCO.- La plataforma o excavación hecha para carbonizar la leña.
TRAGAZ.- Especie de arado que tiene siete paletas o rejas, casi horizontales.
TRIGUERO.- Criba para el trigo.
V
VENDEJA (ir de).- Ir de venta.
VENTANAL.- Una ventana muy grande que hay en el sobrado para que éste se ventile, y para entrar por ella, con ayuda de una escalera de mano, los haces de trigo, la paja, etc., que no caben por otra parte.
VUELTA DEL GATO.- Voltereta.
Z
ZAGUÁN.- Especie de cercado o corral que precede a la entrada de las casas principales.
ZURRÓN.- La cantidad de grano que cada familia manda semanalmente al molino.

Librodot